JUAN BUSTILLO ORO

3 dramas mexicanos

LOS QUE VUELVEN

MASAS

JUSTICIA, S.A.

COLECCIÓN 33

CENIT

La presente obra está sujeta a los derechos derivados de la Ley de Propiedad Intelectual. La FBVMC ha intentado localizar a sus titulares, herederos o causahabientes del autor, y a la editorial donde fue publicada, pero el resultado ha sido infructuoso. Si algún usuario de la BVMC tiene noticia de la existencia de los titulares de estos derechos, le rogamos que se ponga en contacto con nosotros para proceder a solicitar las correspondientes autorizaciones.

Tres dramas mexicanos

Reservados todos los derechos de reproducción
COPYRIGHT BY
JUAN BUSTILLO ORO. — MEXICO

Colección "El Teatro Político"

Juan Bustillo Oro

TRES DRAMAS MEXICANOS:

LOS QUE VUELVEN
MASAS
JUSTICIA, S. A.

PRIMERA EDICION

1933

EDITORIAL CENIT, S. A. — MADRID

IMP-ROT (Imprenta Rotativa).—Andrés Mellado, 4.—MADRID

Las tres obras que ofrecemos en este nuevo volumen de nuestra colección contribuyen poderosamente a fijar el pensamiento mexicano de ahora, que tanto interés despierta en el mundo. El autor, Bustillo Oro, joven escritor con personalidad ya bien perfilada en las letras americanas de habla española, refleja en estos tres dramas otros tantos aspectos de la vida mexicana desde el ángulo de las ideas políticas generales, que es lo que contribuye en mayor grado a darles universalidad. Cada una de estas obras representa un «instante mental», con duras tintas y firmes perfiles, de la activa inteligencia de la juventud de aquel país. A través de ellas, y muy especialmente del magnífico drama político «Masas», se advierte la constante pugna, la lucha incesante de México por encontrar ya de una vez el camino de la revolución. En esa lucha las juventudes mexicanas empeñan lo más fresco y lozano de sus pasiones y lo mejor de sus espíritus.

«Masas» es un modelo de drama político que se sale de las posibilidades mecánicas de los escenarios españoles de hoy, todavía al servicio de la miseria mental de una clase. «Los que vuelven» es la epopeya de la repatriación entre los hombres sin patria, a quienes la dura ley capitalista condena implacablemente a sucumbir cuando no necesita su trabajo. Aparte de su profundo interés dramático, esta obra ofrece el de recoger con todos sus crudos matices un problema actual en las fronteras de todos los

países donde la crisis de trabajo hace que la oferta de brazos proletarios aumente sin cesar. En cuanto a «Justicia, S. A.», el eterno tema de la justicia se presenta con una modalidad nueva. El arte apenas ha acertado a tratar en los países de habla española las cuestiones que la nueva moral plantea. La justicia, en esta obra—breve, directa e incisiva—, es la justicia de clase, la injusticia de la explotación consagrada monstruosamente por la ley.

El autor de este libro, Bustillo Oro, inició, con su compañero Mauricio Magdaleno, el «Teatro de Ahora», en México, donde la primera de estas obras fué representada. El intento del «Teatro de Ahora» representa la iniciación de una nueva era en el teatro mexicano, y nosotros incorporamos a nuestra colección estas obras seguros de completar con ellas el panorama del teatro revolucionario, cada día más vasto y más fecundo.

CENIT

1

LOS QUE VUELVEN

PIEZA TRAGICA EN TRES TIEMPOS

(Estrenada el 12 de marzo de 1932 en el Teatro Hidalgo de México, por la Compañía del Teatro de Ahora.)

INTERVIENEN:

JOSE MARIA TORO
REMEDIOS
LUCIANO GARCIA
EL SAPO
CORRIGAN
RAMON
ARTHUR
GUADALUPE KERR
ALFRED KERR
EL HOMBRE-CON-EL-PURO
EL POLICIA
EL VECINO
EL HOMBRE DE LA GUITARRA
CRESCENCIO
JACINTO
OTRO HOMBRE
HOMBRE EN EL SUELO
EL COJO
UN OFICIAL DE SOLDADOS
EL MEDICO
UN SOLDADO
TRABAJADORES MEXICANOS Y YANQUIS
SOLDADOS MEXICANOS Y YANQUIS
CORO DE HOMBRES

Primero y segundo tiempos, en los Estados Unidos de Norteamérica; el tercero, frente al desierto mexicano.

...los que tomáis el trigo del surco rencoroso,
y lo coméis con manos limpias y ademanes
(apacibles...

PORFIRIO BARBA JACOB

PRIMER TIEMPO

Alrededores de la finca triguera que una Compañía industrial posee en territorio de los Estados Unidos de Norteamérica. Al fondo, y a la izquierda, se contempla parte de la entrada a los depósitos, hasta los que llega una línea férrea. A la derecha, en primer término, parte de una pequeña casa construída de adobe y techo de lámina, casi choza, por detrás de la que uno o dos vagones, abandonados en los rieles, dejan escapar su plataforma delantera. Por cualquier sitio duerme un tractor o una máquina trilladora.

(Al levantarse el telón se sorprende a Luciano GARCIA cerca de la entrada a las bodegas, de pie, con una tabla en la mano que le sirve de apoyo para escribir. Conforme salen del depósito hombres con costales a la espalda y desaparecen por la derecha, GARCIA va haciendo marcas de lápiz en una hoja de papel. Es un joven vestido con camisola y botas, de tez morena, como casi todos los hombres que cargan los costales.)

(El último hombre que sale de las bodegas, viene sin costal. Se acerca a GARCIA; es el SAPO.)

SAPO

Hemos terminado, jefe... No diga que nos hicimos remolones...

GARCIA

¿No queda ya nada de trigo?

SAPO

Nada. Parte en los camiones; lo grueso de la cosecha, en el llanito... (*Señala al horizonte hacia la derecha.*) ¡No más mire qué enormes montones de grano!

(*CORRIGAN llega por la izquierda. Viste como GARCIA, poco más o menos; pero es rubro. Se acerca a GARCIA. El que estaba con éste saluda respetuosamente y se retira, reuniéndose con un grupo de hombres que vuelven por la derecha, y esperan órdenes.*)

CORRIGAN

¿Cómo va esto, García?

GARCIA

Terminando, míster Córrigan. Ya vaciamos los depósitos.

CORRIGAN

¿Hicieron el embarque?

GARCIA

Sí, era poco. Lo grueso está ahí fuera. Mire... (*Señala.*) ¡Mucho trigo! ¡Muchísimo trigo! ¡Una cosecha maravillosa!

CORRIGAN

(*Secamente.*) ¡Mucho grano, demasiado grano! ¡Así ha bajado de precio!... Es una lástima... Es una lástima... Pero, en fin... (*Se encoge de hombros.*) Ya está todo, ¿verdad?

GARCIA

Todo.

CORRIGAN

¿Sabes si llegaron las latas de petróleo que se encargaron?

GARCIA

Por la mañana, bien temprano, llegaron.

CORRIGAN

Mande a tres muchachos que las pongan también en el llano.

GARCIA

¿Dónde?

CORRIGAN

Por donde el grano... Y a los demás, écheles a descansar. (*Desaparece.*)

GARCIA

(*Señalando a dos entre el grupo de hombres.*) Tú, Ramón... Y tú, López... Váyanse con el Sapo a sacar el petróleo, junto al grano.

RAMON

(*Adelantándose.*) Oiga, jefe... Es cierto que... que... (*Se rasca la cabeza.*)

GARCIA

¡Que qué, hombre!

RAMON

¿Que van a rociar con petróleo el trigo?

GARCIA

(*Evasivo.*) No sé.

RAMON

¿Que lo van a quemar?... ¿Es cierto?

GARCIA

(*Incómodo.*) No, hombre, no... ¡Cómo lo van a quemar!

RAMON

¡Ah! Yo lo decía porque... pues como ya sabe... (*Se vuelve a los demás, dudando, y éstos hacen signos afirmativos con la cabeza, alentándolo.*) Como ya sabe que se dice que... (*Se vuelve a rascar la cabeza.*)

GARCIA

(*Sin querer entender.*) ¡De una vez, Ramón!

RAMON

Que nos van a dejar a nosotros también sin trabajo, como en la ciudad... Pues nosotros... nosotros decíamos que si lo van a quemar, mejor nos lo regalaran, jefe...

GARCIA

(*Evadiendo.*) Mira, ya te he dicho que no me llames jefe... (*Decidiéndose.*) Y por lo demás, no lo van a quemar. No se preocupen.

RAMON

Bueno, jefe, por las dudas... Si pensaran en quemarlo, no se olvide... Que mejor nos lo den, ya nos vamos a quedar sin "chamba"...

GARCIA

(*Molesto.*) Está bien... si eso llegara, me acordaría... Y si a ustedes los corren, yo también me tendré que ir... No soy de los de aquí.

RAMON

(*Riendo.*) Pues resérvenos a todos unos saquitos de esos...

GARCIA

(*Para cortar.*) Bueno. Váyanse por las latas de aceite.

(*Sale RAMON con el SAPO y el llamado LOPEZ. Del grupo se adelanta un viejo de cincuenta años, que usa bigote y barba entrecanos. JOSE MARIA TORO es alto, pero algo encorvado y de tez morena.*)

JOSE MARIA

¿Hay más que cargar?

GARCIA

(*Afectuoso.*) ¿No nos hemos cansado las espaldas, viejo?

JOSE MARIA

Las espaldas son para cansarlas, patrón.

GARCIA

Ya te he dicho que no me llames patrón, Chema. Se lo he dicho a todos; es una mala costumbre. Soy como cualquiera de ustedes.

CHEMA

(*Cansado.*) Está bien, patrón.

GARCIA

(*Sonriendo.*) Eres incorregible, Chema. ¡Qué le vamos a hacer!

CHEMA

(*Fatigado.*) ¿No manda nada más?

GARCIA

Ya estuvo bueno por hoy. Vete a descansar, hemos

terminado. (*Se vuelve al grupo.*) Hoy hemos terminado, muchachos.

(*Los hombres se dispersan. CHEMA va a la casucha de la derecha, saca un banquito y se sienta en la puerta bajo la techumbre de lámina, a descansar. Lía un cigarrillo de hoja.*)

GARCIA

(*Se le acerca y le pone una mano en el hombro.*) Lo mismo que en nuestra tierra, Chema... Ni parece que estás en suelo extraño.

CHEMA

¿Ni parece, patrón? Por fuera no parecerá, así nos pasa. Pero por dentro es otra cosa; por dentro están las penas y el cansancio. ¿No ha visto a la vieja? La pobre sí que ya se va rindiendo al clima extraño...

GARCIA

¡Qué va, hombre, qué va! ¡Está más animosa que tú! ¡Aprende!

CHEMA

Espera en los hijos.

GARCIA

(*Aspirando el aroma del cigarrillo.*) ¿Todavía te quedan hojas, Chema?

CHEMA

Unas poquitas... ¿Quiere?

GARCIA

Echame una. Estoy aburrido de tabaco rubio... ¡Más de tres años fumándolo! Bueno... ¡Eso de fumándolo!

CHEMA

(*Le tiende las hojas y la bolsa de tabaco.*) Huele muy feo ese tabaco güero. Da dolor de cabeza y es lo que más recuerda que no se halla uno entre sus propios árboles y montes.

GARCIA

(*Tuerce un cigarrillo. Lo enciende y después aspira el humo con deleite.*) ¡Sabrosísimo!... ¡Y cómo me recuerda a mi padre! Siempre fuma de estos cigarros. Recuer-

de que desde niño este olor a maíz quemado y a tabaco negro acompañaba perpetuamente a mi viejo...

CHEMA

Huele a México...

GARCIA

Huele a lejos, y a tristeza, Chema... ¡Ah, cuando me acuerdo de mi padre!...

CHEMA

¿Le vive todavía?

GARCIA

Yo creo que sí. (*Suspira. Se encoge de hombros.*) Soñaba con una educación férrea para mí... Me mandó para acá... A que me hiciera hombre, y a que hiciera dinero... Llevo tres años de Norte a Sur; conozco los Estados Unidos para arriba y para abajo... La he hecho de todo: desde lavaplatos a limpiador de calles... Y lo único bueno que he logrado es verme otra vez entre los míos... Aquí.

CHEMA

¿Aquí, patrón?

GARCIA

Aquí, Chema, aquí. Todos estos trabajadores nuestros parece que se han traído un pedazo de México... ¿No los miras? Viven igual, hablan lo mismo que si nunca hubieran salido... Todo parece igual... Hasta este mismo cielo que al fin es de América también.

CHEMA

(*Moviendo la cabeza lentamente.*) No le hace, no le hace... No es lo mismo... Es lo que dice la vieja.

GARCIA

No, claro, lo mismo no.

CHEMA

Su padre cometió la misma falta que yo, jefe, la misma... Eso por lo que llora la vieja... Aventar los hijos a un país extraño cuando el nuestro tiene hambre de los suyos.

GARCIA

(*Sombrío.*) Pero se me hace que pronto vamos a regresar...

CHEMA

¡Que así sea!... Pero todos juntos... Nosotros con todos los hijos... (*Suspira; se sacude una idea pesada.*) ¿Quiere tomarse un jarrito de café de olla? ¡Voy que le completa el gusto! (*Se levanta y grita en la puerta de la casucha.*) Remedios, ¿ya está el café?

REMEDIOS

(*Desde adentro, con su voz de vieja cansada, pero animosa.*) ¡Desde cuándo...!

CHEMA

Tráete dos jarritos; uno para el patrón Chanito y otro para mí.

GARCIA

¡Hombre, Chema! Palabra que me molesta eso de patrón. Ya te he dicho que soy como todos ustedes, como todos...

CHEMA

¡Ah, qué don Chano!... Se lo digo por respeto, no por ofensa.

GARCIA

Por ofensa te lo voy a tomar otra vez. Sufrimos juntos y todavía nos queda mucho de dolor común... Ya lo verás.

(*Sale de la casa la vieja esposa de JOSE MARIA TORO, con dos vasos de peltre blanco llenos de café humeante. REMEDIOS es más joven que CHEMA, y, sin embargo, más encorvada, más vencida.*)

REMEDIOS

(*Dando un vaso a García.*) Aquí tienes, patroncito...

GARCIA

De eso hablaba con Chema, Remedios. No me gusta, no me gusta nadita eso de patrón. Me huele a capataz, a capataz de los míos... No sé a qué... Trátenme de igual a igual.

REMEDIOS

(*Sonriendo benévola.*) No se alebreste y pruebe el café. Parece meramente de su tierra... De la nuestra.

CHEMA

Pruébelo, hijo, pruébelo y verá.

GARCIA

(*Se fija en el vaso.*) ¿Y a esto le llamas jarro?

CHEMA

¡Qué quiere! Así me sabe más sabroso; a barro humedecido.

GARCIA

(*Da un sorbo y después una chupada a su cigarrillo.*) ¡Es lo mejor que he probado desde que llegué a estos sitios! Palabra que parece que no he salido de México... Entre ustedes se me hace que estoy allá, que no me he venido a sufrir entre gringos...

CHEMA

¡Me gusta hablar con usted, patrón! (*A Remedios.*) ¡Vieras cómo me recuerda a Pedro! ¿Verdad, Remedios, que hablan igual?

REMEDIOS

(*Con profunda tristeza.*) Se parecen mucho... muchísimo. Iguales de jóvenes, de atrevidos, de habladores... Siempre que lo oigo, patrón, se me figura estar oyendo a Pedro echando sus platicadas... (*Suspira.*) ¡Pobre del hijo que se nos fué!

GARCIA

(*Interesado.*) ¿Se les murió un hijo?

CHEMA

Se lo tragó la ciudad ambiciosa... El maldito deseo de hacer dinero que crece por aquí... Va ya para seis meses que se perdió a pie por el camino del Norte para ir a probar fortuna a la ciudad... Y todo no más para acabar de dispersarnos en este enorme país... para ir a pasar hambre solito y triste, y para...

REMEDIOS

(*Se enjuga las lágrimas.*) Se fué con las máquinas

para ganar más jornal... Y allí se le quedó una mano y la salud... ¡Dios le ayude!

CHEMA

(*Mete la mano en la blusa y saca un pañuelo, del pañuelo un papel doblado que desdobla cuidadosamente, dejando ver que uno de los dobleces está ya casi roto. Con amoroso cuidado se lo muestra a García.*) Mire, don Chano... ¡Mire no más lo que pena el muchacho en este suelo gringo!

REMEDIOS

(*A Chema, mientras García lee el papel.*) No me cansaré de repetírtelo, aunque tú te canses de oírlo... Es tu pecado... El habernos arrancado como plantitas de nuestra tierra húmeda para aventarnos a las máquinas de los extraños... ¡Haberte traído nuestros huesos a que alimente tierra que no es la suya!

CHEMA

¡Deja eso, Remedios, por favor! ¡Me lo sé de memoria! Nadie más que yo lamenta habernos venido en una época tan mala...

REMEDIOS

¡Ni buena que fuera!... Nunca se debe salir cuando la propia patria está sufriendo... Eso es casi traicionarla, Chema... Y se paga, se tiene que pagar... Ya me ves a mí, doblándome, muriéndome... Me quedaré aquí con la mano de mi hijo... (*Llora.*)

GARCIA

(*Termina de leer. Devuelve la carta a Chema, que vuelve a guardársela como estaba, cuidadosamente. A Remedios.*) Cálmese, Remeditos... Ahora, con la indemnización que le van a dar a su muchacho...

REMEDIOS

¡No le pagan la mano con todo el oro del mundo!... ¡La derecha, patrón, la derecha!... Además... ¡Qué le van a dar! Andan las cosas muy mal por todos los lados... Sólo hablan de hambre. El muchacho lleva más de cuatro meses esperando el dinero... ¡Mejor se juntara con nosotros de una vez!

GARCIA

Ya se juntará, Remeditos, ya se juntará...

CHEMA

Es lo que yo le digo... Remedios todo lo ve negro... ¡Ahora que ha habido tanto trigo!... Y dicen que así ha sido por todas partes... ¡Qué hambre puede haber!... Tendremos mucho, hasta para aventar para arriba, y nos iremos por él... Para volvernos a ver juntos todos, todos... También Guadalupe.

GARCIA

Y su muchacho es instruído, ¿verdad? Tiene en su carta frases que me han sorprendido...

CHEMA

(*Con orgullo.*) No se crea que es un gañán como sus padres. Nuestro trabajo nos costó, pero lo educamos en la escuela, lo mismo que a Guadalupe... (*Con gesto rabioso.*) ¡Todo para traerlos aquí a què se nos fueran!

REMEDIOS

Y para negarle nuestros huesos a nuestro suelo... Algo med dice que no volverán, Chema... Los hijos pagan las culpas de los padres...

GARCIA

(*Impresionado.*) No digas eso, Remeditos, no digas eso... Las cosas se compondrán...

CHEMA

Remedios es muy molona, pero a veces tiene razón... Puede que nos traigamos a Pedro... Pero, ¿y a la muchacha? Esa si ni modo!

GARCIA

¿La muchacha?

REMEDIOS

Guadalupe. Una muchacha chula que no porque sea mi hija, pero le digo que el desgraciado que se la llevó no se la merece, patrón.

GARCIA

¡Vuelta con lo de patrón Remeditos!...(*Mueve la cabeza.*) ¿Una hija también?

CHEMA

(*Con rabia.*) ¡A esa se la llevó un gringo!... Quién lo habia de decir... ¡Criamos una hija morena para un pecoso! Le digo, don Chano, que a veces la vieja tiene razón... Estoy maldito de Dios...

REMEDIOS

Por algo no me hallé nunca aquí... Y no me hallo, no... (*Suspira.*) Bonita de verdad Guadalupe, don Chano... ¡Imagínese, para que la ambicionara un gringo!... Y también se la llevó para la ciudad del Norte... Siempre que atardece, se me va el ánima por el camino tan aplanado y lustroso por donde vi perderse a los dos hijos...

CHEMA

¡Palabra que le tengo ganas a esa ciudad donde se ha hecho extranjera mi hija y donde los malditos dientes de una máquina dejaron sin mano al hijo! ¡Algo tiene, algo tiene para chuparse así la sangre de mi sangre!

REMEDIOS

No la maldición de Dios, que está muy alto y es muy bueno... Pero yo creo que sí de la tierra, que es avara y egoísta... Te lo decía yo todavía en la frontera, Chema... No le niegues a tu tierra tus huesos y los de tus hijos... A tu tierra egoísta...

GARCIA

¡Vaya, Remeditos, vaya! No se ponga así, ni esté apesadumbrando más al pobre viejo. Les queda libre un hijo, por el que hay que preocuparse...

CHEMA

Al fin y al cabo es el varón el que hace la familia de mañana.

REMEDIOS

No me importa la familia de mañana. Me importan los hijos de mi vientre... Y ahí los tienes: uno sin mano, inútil ya... formando en las colas, como cuenta de rosario, para que le den un cacho de pan y un jarro de mal café; esperando las semanas de Dios a que le den su dinero... Y la otra ya perdida, haciendo hijos para una tierra y un hombre ajenos,

CHEMA

No más que nos paguen, Remedios, que nos paguen y juntemos otro poquito..., y si él no ha venido, nos vamos por él... Para que vuelva a nuestro lado, aquí donde tenemos trabajo... Ahora ha habido mucho trigo; eso quiere decir trabajo, abundancia, prosperidad, como dicen por aquí...

GARCIA

(*Sombrío.*) ¡Tanto como eso!... (*Encogiéndose de hombros.*) Pero todo se ha de arreglar, viejo, todo se ha de arreglar... (*Le golpea las espaldas amistosamente.*)

(*Entran por la derecha dos trabajadores: EL SAPO y RAMON. Se detienen agazapados en sus sarapes y fumando silenciosamente. Atardece.*)

REMEDIOS

(*Fijándose en los recién llegados, se enjuga los ojos y les habla con cierta ternura.*) ¿Quieren cafecito, muchachos?

CHEMA

¡Anden! Vengan por un jarrito.

(*Los dos hombres se acercan silenciosamente. Entra REMEDIOS en la casa. Pasan unos segundos en que GARCIA se pasea.*)

RAMON

(*Atreviéndose al fin a interrumpir el silencio.*) ¿Ya saben lo que nos llegó?

SAPO

Una bola de gringos con hambre acaba de llegar en dos camiones...

GARCIA

(*Interrumpe su paseo y el sorbo de café que estaba dando.*) ¿Llegaron? ¿Ya llegaron esos...?

RAMON

Sí. Son muchos... (*Preocupado.*) Oiga, jefe... ¿No nos amolarán éstos?

CHEMA

¡Con qué nos han de amolar, hombre!

SAPO

Son de esos que no tienen trabajo en las ciudades... Andan a vueltas por los caminos... Y como son de aquí... pues nos los manda el gobernador...

RAMON

Vienen de la ciudad del Norte...

CHEMA

(*Se pone de pie vivamente emocionado.*) ¿Del Norte? ¿De la ciudad del Norte? ¿Y son puros yanquis? ¿No viene ni un mexicano, ni uno solo?... ¿Que le falta una mano?

RAMON

Ni uno... Puras caras manchadas y manos de camarón... (*Rascándose la cabeza.*) ¡Que se me hace que...!

GARCIA

(*Inquieto y molesto.*) ¡Que no se te haga nada! Voy a ver de qué se trata... (*Sale apresuradamente por la derecha, después de dejar su jarro en manos del Sapo.*)

(*Vuelve REMEDIOS con café para los dos hombres nuevos. Les entrega un vaso a cada uno y recoge el que tenía EL SAPO.*)

CHEMA

¡Me acaba de dar un vuelco el corazón que, si vieras, Remedios! ¡Imagínate, una bola de hombres sin trabajo que acaba de llegar de la ciudad del Norte!

REMEDIOS

(*Emocionada.*) ¿Y... y no...?

CHEMA

No. Son puros gringos. Eso dicen los muchachos. (*Señala a los hombres.*)

REMEDIOS

(*Muy angustiada.*) ¿Están seguros?

SAPO

Seguros. Ya no traerán ni un solo mexicano, ni lo dejarán entrar aquí. El míster Córrigan se lo estaba dicien-

do al otro. Ya no quieren darnos más trabajo... Dicen que porque ya no hay ni para los de acá...

CHEMA

Entonces... Mal deben andar las cosas por la ciudad... Pero todo pasará ...¡Sobre todo aquí! ¡Con todo este trigo! ¡Una cosecha tan grande!

RAMON

Pues yo no entiendo... Dicen que también muy mal aquí... Y allá peor... ¡Cuando se vienen estos gringos a agarrar cualquier cosa!

CHEMA

(*Preocupado.*) Hoy mismo le escribo a Pedro para que se venga, sin esperar indemnizaciones ni estupideces de esas... Al cabo aquí tendrá su rinconcito caliente, y nosotros nuestro trabajo para mantenerlo... Mientras, juntamos para irnos...

REMEDIOS

¡Dios nos ayude! ¡Volver!

CHEMA

Sólo piensas en volver, Remedios...

REMEDIOS

Nunca dejé de pensar... Volver a la tierra donde nacimos todos... Los muchachos, tú, yo... A la tierra donde se metían nuestras hondas raíces.

CHEMA

¿Y dónde volveremos, Remedios?... Con los muchachos... Con Pedro... ¡Y hasta con Guadalupe!... En último caso nos llevamos a su gringo para México con los ahorros que nos tienen juntados aquí, y lo hacemos mexicano... (*Ríe.*) ¡Qué caray!

(*EL SAPO se ha sentado en cuclillas a tomar su café en el suelo. RAMON lo sorbe lentamente de pie.*)

REMEDIOS

¿Y son muchos los yanquis que llegaron?

RAMON

Muchos...

CHEMA

(*Preocupado.*) ¿Y a qué vendrán?

SAPO

¡A qué ha de ser! Quieren trabajo.

CHEMA

¡Trabajo!... Lo que sobra aquí es peonada.

RAMON

Eso mero es lo malo, ¡eso!

REMEDIOS

¿Lo malo?

RAMON

¿No ve que son gringos? ¿Y a poco cree que andando las cosas como van, faltándoles el trabajo en todos lados, no se revienta la reata por lo más delegado?

SAPO

¡Ya me daba de santos que no nos hubieran corrido desde cuándo!

REMEDIOS

¿Nos correrán?... ¿Nos correrán?... Hay veces que esta tierra no me parece de Dios, y los extraños más que nadie la pagamos...

CHEMA

¡Ni lo mande Dios, Remedios! No sigas hablando babosadas, que luego resultan como maldición...

(*Se oyen voces a la derecha, casi en tono de disputa. RAMON se acerca curioso al lado del rumor.*)

RAMON

Quien sabe que tanto alegan con el míster Córrigan... ¿Vamos a ver lo que pasa, Sapo?

(*EL SAPO se pone de pie dispuesto a seguir a RAMON.*)

RAMON

¿Y tú no vienes, Chema?

CHEMA

(*Inquieto.*) Vayan ustedes. Al cabo, sea malo o bueno, se ha de saber.

(*Vanse ambos hombres por la derecha, con*

sus vasos en la mano, todavía saboreando el café. CHEMA se queda preocupado. Su mujer se le acerca.)

REMEDIOS

Oye, Chema... ¿Cuánto hará que no nos escribe Pedro? Mucho, ¿verdad?

CHEMA

No querrá darnos más dolores de cabeza... Seguro que todavía no ha conseguido la indemnización...

REMEDIOS

(*Tímidamente.*) Déjame ver la última cartita otra vez.

CHEMA

¡Te la vas a acabar! Ya se le están cayendo los pedazos de tanto doblarla y desdoblarla...

REMEDIOS

Es mi consuelo...

CHEMA

(*Vuelve a desenvolver indulgentemente la carta y se la entrega a su mujer, que la recibe con amor emocionado y se la queda contemplando un rato.*)

REMEDIOS

(*Después de ver unos instantes, con temor, alternativamente, a su marido y al papel.*) Oye, Chema...

CHEMA

(*Con reconvención benévola.*) Que te la vuelva a leer, ¿verdad?

REMEDIOS

Por última vez... (*Suplicante.*) Andale, viejito...

CHEMA

Para entristecerte más y para que se te hagan más fuertes las arrugas de la cara, ¿no?...

REMEDIOS

Las madres son como la tierra, Chema... Para sufrir por los hijos.

CHEMA

Bueno, préstala... Sufriremos los dos por él... (*Recibe la carta y se sienta en el banquito de la puerta. Deja unos momentos el papel en la rodilla para sacar unos viejos*

lentes de metal dorado y pequeños cristales de forma almendrada. Los limpia con mucho cuidado con su paliacate, mientras su mujer se sienta en el suelo, a sus pies, y apoya los brazos en las rodillas del hombre.)

CHEMA

(*Leyendo pausadamente, con dificultad.*) Querido tata... Primero le contaré que ya casi estoy bien del brazo; la herida está cicatrizando rápidamente y ya casi no me duele...

REMEDIOS

¡Pobrecito! Seguro que se hizo el remedio que le escribiste...

CHEMA

(*Sigue leyendo.*) Naturalmente que conseguir trabajo sin una mano, y mucho más como andan las cosas por aquí, es imposible. Pero me van a dar una indemnización regular en la fábrica, con la que me alcanzará para mucho... Sobre todo para volver y que salgamos de este infierno...

REMEDIOS

¡También lo piensa él! Pero yo me siento muy triste y muy cansada cuando pienso en volver... Se me figura, Chema, que ya no he de volver... Que me quedaré en este país con la mano de mi hijito...

CHEMA

Si te pones así, no sigo leyendo, Remedios... (*Como ella se finge tranquila, limpiándose los ojos, Chema sonríe, le pasa la mano por la cabeza y prosigue.*) Estas ciudades están malditas por la sed infecunda de dinero... Hambre, tata, hambre por todos lados... A eso los llevó su obscura ambición... Y todos los que están como uno son los que la pagan... Lo único que se acuerdan de darnos ahora que ya no les servimos es una taza de agua sucia y un cacho de pan, después de pasar horas en estas horribles colas de hambrientos...

REMEDIOS

¡Pobrecito! ¡Pobrecito!

CHEMA

¡Pobrecito hijo! (*Suspira y continúa.*) Guadalupe está muy guapa. Y muy bien, dentro de su estado. Probablemente para abril... (*Con ternura y regocijo.*) ¡Ya habrá nietecito!... A Dios gracias, a su marido no le falta trabajo... Dígale a mamá que no se preocupe ni se entristezca por mí; que la indemnización es fuerte y pronto me verán por allá... Dele un abrazo y usted reciba otro de su hijo... (*Ha terminado.*) Eso es todo. (*Se queda con la cabeza baja y la mano sobre la rodilla, con la carta desdoblada.*)

REMEDIOS

(*Acariciando cuidadosamente el papel.*) El también siente lo que yo. Por la noche, sobre todo, le pasará lo que a mí... Soñará como que nuestra tierra nos está llamando todas las noches, con su voz egoísta...

CHEMA

La tierra con su voz avara... ¡Yo también, Remedios!

REMEDIOS

¡Por haberte salido cuando otros la regaban con su sangre!

CHEMA

Es cierto, ¡le negué la mía!... ¡Pero no me lo estés recordando a cada rato!... ¡Bastante es con que lo sienta yo!

(*Por la derecha llegan GARCIA, CORRIGAN y ARTHUR, otro yanqui.*)

CORRIGAN

(*A García.*) La orden es terminante... De modo que debe juntar a sus paisanos y avisarles... En seguida.

ARTHUR

(*Tomando amistosamente el brazo de García, mientras Remedios y Chema observan con inquietud.*) Amigo, nosotros quisiéramos ayudarle... A usted entre todos... Pero es una orden muy dura... Mientras haya un solo ciudadado norteamericano sin trabajo...

GARCIA

No se apure por mí, míster... ¡Por ninguno de nos-

otros! El hambre nos trajo y el hambre nos lleva... En cuanto a mi futuro, sé hacer de todo... No me he de morir, no se crea...

(*ARTHUR se encoge de hombros.*)

CORRIGAN

Ordene que llame la sirena.

GARCIA

(*A Chema.*) Oye, viejo. Haz el favor de tocar la sirena para que se junten los muchachos.

CHEMA

(*Se pone de pie diligente. Se acerca a García, mientras los dos extranjeros hablan a un lado.*) ¿Pasa algo, patrón?

GARCIA

Ahora lo sabremos... (*Suspira.*) Anda, toca.

REMEDIOS

(*Se acerca a García, asustada, mientras Chema se va nerviosos por la izquierda.*) ¿Pasa algo, hijito?... ¿Algo malo, patrón?

GARCIA

(*Dándole golpecitos en la espalda.*) Nada, viejita... Que nos vamos, como querías... Que nos vamos de aquí...

REMEDIOS

¿Nos echan? ¿Y a dónde vamos a ir?

GARCIA

(*Sombrío.*) Adonde podamos... o adonde nos lleven... Quizás a México.

(*Los interrumpe el grito de la sirena desolado y triste.*)

(*Por la izquierda surgen los trabajadores mexicanos, y allí se detienen.*)

ARTHUR

(*Acercándose a la derecha, grita hacia afuera.*) ¡Aquí, muchachos!

(*Por la derecha sale un grupo de trabajadores yanquis vestidos con overoles completos de*

color. Unos cafés y otros azules. Gorras de hule negro.)

(*Unos momentos se contemplan ambos grupos con desconfianza. Los yanquis miran con cierta altivez; los mexicanos se agazapan tímidamente detrás de sus sarapes o de los hombros de los compañeros. Poco a poco se aminoran hasta el obscuro las luces que iluminan la escena, y se encienden, paulatina y concomitantemente, dos reflectores independientes que dan luz por separado y lateralmente, de entre bastidores hacia afuera, a cada grupo.*)

HOMBRES DE LA DERECHA

(*Al mismo tiempo. En coro muy pausado.*) Reclamamos nuestra tierra... Y pan para nuestros hijos... ¡Tenemos hambre!

HOMBRES DE LA IZQUIERDA

(*También en coro, lentamente.*) Padre nuestro... Danos el pan de cada día.

HOMBRES DE LA DERECHA

Tenemos brazos aptos... Y tierra que labrar... ¡La tierra nuestra!

HOMBRES DE LA IZQUIERDA

Padre nuestro... Tierra de América... Danos el pan de cada día.

HOMBRES DE LA DERECHA

¡La gran tierra nuestra!... ¡Fuera el extranjero!... ¡El extranjero que nos quita el fruto!

HOMBRES DE LA IZQUIERDA

Madre tierra... ¿Quién es en ti extranjero?

HOMBRES DE LA DERECHA

¡Reclamamos nuestra tierra!

HOMBRES DE LA IZQUIERDA

¡Padre nuestro!... Amén.

(*Vuelve la luz plena.*)

CORRIGAN

(*A García.*) Dígales lo que le indicamos, García.

GARCIA

(*Se vuelve al grupo de mexicanos.*) Muchachos... El gobernador del Estado ha ordenado que, mientras haya un solo ciudadano yanqui que no tenga trabajo, no lo tenga un extranjero. Acaban de llegar hombres de este país a ocupar nuestros puestos. Míster Córrigan quiere que les diga la pena que le causa a la Compañía tomar esta decisión; y que mañana, al amanecer, después de rayarles lo que se les deba, habrá varios camiones dispuestos para sacarnos de aquí.

(*Murmullos en el grupo de la izquierda.*)

ARTHUR

(*A García.*) Dígales lo demás... (*Inquieto.*) Que no hay nada que temer. Que su Gobierno se ha preocupado por ellos ya.

UN HOMBRE

(*Adelantándose del grupo de la izquierda.*) ¿A dónde nos llevan?

GARCIA

Nuestro Gobierno ha dispuesto trenes en la frontera para que regresemos. Por lo pronto nos van a reconcentrar en la ciudad del Sur... Nos rayarán con el alba. Vayan a disponer sus cosas para que salgamos con el sol.

EL HOMBRE

¿A nuestra tierra? ¿Y a qué?

GARCIA

(*Rabioso.*) Aunque sea a morirnos.

(*El hombre vuelve al grupo. Hay murmullos e inquietud en él. Por la derecha entran unos cuantos soldados del ejército yanqui.*)

CORRIGAN

(*Presuroso, a los soldados.*) No hará falta... No hará falta.

(*Los soldados permanecen a un lado, descansando en las armas. Los mexicanos salen poco a poco murmurando.*)

CORRIGAN

(*Al grupo de trabajadores yanquis.*) Todo está arreglado, muchachos. Pueden descansar. El día nuevo es para ustedes ya.

(*Los de la derecha salen también. MISTER GORRIGAN y MISTER ARTHUR se acercan a GARCIA, que permanece en el centro pensativo.*)

CORRIGAN

(*Estrechando la diestra de García.*) Adiós, García, ¡y buena suerte!

ARTHUR

(*Dándole una palmada en el hombro.*) ¡Buena suerte, muchacho!

(*Salen ambos extranjeros por la derecha haciendo señas a los soldados de que los sigan. Estos obedecen y salen detrás.*)

REMEDIOS

(*Muy angustiada.*) ¿Lo ves, Chema? ¡Al Sur! ¡No volveremos a ver a nuestros hijos!

CHEMA

(*A García.*) ¿Al Sur de todos modos? ¿A fuerza al Sur?

GARCIA

(*Con tristeza.*) Para allá nos mandan, Chema.

CHEMA

¿Y nuestros hijos, patrón? ¿Los vamos a dejar así?

REMEDIOS

Nuestros hijos, don Chano! ¡Nuestros hijos que están en el Norte! ¿Los vamos a abandonar, a no volver a ver?

GARCIA

(*Incómodo.*) Para el Sur nos llevan, Remedios, para allá.

REMEDIOS

¡Pero es una injusticia! ¡Una injusticia!

GARCIA

Nos corren, viejita, hay hambre. Ya no pueden ayudarnos. Les estorbamos. Nos tenemos que ir.

CHEMA

¡Hambre, y tiene las bodegas repletas de trigo! ¿Porqué hambre? ¿Por qué?

GARCIA

(*Distraído.*) No sé.

CHEMA

Si hay hambre, que dispongan de su grano... ¡Que se lo den a sus hombres! Para eso lo pare la tierra.

GARCIA

No sé, Chema... El caso es que nos echan. Y tenemos que irnos.

REMEDIOS

(*En súplica angustiada.*) Pero mire, Chanito, mire por favor... ¿Por qué no nos mandan para la ciudad del Norte, al viejo y a mí? Al Norte a juntarnos con nuestros muchachos...

GARCIA

(*Con cariño.*) No dan a escoger, viejita.

REMEDIOS

(*Desesperada.*) ¡Pues no me voy!—¡Tengo que ir por mis hijos! ¡Por mis hijos! (*Se retuerce las manos.*)

GARCIA

(*Se queda pensando un momento.*) ¿Me decías, Chema, que tu hija está casada?

CHEMA

Guadalupe, sí... Su marido tiene trabajo y es de aquí... ¡Dígales eso, Chanito! Que nos dejen ir a cargo de nuestro yerno... No más para ver a los hijos, siquiera verlos...

REMEDIOS

(*Le toma una mano.*) Dios le ha de dar a sus padres el gusto que usted nos dé ahora...

GARCIA

¡Pero si de mí no depende, viejos!

REMEDIOS

Ellos lo quieren mucho a usted. ¡Háblele! ¡Háblele, por Dios!

CHEMA

Además, conocen a Kerr, el marido de mi hija... Saben que se la llevó, que no es mentira... Dígales, patrón, dígales, no sea malo...

GARCIA

Bueno, viejos... Le voy a decir a Córrigan... Si él quiere puede mandarlos en uno de los camiones de trigo que van a salir para el Norte... Aunque los lleven vigilados...

CHEMA

¡Como sea! ¡Como sea!

REMEDIOS

¡Presos, como sea! (*Le besa la mano.*) Acuérdese de sus padres, ruegue como si fuera por ellos y verá cómo lo escuchan, verá.

GARCIA

Ahorita mismo voy, porque los camiones se van pronto. Espérenme, viejos, vuelvo en seguida con la razón que sea. (*Vase por la derecha.*)

REMEDIOS

¿Ves, Chema? ¿Ves lo ingrato que es el suelo que no es nuestro? Tarde o temprano se duele de nuestras pisadas.

(Pausa breve en que CHEMA se acerca para abrazar a REMEDIOS, que llora en su hombro. Los interrumpe EL SAPO que llega por la izquierda.)

SAPO

¡Mire no más, don Chema! ¡Mire no más! (*Señala a la derecha, a los lejos.*) Están hablando de hambre, nos echan dizque por hambre... Y mire... ¿Qué se figura que están haciendo con el trigo?

CHEMA

Llevárselo a la ciudad... Negociar con él...

SAPO

¡No!... Son dos de los que llegaron... ¡A nosotros se nos hubieran caído las manos de hacer eso!

CHEMA

(*Se ensombrece.*) ¿Caído las manos? ¿Por qué se caen las manos?

SAPO

Se caerían de traicionar así el trabajo y el fruto de la tierra... ¿Qué se figura que le han echado a todos los costales que pusimos llenos de trigo en el llano?

CHEMA

(*Duda.*) ¿Qué?

SAPO

Petróleo, don Chano, petróleo.

REMEDIOS

¡Petróleo!

SAPO

Del mismo que sirve para mover las máquinas... ¡Petróleo!

CHEMA

(*Asustado.*) ¿Lo van a quemar?

REMEDIOS

¿A quemar? ¡Santo Dios!

SAPO

¡A quemarlo! ¡A quemar casi toda la cosecha! ¡Diga si no están locos! ¡Diga si no merecen el hambre!

CHEMA

¿Ellos?... ¡Si los que lo queman no son los que tienen hambre!

(*Se inicia un resplandor rojo por la derecha.*)

CHEMA

¡Se atrevieron! ¡Imagínense! ¡Se atrevieron a quemar el pan de Dios!

REMEDIOS

¿Pero para qué?

SAPO

Dicen que sobra... No lo entiendo, Remedios...

(La intensidad de la llamarada sube de punto. REMEDIOS llora.)

CHEMA

(Abrazándola.) ¿Lloras, Remedios? ¿Otra vez?

REMEDIOS

Lloro el pan que no podrá comer mi hijo... Que no podrán comer nuestros hermanos... El trigo que se quema.

CHEMA

¡De veras están malditos! ¡Quemar así la sangre del suelo y el trabajo de los hombres!

(Vuelve GARCIA por la derecha, como perseguido por el rojo resplandor.)

GARCIA

Córrigan está muy nervioso... Pero me hice oír. ¡Los dejan! Los dejan que se vayan a la ciudad del Norte... Todavía hay mexicanos por allí...

(REMEDIOS le besa la mano. CHEMA se la estrecha con ternura.)

GARCIA

¡Ojalá encuentren todavía a su hijo por allá! ¡Pero andando, viejos! Se tienen que ir ahorita... Ahoritita... Se va el camión que lleva el trigo.

CHEMA

Sí, cuanto antes, que mejor mis ojos mortales no vean estas cosas del diablo.

REMEDIOS

¡Están quemando el trigo, patrón! ¿Para qué?

GARCIA

Porque abunda, Remedios. Porque la tierra fué demasiado bondadosa para el corazón egoísta de los hombres. Porque en su abundancia ha bajado de precio... No es el hambre lo que les importa, sino el dinero.

CHEMA

¡Se han vuelto locos! ¡Locos!

REMEDIOS

(A Chema.) ¡Para que te asustes de las llamas de tu país! ¿Te acuerdas de cuando vimos arder Los Remedios?

CHEMA

¡El horror que me dió! Las ganas que me nacieron de irme donde no viera traicionar a la tierra con el fuego...

REMEDIOS

Aquí... Y ya ves que aquí también... ¡Y no es para luchar por ella como allá!

CHEMA

Fuego, fuego... Nos persigue... Lo llevo metido en los ojos y en las entrañas... Siempre pasando por encima, absorbiendo lo que las entrañas del suelo dejaron nacer...

GARCIA

(*Se acerca al viejo iracundo y lo abraza en señal de despedida.*) ¡Bueno, viejo, a preocuparse de sí mismo! Saque sus cositas, porque se va el camión. ¡Y buena suerte! (*Se estrechan la mano conmovidos. Luego, García, abraza a la mujer.*) Adiós, viejita. Que Dios le guarde a sus hijos.

REMEDIOS

Y a usted sus padres, patrón. (*Entra con Chema en la casucha.*) Vamos, Chema, vamos. Ni quiera Dios que nos deje el camión.

GARCIA

(*Al hombre que se ha quedado triste a un lado.*) ¿Y tú?

SAPO

No más pensando en la tristeza de arrancarse del suelo siempre... Un día dejé mis lomas porque necesitaba comer... Ahora me arrancan de aquí también...

GARCIA

Ahora vuelves a tu país... Ve a arreglar tus cosas. Mañana salimos al amanecer.

SAPO

Estoy como vine. Nada me llevaré de aquí. (*Se va pausadamente por la izquierda.*)

GARCIA

(*Va a salir cuando recuerda algo y se acerca a la puerta de la choza.*)

El camión sale de atrás de las bodegas, como siempre.

Allí los espero. ¡Dentro de diez minutos, viejos! (*Vase izquierda.*)

(*La escena desierta y silenciosa se obscurece. Tan sólo la ilumina el tembloroso resplandor rojizo. Se oyen las voces del coro interior.*)

CORO DE HOMBRES

(*Por dentro.*) Padre nuestro. Danos el pan de cada día.

(*Salen de la casa CHEMA y REMEDIOS con un bulto cada uno. La mujer lleva, además, una jaulita con un pájaro.*)

CHEMA

Sí, mejor es, Remedios. ¡Vámonos! A nuestra tierra... Recuperemos a nuestros hijos para ella... (*La abraza con el brazo libre.*)

REMEDIOS

Tu pecado, Chema, tu pecado... Te lo decía todavía en la frontera... No le niegues a tu tierra los huesos de tus hijos, la humedad de tu sangre, el sudor de tu frente...

CHEMA

Se los devolveremos, se los devolveremos. (*Sus voces se pierden a la izquierda por donde salen ambos.*)

(*La escena ha quedado sola. El resplandor rojo se suaviza.*)

CORO DE HOMBRES

(*Interior.*) Los huesos de tus hijos.
La humedad de tu sangre.
El sudor de tu frente...

TELON

SEGUNDO TIEMPO

Comedor del pequeño departamento que los Kerr habitan en la ciudad del Norte, en el mismo país del tiempo anterior. Limpieza, orden sencillez. Por la puerta que hay al fondo, y a la izquierda, se alcanza a ver parte de una estufa de gas para cocinar. Ventana al fondo y a la derecha, cuya vista está limitada por una serie de ventanas numerosas e iguales de la pared frontera. Puertas a ambos lados.

(*Se escucha llave en la puerta de la izquierda. A poco, entra GUADALUPE TORO, hoy KERR, quitándose el sombrero; es joven y bonita, tipo mexicano. La siguen sus padres cargados con los bultos, pero REMEDIOS ya no trae la jaula.*)

GUADALUPE

(*Enciende la luz.*) Acomoden sus cosas por aquí... ¡Pero qué sorpresa! ¿Desde cuándo llegaron?... Me hubieran avisado, no que se han estado en la puerta Dios sabe cuánto rato...

REMEDIOS

Ni tiempo tuvimos, hijita... Nos corrieron de la granja.

CHEMA

Ayer mismo. Casi toda la noche nos la pasamos en la carretera.

REMEDIOS

Y el pajarito se me murió... ¡Hacía un frío!

GUADALUPE

(*Después de ayudarlos a acomodar sus bultos en las sillas.*) ¡Qué barbaridad! ¿Los corrieron? ¿Los mandaron para aquí donde las cosas están tan malas?... Sin trabajo, con la gente muriéndose de hambre, papá, de hambre...

CHEMA

Sí, hija, sí. Ahora que ya no nos necesitan, nos mandan a que nos acabe el hambre en otro lado, mientras ellos queman el trigo...

REMEDIOS

(*Abrazando a su hija.*) ¡Pero qué alegría me ha dado volver a verte! ¡Qué alegría, Guadalupe! (*Se separa de ella para contemplarla.*) Déjame verte bien... ¡Qué bonita estás! Mucho más chula que cuando te viniste con Alfredo.

GUADALUPE

¿Y usted, mamacita? ¿Cómo ha seguido? ¿Mejora de sus males?

REMEDIOS

¿Yo? Vencida por la ausencia de mis hijos y de mi tierra, Guadalupe. Vencida. No me logré hallar aquí... (*Suspira.*) Y se me hace que aquí me quedaré.

CHEMA

(*A Guadalupe.*) Ya teníamos más de medio año de no verte, hija. Y de no saber de ti más que por las cartas de tu hermano...

GUADALUPE

(*Evadiendo.*) He tenido que trabajar mucho, papá. Ni tiempo para escribir siquiera... Ni fuerzas... (*Sordamente.*) Muchas veces, sin ganas para todo...

CHEMA

¡En tu estado! ¿Trabajas en tu estado? (*La mira tiernamente y le acaricia una mano.*) De modo que te casaste para trabajar...

GUADALUPE

Ahora no, papá... Cuando estaba buena... Lo que ganaba Alfred apenas nos alcanzaba y yo quise ayudarle...

Podía... Ahora también apenas nos alcanza, pero ya no puedo... ¡Y siquiera no ha perdido su trabajo!

REMEDIOS

(*Emocionada.*) Oye, Guadalupe... ¿Y tu hermano? ¿Cómo está tu hermano? ¿A qué hora podemos verlo?

GUADALUPE

(*Un poco contrariada.*) Siéntense primero... Luego platicaremos. Siéntense... (*Se sientan.*)...

CHEMA

¿Cómo está Pedro, Guadalupe? Te preguntaba tu mamá... ¿Ya no le duele el brazo? ¿Ya le dieron la indemnización?

GUADALUPE

(*Con dificultad.*) ¿Sabe, papá?... Pues Pedro... Hace días que no sé de él.

REMEDIOS

¿Pero cómo que no sabes?

GUADALUPE

Hace como un mes.

CHEMA

Pero hijita... ¿No viene aquí? ¿Se ha disgustado contigo? ¿Se ha peleado con Alfredo?

REMEDIOS

Nosotros creíamos encontrarlo aquí, con ustedes, con sus hermanos.

GUADALUPE

Alfred... ¿Sabe, mamá?... Alfred apenas gana para nosotros.

CHEMA

¡Pero el pobre muchacho sin trabajo, sin qué comer, herido! ¡Sin mano para ganarse la vida!

GUADALUPE

Lo estuve viendo en el hospital. Casi todos los días. Le llevaba algunas cosas... Cuando salió, vino aquí algunas veces... Pero de repente dejó de venir... Lo he buscado mucho, por todos lados... (*Con dolor mayor.*) Pero no he podido dar con él.

CHEMA

¿En dónde vivía?

GUADALUPE

No sé su casa.

REMEDIOS

Pero Guadalupe, hija mía, por Dios... ¿Que no sabes la casa de tu hermano?

GUADALUPE

(*Con más dificultad.*) ¿Sabe, mamá?... Es que Pedro no tenía casa... Casa así... fija.

CHEMA

¡Andaría rodando por la calle, como todos esos pobres hombres que están aquí enfrente! ¡Como esos de la cola! Dormiría Dios sabe dónde, ¡dónde pudiera! Y ahora...

GUADALUPE

La última vez que estuvo aquí me contó que estaba durmiendo con otros muchachos en el vestíbulo del Ayuntamiento... Les abrían la puerta de noche a los que llegaban primero, para que durmieran bajo techo, ahora que aprieta el invierno... Y por la mañana les daban desayuno...

REMEDIOS

(*Con mucho dolor.*) ¿Pero es posible, Guadalupe, que no te dolieras de tu hermano?

GUADALUPE

(*Casi sollozo.*) Yo sí, mamá... Mucho... Muchísimo... Le ayudaba todo lo que podía... Pero Alfred, mamá...

CHEMA

(*Rabioso.*) ¡Extranjero había de ser! Ya lo ves, hija. Ahora te darás cuenta por qué tu mamá y yo quisimos convencerte de que... cuando...

GUADALUPE

No es eso, papá... Es que le han bajado mucho el salario... Ya le digo que apenas puede defendernos... Y así y todo quiere guardar un poquito para cuando venga nuestro hijo... Alfred es bueno... ¡Es este maldito tiempo de hambre que se ha desatado!

REMEDIOS

(*Angustiada.*) ¿Pero no sabes nada de Pedro? ¿Nada, hijita? Nosotros sólo venimos por ustedes, por ti y por él... Porque nos corren del país.

CHEMA

¿Nada sabes? ¿Ni Alfred tampoco? ¿Nada, nada, nada?

GUADALUPE

Lo he buscado hasta en las colas de hambre.

CHEMA

¡Yo también! Apenas llegamos dejé a tu mamá esperándote y me fuí a buscarlo en las colas cercanas, que vimos desde el camión... Aquí enfrente, en la del Parque, en todos los sitios de hambrientos... He repasado todas las caras... ¡Con brincos en el corazón veía yo un rostro moreno! ¡Pero nada! No estaba allí... Mi grande esperanza era que lo encontraríamos contigo, y ahora resulta que...

GUADALUPE

Alfred dice que... sí, eso... que posiblemente ya no esté en la ciudad... Anduvieron haciendo una redada de extranjeros, días pasados...

REMEDIOS

¿Una redada? ¿Quién?

GUADALUPE

La policía.

CHEMA

¡La policía! ¡Mi Pedro en la cárcel! ¡El, tan honrado, tan hombre, tan incapaz de...!

GUADALUPE

Bueno, dije mal... No la policía, los agentes de migración... ¿Sabe, papá? Recogen a todos los extranjeros sin trabajo... para mandarlos a sus países...

CHEMA

(*Con tristeza.*) Como a nosotros...

REMEDIOS

(*Llorosa.*) ¿Y ahora, Chema? ¿Y ahora qué hacemos?

¿Dónde estará? ¡Puede que ahora nos escriba a la granja y ya nunca sabrá dónde estamos!

CHEMA

(*Apoyando una mano en la rodilla de Remedios.*) No te asustes, Remedios, no seas tan chiquita de corazón. Es fácil averiguar. Seguro que lo agarraron para mandarlo a México, como a nosotros. Para el Sur... Lo tenemos que encontrar, ni remedio... Aunque sea en nuestra tierra... Con que nos digan a dónde lo mandaron y nosotros solicitar ir para allí... Todos juntos.

REMEDIOS

¿Todos juntos?... ¿Y Gualalupe? (*Vuelve la cabeza mirando fija y tiernamente a su hija.*)

GUADALUPE

Tengo que quedarme con el padre de mi hijo, mamá.

CHEMA

(*Con rencor.*) ¡Tu esposo es un extraño! Ya lo has visto con tu pobre hermano. ¡Todavía nos perteneces, Guadalupe! ¡Te nutrió la sangre de tu madre y te calentó el sol de nuestro país cuando eras chiquita!

GUADALUPE

No sabe lo que dice, papá... Tengo esposo. No puedo dejarlo con un hijo suyo ya en mi vientre, no más porque a él le vaya mal.

CHEMA

(*Despechado.*) ¡Está bueno! Te olvidas de tus padres por un extraño. Te olvidas de tu hermano y lo dejas rodar hambriento y mutilado por la calle... ¡Mala hija!

REMEDIOS

¡No seas así, Chema! (*Se levanta y abraza contra su vientre la cabeza de la hija que solloza.*) La muchacha tiene razón. Es el padre de su hijo. Y su marido ante Dios.

CHEMA

(*Se queda con la vista en el suelo. Después acaricia el cabello de su hijo.*) Perdóname, hijita... Es la cólera que me da el vernos dispersados por haber dejado nuestra patria... ¡Yo soy el culpable! ¡Te traje y te aventé a

los extraños! Te arranqué de tu suelo para echarte a los gringos. ¡Estoy maldito!

GUADALUPE

(*Levantando la cabeza.*) No se ponga así, papá... No diga eso... Todo se arreglará. (*Le coge una mano.*) Pedro puede volver cuando pase el mal tiempo. Alfred dice que la crisis está terminando y que ya vuelve la prosperidad... Encontraremos aquí trabajo para usted y podremos vivir otra vez todos juntos...

CHEMA

No quiero trabajo, ni vivir aquí más. Sólo quiero volver a mi tierra... A que mi hijo tenga hijos allá, a que la tierra se chupe nuestros huesos cuando muramos... ¡Que no vaya a ser que hasta nuestra cal se quede por aquí con la ambición!

REMEDIOS

¡Hasta ahora me oyes, Chema! ¡Hasta ahora!

(*Se oye ruido en la puerta. Todos se vuelven hacia ella. Se abre, entra ALFRED KERR en traje de trabajo, y con un botecito de los que sirven el obrero yanqui para llevar el lunch. KERR es alto y joven, rubio y pecoso, nervudo, de tipo enérgico. Viste overol obscuro. Se detiene en la puerta sorprendido y un poco desagradado. Se quita la negra cachucha de hule y la arroja a una silla, donde también deja el botecito.*)

ALFRED

¡Hola, viejos! ¿Ya los trajo el hambre por aquí?

REMEDIOS

El hambre de nuestros hijos, Alfredo.

CHEMA

¿Cómo te va, Alfredo?

(*ALFRED se acerca a la mesa. Sin volver a hablar, saca unos papeles del saco interior y los echa en la mesa. Luego entra por la puerta del fondo. Como al entrar se tropieza con un pequeño bulto de los viejos, lo hace a un lado de un*

puntapié. A poco, y después de un penoso silencio de los demás, cruza la escena con una toalla y un jabón en las manos y desaparece por la puerta de la derecha.)

CHEMA

Se me hace que no le gustó la visita a tu hombre.

REMEDIOS

No le agradó, no.

GUADALUPE

¿Saben? Así es de seco siempre. ¡Ni parece que lo hayan conocido tanto! Además, la mala época pone a los hombres de mal humor...

REMEDIOS

¡Dile que nos diga algo de Pedro, hija! El debe saber...

CHEMA

(*Sentándose.*) ¡Que si nos trajo el hambre! Cree que venimos a limosnearle...

REMEDIOS

¡Chema, por Dios! Preocúpate de tu hijo.

GUADALUPE

¡Qué modos de hablar, papá! Está usted en su casa.

CHEMA

(*Tristemente.*) Sí... Sí...

GUADALUPE

Usted mismo hace un momento tuvo su arranque de cólera... Los malos tiempos que ponen duro el corazón de los hombres.

CHEMA

(*Rebusca en sus bolsillos.*) ¿No me puedes regalar un cigarro, Guadalupe?

GUADALUPE

(*Indaga sobre la cómoda, encuentra la pipa y el tabaco de Alfred.*) No hay cigarros, papá... Pero mire... ¿Tiene hojas? Aquí hay tabaco.

CHEMA

No me queda ni una hojita, Guadalupe. Estoy más pobre que nunca. ¡He perdido hasta mis hijos!

REMEDIOS

(*Entristecida.*) A sus hijos, no... ¡No digas cosas! (*Le llena una pipa.*) Ande, papá, fúmese una pipa... (*Se la da.*)

CHEMA

Bueno... Aunque sea este tabaco que apesta a tierra extranjera y a falta de compasión... Perdóname, Guadalupe, pero todo lo güero me apesta ya... (*Enciende la pipa y da una chupada con fruición.*)

REMEDIOS

(*Benévola.*) ¿Ya ves? ¡A que no te supo tan mal!

CHEMA

¡Hasta sabroso sabe después de doce horas de no fumar!

(*Pausa breve en que CHEMA fuma; la hija está preocupada y REMEDIOS respira dolorosamente con la vista perdida.*)

GUADALUPE

(*Siguiendo su idea.*) Perdone, papá... ¿Trae algo... de dinero?

CHEMA

La verdad, hijita... Como iban a rayar hasta el amanecer, cuando salieran los camiones para el Sur con la gente...

REMEDIOS

Y el del grano que nos trajo se venía inmediatamente...

GUADALUPE

(*Contrariada.*) ¿Se vinieron sin cobrar?

CHEMA

¿Qué hacíamos, hijita? ¿Qué hacíamos, si querían mandarnos luego luego para el Sur sin saber ya de nuestros hijos?

GUADALUPE

Y ahora, papá... ¿Qué piensan hacer?

REMEDIOS

Buscar... Buscar a Pedro.

(*Vuelve ALFRED por la derecha secándose*

las manos. Al fijarse en que CHEMA está fumando en su pipa, deja precipitadamente la toalla y le arrebata al viejo el utensilio.)

ALFRED

¡No me gusta que me baboseen mi pipa, viejo! (*Echa sobre la mesa una cajetilla de cigarrillos.*) Fume de ésos. (*Vuelve por la toalla y se pone a limpiar con ella escrupulosamente su pipa.*)

(*El viejo se ha quedado sorprendido y humillado. No dice nada, sólo mueve la cabeza. Su hija comprende y solicita saca un cigarrillo de la caja, que su padre no quiere aceptar, pero logra hacérselo tomar y se lo enciende.*)

ALFRED

(*Cargando su pipa.*) Conque vamos a ver... ¿Qué los trae por aquí, viejos?

REMEDIOS

Buscamos a Pedro, Alfredo... Nos corren del país, de tu país. Queremos llevarnos al hijo... Irnos con él.

CHEMA

¡Venimos a buscar a nuestros hijos!

ALFRED

(*Levantando la vista e interrumpiendo la carga de su pipa.*) ¿A buscarlos? ¿Para qué? ¿Les traen algo?

(*CHEMA y REMEDIOS se ven sorprendidos.*)

CHEMA

Cuando vimos que nos iban a separar de ellos para siempre, no pensamos la vieja y yo más que en verlos, Alfredo, aunque fuera por última vez.

REMEDIOS

Guadalupe cuenta contigo... ¿Pero y Pedro? Pedro mutilado...

ALFRED

¡Pedro mutilado y por añadidura con la carga de ustedes, va a estar lucido! (*Termina de cargar su pipa y la enciende.*)

CHEMA

Sólo queremos regresar con él, nada más que ya nadie sabe aquí lo que le ha pasado... ¡Ni los suyos! (*Se levanta sin acordarse de otra cosa que de su hijo.*) ¿Y tú, Alfredo? ¿No sabes de veras nada de él, adónde está, qué hace...?

REMEDIOS

(*Acercándose también a Kerr.*) Dinos lo que sepas de Pedrito, Alfredo... ¡Ayúdanos a encontrarlo por lo que más quieras!

ALFRED

(*Molesto.*) No sé... No sé... Pensaba en ir a buscar trabajo a otro lado... Por otra parte, han andando recogiendo extranjeros... Además, con eso de los motines en que se anduvo metiendo...

REMEDIOS

(*Muy asustada.*) ¿Motines?

GUADALUPE

¡Alfred, por favor!

ALFRED

(*Despreocupado.*) Anduvo en eso de las manifestaciones de los parados... Era de los más inconformes, de los más agitadores y escandalosos... Se me figura que la policía lo traía entre ojos...

CHEMA

Entonces... ¿estará en la cárcel?

GUADALUPE

¡Alfred!

REMEDIOS

¡En la cárcel! ¡En la cárcel!

ALFRED

Pues tanto como en la cárcel... yo creo que no.

REMEDIOS

¡Y en esas bolas ha habido muertes! ¡A poco le tocó una bala!... ¡O me lo acusan de alguna muerte, Chema!

GUADALUPE

No, mamá, cálmese... Si lo hubieran herido ya lo sabríamos. Y si de algo lo acusaran, también...

ALFRED

(*Suavizando.*) Yo creo que... Que se lo llevaron para la ciudad del Sur... ¡Sí, eso! Ya se lo llevaron, para mandarlo a su país. Hacia la frontera salieron muchos coches cargados de mexicanos como él...

REMEDIOS

¡Y nosotros que quisimos venirnos para acá!

ALFRED

Bueno... Todo eso no es más que una suposición mia... Todavía hay algunos mexicanos por aquí... Puede ser que no haya vuelto a vernos nada más que por esos malos humores que le dan de repente...

CHEMA

¡Necesitamos encontrarlo!

ALFRED

(*Impaciente ya.*) ¡Por ahí ha de andar, hombre!... Estará en la frontera... O en el hospital, o en la cárcel... ¡Dejen eso ya por hoy!

GUADALUPE

¡No digas tonterías, Alfred!

ALFRED

¡Bueno! Por lo pronto hoy ya no podemos averiguar nada. Mañana se hará todo lo que se pueda. Será fácil informarse en la Oficina de Migración y en la policía.

REMEDIOS

¡Hasta mañana! ¿Y mientras?

ALFRED

(*Seco.*) Y mientras, ¿adónde paran ustedes?

CHEMA

(*Desconcertado.*) ¿Nosotros?

ALFRED

Sí. ¿En qué hotel, o en qué casa de huéspedes? Porque supongo que no tienen una propia...

CHEMA

No paramos en ninguna parte.

ALFRED

¡Cómo que en ninguna parte!

REMEDIOS

Acabamos de llegar... Apenas nos dejó el camión, vinimos a ver a Guadalupe. La estuvimos esperando en la escalera...

ALFRED

(*Muy serio.*) ¿Y qué piensan hacer ahora?

CHEMA

¿Nosotros? ¿Qué pensamos?

ALFRED

Sí, ¿qué piensan hacer?

CHEMA

(*En el colmo del desconcierto.*) ¿Qué pensamos de qué?

ALFRED

(*Impaciente.*) ¡Dónde van a quedarse! ¡Dónde van a comer!

CHEMA

(*Desesperado.*) ¡Pues iremos a las colas! ¡Y luego al Ayuntamiento, o a la estación!

GUADALUPE

(*Que ha estado nerviosa.*) ¡No! ¡Eso sí que no! (*Sin hacer aprecio de que Alfred la mira severamente.*) Se quedarán ustedes aquí, en el comedor. Les pondré unas cobijas y comerán lo que haya, con nosotros.

(*ALFRED no dice nada, pero se nota el profundo disgusto que le causan estas palabras.*)

GUADALUPE

(*A sus padres.*) ¿Quieren venir a asearse? ¿A lavarse las manos y refrescarse la cara? Vienen muy polvosos...

ALFRED

¡Sí! ¡Siquiera eso, que se laven las manos!

GUADALUPE

Les enseñaré de paso la casa, lo poquito que les falta conocer... Vengan por aquí. (*Los guía por la derecha, tomando la toalla.*)

(*ALFRED da un golpe de impaciencia en la mesa con la mano abierta, y se pasea por el cuarto. Tocan a la puerta. ALFRED acude.*)

ALFRED

(*A quien llamó.*) Entra, entra.

VECINO

(*Entrando.*) ¿Estás solo?

ALFRED

(*De muy mal humor.*) ¿No lo ves?

VECINO

Sé que tienes huéspedes.

ALFRED

¡Qué huéspedes ni que demonios!

VECINO

Unos viejos mexicanos, ¿parientes?

ALFRED

¿Míos? ¡Bah! De la mujer.

VECINO

Sin trabajo seguramente. ¿No? Pues no te caen en buen tiempo, Alfred.

ALFRED

¡En todo tiempo me fastidian!

VECINO

Y ahora, ¡con la nueva baja de salarios!

ALFRED

(*Dejando de pasearse.*) ¿La nueva baja? ¿Otra?

VECINO

Otra, Alfred. Cinco por ciento más. ¡Quién sabe adónde lleguemos!

ALFRED

¡Como no quieran que de veras nos acabemos!

VECINO

Smith me avisó ahora... Quería decírtelo de una vez.

ALFRED

Está bien. Gracias.

VECINO

Siempre es mejor estar libre de esposa y parientes como yo. (*Pausa breve.*) Bueno, Alfred, hasta mañana. ¡Y que no te sea muy pesada la carga!

ALFRED

Oye, espera. ¿Sabes tú cómo está eso de los extranjeros en migración?

VECINO

Muy duro. Pero no temas por tus parientes; tu esposa es ciudadana norteamericana, y los viejos, estando a tu cargo, no los molestarán.

ALFRED

¿Es cierto que los están echando a todos?

VECINO

Por ahora, como hay tanto mexicano por aquí, se dedican a ellos.

ALFRED

Bueno, gracias. Sólo quería saber eso.

VECINO

Entonces hasta mañana. Pasaré por ti a las seis, como siempre.

ALFRED

Muy bien.

(Sale el vecino. ALFRED cierra la puerta. Vuelve la mujer por la derecha, todavía haciendo recomendaciones a sus padres.)

GUADALUPE

(Vuelta a la puerta.) A la derecha está el jabón. Apaguen al salir, ¿eh?

(Sale GUADALUPE por la puerta del fondo y vuelve a entrar con algunos platos, vasos y cubiertos, que va ordenando en la mesa, mientras su esposo la contempla enfurecido.)

GUADALUPE

No van a alcanzar los cubiertos. Veré si Lois nos presta...

ALFRED

¡No alcanzan los cubiertos ni el dinero! ¡A ver si te presta también dinero Lois!

GUADALUPE

(Interrumpiendo su faena.) ¿Qué dices?

ALFRED

¡Que a ver si te presta también dinero Lois! ¡A ver si ella te ayuda a mantener a esos viejos!

GUADALUPE

¡Nuestros padres!

ALFRED

Los míos ya murieron, Guadalupe, ¡afortunadamente! Afortunadamente no vieron esta estúpida época... ¡Porque no hay que andarse engañando, no podemos tenerlos aquí! Me acaban de avisar que nos han rebajado aún más los salarios. Apenas podremos comer... ¡Apenas! ¿Cómo quieres que encima mantengamos a dos personas más? ¡Es imposible!

GUADALUPE

Nos repartiremos lo poco que tengamos.

ALFRED

¡Que se vayan a su tierra a ver si ella los aguanta! ¡Yo no!

GUADALUPE

¡Son mis padres, Alfred!

ALFRED

No vamos a ver quienes son. El hecho es que no podemos mantenerlos.

GUADALUPE

Por lo menos hasta que sepan de Pedro y lo encuentren, Alfred... ¡Cómo los vamos a echar a la calle, a las colas de hambre, al frío, a que duerman en el mármol del Ayuntamiento!

ALFRED

Es un tiempo duro, muy duro... Necesitamos ser egoístas, para nosotros y para nuestro hijo... ¡Los viejos, que se las arreglen!

GUADALUPE

(*Ya severa.*) ¡Pues te digo que se quedan aquí, con nosotros! Hasta que sea necesario... ¡Pobres viejos!

ALFRED

Comprende que si yo pudiera... Pero es la situación lo

que me obliga a defendernos. Primero tú y el hijo; luego, los demás. Por desgracia, no alcanza para los demás.

GUADALUPE

¡Pero tenemos unos ahorritos, Alfred! Con ellos...

ALFRED

(*Montando en cólera.*) ¡Eso! ¡Eso es lo que temía! ¡Echar a la calle esos ahorros para la llegada del muchacho que tanto trabajo y sacrificio nos ha costado!

GUADALUPE

(*Muy decidida.*) El dinero es para cuando se le necesita. No hablemos más. ¡Se quedan aquí mis viejos!

ALFRED

(*Con disgusto extremo.*) Está bien. (*Toma su gorra de la silla.*)

GUADALUPE

¿Adónde vas?

ALFRED

Voy a... a por tabaco. ¡Y a revisar las colas de hambre, para irme entrenando! ¡Porque al paso que vamos! (*Sale dando fuerte portazo.*)

(*GUADALUPE se queda contemplando la puerta por donde salió ALFRED, y suspira. Va a irse nuevamente por el fondo, cuando llegan sus padres por la derecha.*)

CHEMA

¿Te disgustaste con Alfred?

GUADALUPE

No...

REMEDIOS

¿No se estaban peleando?

CHEMA

Por nosotros, ¿verdad?

GUADALUPE

¡Qué capaz!... No... Habla siempre muy golpeado, ya lo conocen.

CHEMA

¡Ay, hijita, la pena que me da venir a disgustarte!

GUADALUPE

Nada de disgustarme, papá, nada... Anden, vengan a tomar algo... ¡Han de traer un hambre!...

REMEDIOS

Yo, ninguna, Guadalupe... Hasta que encontremos a Pedro...

GUADALUPE

Hay que estar fuerte, mamacita... Hay que comer...

CHEMA

Mañana sabremos de Pedrito... Y lo alcanzaremos donde esté, ya que Guadalupe no...

REMEDIOS

¡Y eso! ¡Perderé para siempre a Guadalupe!... La hemos perdido, Chema... (*La abraza.*) Es la primera que nos roba este país... La primera que se queda...

CHEMA

(*Sombrío.*) La primera.

GUADALUPE

No digan eso, no digan eso... (*Cambiando rápidamente.*) Siéntense... Les haré unos huevos fritos que ya verán. Espérenme aquí, mientras bajo por las cosas... No me tardo.

CHEMA

¿Te vas?

GUADALUPE

No más aquí enfrente... Cruzo la cola de hambre y entraré en la tienda que se ve desde aquí... (*Señala la ventana.*) No me tardo... (*Sale.*)

(CHEMA toma de la cajetilla abandonada en la mesa otro cigarro y se sienta, encendiéndolo. Su mujer está con la cabeza baja. Pasan unos minutos de silencio. De pronto, REMEDIOS va a la ventana y se asoma por detrás de los cristales.)

REMEDIOS

Míralos, Chema, míralos. Hambrientos, suplicando una taza de café como si no tuvieran derecho a vivir... ¡Así estaría nuestro hijo todas las noches, mientras nosotros

comíamos bien en la granja!... ¡Así estaría, con su brazo doliéndole, y sin esperanza!

CHEMA

(*Se reúne con su mujer en la ventana.*) ¡Pobrecitos! Hombres sin falta, castigados por los pecados que cometieron los que no sufren el hambre... Y los nuestros, siempre perseguidos por la miseria, la que los sacó de su patria, la que los vuelve a ella...

REMEDIOS

¡Qué injusticia, Chema, qué injusticia! Míralos, míralos; mientras los culpables pueden estar contentos en sus casas y comer dulcemente pan caliente de trigo, estos inocentes, como nuestro hijo son los que la pagan...

(*Pausa.*)

(*Se obscurece la escena. No hay luz más que la tímida que se filtra por la ventana, desde la calle, iluminando el rostro de los viejos.*)

(*Afuera empieza a escucharse lento rumor de voces. Poco a poco, se aclara hasta convertirse en en el coro interior.*)

CORO DE HOMBRES

(*Detrás de la ventana.*) ¡Pan para nuestros hijos!... Padre nuestro, danos el pan de cada día... Amén.

(*Vuelve lentamente la luz a la escena.*)

CHEMA

(*Retirando de la ventana a su mujer.*) ¡No pienses más en eso, Remedios! Déjalos... No te apenes más. Ahora ya sólo nos separa una noche de saber dónde está Pedro... Y poco terreno nos separará pronto de nuestro suelo...

REMEDIOS

Tu pecado, Chema, tu pecado... Dejaste aquí a tus hijos...

CHEMA

No seas molona, Remedios... No me apenes más.

REMEDIOS

No lo hago por apenarte... Es que los hijos guardan para siempre la dicha de las madres.

CHEMA

(*La sienta cariñosamente cerca de la mesa.*) Mientras no me faltes tú... Y nuestro Pedro... ¡Ella no es nuestra desde hace mucho! Y tú sigues siendo la madre de mis hijos, la voz de nuestra patria. Tienes todavía moreno el vientre que los parió, como nuestra tierra... Y me queda Pedro también...

REMEDIOS

(*Suspira.*) ¿Qué estará haciendo ahorita Pedro? ¿Le dolerá todavía el brazo? El pobrecito brazo de la mano cortada...

CHEMA

¿Te acuerdas, Remedios? La tarde que se vino para acá, ya que no hubo modo de convercerlo, lo bendije... Y luego... ¿Te acuerdas? (*Calla vivamente emocionado.*)

REMEDIOS

Luego, Chema...

CHEMA

Luego me dió la mano... La mano derecha... Y me raspó la mía con los callos de la suya, la suya grande y obscura... Su joven mano que le cortaron aquí.

REMEDIOS

Con la que debió hendir nuestra madre tierra.

CHEMA

Con la que trabajaba; con la fuerte mano que era su orgullo y que le prestaba un poderoso puño...

REMEDIOS

Ahora será un muñón de carne sonrosada.

CHEMA

De carne nueva, sin poder, sin brío... (*Se pone de pie.*) ¡Malditas máquinas que lo mutilaron! ¡Maldita hora en que me lo trajo para echárselo de alimento a las máquinas!... Tienes razón, ¡la tierra me tiene maldito!

(*Lo interrumpe la puerta que se abre bruscamente para dejar entrar a ALFRED, quien sin decir palabra va por el fondo, vuelve a salir y entra por la derecha. CHEMA se sienta cohibido. ALFRED retorna.*)

ALFRED

¿No está Guadalupe?

REMEDIOS

Salió un momento.

ALFRED

¿A dónde?

CHEMA

A la tienda.

ALFRED

¡Ah, a gastarse los escasos ahorros! ¡A dejarnos más pobres que nunca! (*Golpea la mesa con el puño.*)

(*Los viejos callan humillados. Vuelve GUADALUPE con un pequeño paquete. Se dirige rectamente al fondo.*)

GUADALUPE

(*Al paso.*) ¡No me tardo! ¿Eh?... Entretengan el gusanito...

ALFRED

¡Guadalupe!

GUADALUPE

¿Tomarás también huevos estrellados, Alfred?

ALFRED

Espera...

GUADALUPE

¡Voy a preparar la comida, hombre!

ALFRED

No te molestes.

GUADALUPE

¿Cómo?

ALFRED

No hagas nada todavía.

GUADALUPE

Pero, Alfred, los viejos tienen hambre.

ALFRED

Yo creo que los viejos no comerán aquí.

(*Golpes fuertes en la puerta del exterior. ALFRED se apresura a abrir como si esperase a*

alguien. Entran el HOMBRE-CON-EL-PURO y un policía.)

HOMBRE-CON-EL-PURO

¡Hola! ¿Usted es el que acaba de estar en la estación?

ALFRED

Sí.

HOMBRE-CON-EL-PURO

¿Dónde están los "grisers"?

(*ALFRED señala con la cabeza a los viejos, que se ponen de pie asustados.*)

HOMBRE-CON-EL-PURO

(*Toma del brazo a Chema.*) Vámonos, viejos.

REMEDIOS

¿A dónde?

HOMBRE-CON-EL-PURO

Ya lo sabrán. Vámonos.

REMEDIOS

¿A dónde? ¿A dónde nos llevan, señor?

GUADALUPE

(*Llegando a primer término.*) ¡Alfred! ¿Qué es esto?

ALFRED

¡Nada malo! Los llevan a su país. Allí estarán mejor. De todos modos, es lo que deseaban.

CHEMA

¡Pero con nuestro hijo!

GUADALUPE

¡Pero Alfred! ¿Cómo has sido capaz?

ALFRED

Tenía que defenderte de ti misma. Que defendernos. Y defender al que va a nacer... No podía hacer otra cosa.

REMEDIOS

Pero... ¿nos llevan sin saber de Pedrito, sin saber dónde está?

HOMBRE-CON-EL-PURO

(*Hace un seña al policía, que se apodera de la mujer con cierto respeto.*) Vámonos, viejos, vámonos.

CHEMA

Pero mire usted, señor... Nosotros no más queríamos

informarnos del paradero de nuestro hijo y luego irnos con él. Para México. ¡Palabra, para México!

HOMBRE-CON-EL-PURO

Bueno, para México van.

REMEDIOS

¡Pero nuestro hijo, señor, nuestro hijo, por el amor de Dios!

HOMBRE-CON-EL-PURO

(*Impaciente.*) Está bien. Díganle todo eso al jefe. Yo tengo orden de llevarlos.

REMEDIOS

(*Rebelde.*) ¡Yo no me voy sin mi hijo! ¡No me voy!

CHEMA

(*Se le acerca cariñoso y resignado.*) Es inútil, Remedios. Vámonos. Vámonos. Pedrito ya debe estar allá (*Hace un ademán amplio, como señalando un lugar lejano al que se desea mucho llegar, sin esperanza.*)

GUADALUPE

(*Se acerca a su madre llena de angustia.*) Mamacita, mamacita... Perdone a Alfred... No es él... Es el hambre maldita... ¡Y perdóneme a mí también! (*La abraza llorando.*)

REMEDIOS

No llores, hijita, no llores... Si no es él... No es él.

CHEMA

(*Aparta a su hija de los brazos de su mujer para despedirse abrazándola.*) ¡Adiós, Guadalupe!

GUADALUPE

(*Le besa en la frente con ternura, luego se vuelve al Hombre - con - el - puro.*) ¿Saldrán muy pronto? ¿Muy pronto?

HOMBRE-CON-EL-PURO

No sé. Puede ser que al amanecer de hoy mismo. Hacia la ciudal del Sur. Mañana sale un tren de repatriados mexicanos.

GUADALUPE

(*A sus padres, procurando sonreír.*) Seguro que allí encuentran a Pedro...

CHEMA

(*Sombrío.*) Seguro, sí. (*Vuelve a abrazar a su hija.*) Adiós.

REMEDIOS

Te escribiré, Guadalupe, te escribiré mucho si llego.

(*La abraza nuevamente; el HOMBRE-CON-EL-PURO espera unos instantes y luego la toma por el brazo otra vez.*)

HOMBRE-CON-EL-PURO

¡Bueno! ¡Vámonos! ¡Vámonos ya! (*La saca.*)

(*El policía toma del brazo a CHEMA, quien se suelta con leve ademán y se dispone a salir solo.*)

ALFRED

(*Que ha estado nervioso, detiene al viejo poniéndole una mano en el hombro.*) Perdóneme, viejo. Perdónenos a todos los de aquí. Hay algo maldito por el mundo. Y hay que luchar por vivir.

(*El viejo se despide dando una palmada al yerno en la espalda; el otro le estrecha la mano. Sale CHEMA seguido por el policía.*)

(*La hija se queda mirando a ALFRED, y luego se le abraza sollozando.*)

(*Se obscurece el foro poco a poco, y mientras el grupo de los dos esposos se borra; crece al fondo la voz del coro y llena la escena.*)

CORO INTERIOR

(*Hacia la derecha.*) ¡Reclamamos nuestra tierra! ¡Pan para nuestros hijos! ¡Reclamamos nuestra tierra! ¡Fuera el extranjero!

OTRO CORO

(*A la izquierda.*) Madre tierra... ¿Quién es en ti extranjero?

TELON

TERCER TIEMPO

Fondo obscuro, indefinido. Al frente, y en términos distintos, dos tiendas de campaña improvisadas para descanso, bajo cielo descubierto, de los repatriados detenidos a la orilla del desierto mexicano. Una fogata en el centro, a cuyo calor conversan varios hombres. Uno de ellos tiene una guitarra entre las manos, que rasguea distraídamente. Un poco retirado del grupo, y sentado en el suelo, envuelto en su sarape, y bajo un sombrero de palma, está José María Toro, más viejo y más encorvado, fumando un cigarrito de hoja.— De los demás, unos están de pie y otros sentados en el suelo o en cajones. Hay uno echado en el arenoso piso, boca abajo, apoyado en los codos.

(*Alguien hace circular una botella de tequila*.)

HOMBRE DE LA GUITARRA

(*Echa un trago y se vuelve a Chema.*) Viejo, ¿quieres este último trago?

CHEMA

No.

HOMBRE DE LA GUITARRA

(*Se encoge de hombros y va a continuar bebiendo.*) ¡Bueno!

CRESCENCIO

(*Se levanta del suelo y le arrebata la botella.*) ¡Ya, hombre, ya! (*Al viejo.*) Andale, Chema, ándale. El tequila quita el frío.

CHEMA

No quiero.

CRESCENCIO

¡No seas bruto! ¡Te estoy diciendo que quita el frío, hombre!

CHEMA

No quiero.

CRESCENCIO

(*Le devuelve la botella al de la guitarra.*) Acábatela pues.

JACINTO

(*Al de la guitarra.*) Echate otra tonada, mano. La música alegra hasta al desierto.

CRESCENCIO

¡Maldito desierto! ¡Me tiene hasta el copete y tres pisos más arriba! Calor refuerte todo el día, frío horrible en la noche... Y todos los días igual... ¿Hasta cuándo demonios nos tendrán aquí?

JACINTO

Aquí fué dónde la puerca torció el rabo... Ya lo ves, mano, ya lo ves... Con hambre no hay tierra dulce... Ni la extranjera, ni la nuestra, ninguna... Según lo vemos, puede que la nuestra sea la más dura.

CRESCENCIO

¡Nada de torcer el rabo! Yo no reniego de mi tierra ni cuando es desierto... ¡Es esta maldita estación que nos han impuesto! Está bueno morirse de hambre, ¡pero no encerrado en esta cárcel sin paredes!

HOMBRE EN EL SUELO

¡Pues todavía nos falta, muchachos! Hoy hubo más muertitos. Los de salubridad dicen que sí hay epidemia. ¡Nos amolamos, porque Dios sabe hasta cuándo estaremos aquí aislados como animales perjuiciosos!

OTRO HOMBRE

¡Qué epidemia ni qué las hilachas! Lo que hay es hambre. Claro que se enferman los hombres. ¿Pues qué, sin comer va a estar uno gordo y feliz?

HOMBRE DE LA GUITARRA

¡Eso es lo cierto!... Lo que pasa es que venimos casi

muertos de hambre... Estamos a la intemperie... ¡Pues cómo no nos hemos de morir!

JACINTO

(*Encogiéndose de hombros despectivamente.*) ¡Bien visto, es lo mejor! Ya lo saben, la ciudad está llena de repatriados sin trabajo; no saben qué hacer con ellos... ¡Que escoja cada uno a dónde quiere ir! ¿Y a dónde vamos a escoger? A todos lados se va a vivir en la calle, de limosna... ¿Qué demonios hacen con nosotros? Está bueno que inventen epidemias, así nos quedamos en el desierto, queman todas las noches a los difuntos, ¡y se acabó!

CRESCENCIO

¡Para esto lo mismo daba haberse quedado allá!

JACINTO

¡Si te dejaban!

HOMBRE DE LA GUITARRA

¡Animas y las ganas que tengo de llegar a Zacatecas!

JACINTO

(*Despectivo.*) ¿Para qué?

HOMBRE DE LA GUITARRA

Para morirme si quieres, pero en mi propia tierrra.

HOMBRE EN EL SUELO

Yo dejé una mujer... Y todas las noches me hago figuraciones de si todavía estará allí. Cuando la dejé para jalarle con los braceros, pensé que en unos cuantos meses mandaba yo por ella o volvía con harta plata... Se fueron dos años... y ni mandé ni volví. Ni supe más de ella. A lo mejor está ya entre gusanos y en lo obscurito. (*Fuma tristemente.*)

HOMBRE DE LA GUITARRA

Algo me da en el corazón que lo que es a mi madre sí la encuentro. Y eso que la dejé que de vieja preguntaba si era de día o de noche... Cuando me bendijo para que saliera, le juré que volvería a verla morir, a lo menos...

CRESCENCIO

(*Encogiéndose de hombros.*) Yo, hace tanto que salí que ni recuerdo si dejé a alguien... Todavía la revo-

lufia estaba en lo más macizo cuando crucé la frontera después de que me habían querido fusilar dos veces. ¡Me aburrí de los diablazos! Ya ven, entonces eran los buenos tiempos de los yanquis. Y nunca hice nada. No más dejé el sudor y el trabajo... No saqué nada.

CHEMA

(*Interrumpiendo su constante fumar, sin volver la cabeza ni los ojos hacia el grupo.*) No niegues a tu tierra la humedad de tu sangre, los huesos de tus hijos, el sudor de tu frente.

(*Todos se vuelven hacia él, sobrecogidos.*)

HOMBRE EN EL SUELO

¿Qué dice el viejo Chema?

CRESCENCIO

Eso de siempre... Esa cosa horrible que dice siempre.

JACINTO

No le hagan caso... Está ido el pobre viejo.

CRESCENCIO

Por eso me puede más lo que dice. Los locos saben más que uno. Sienten las cosas que no se ven.

JACINTO

¡Anda tú! Dentro de poco vas a ser también de los locos.

CRESCENCIO

No sería difícil... ¡Uno más entre tantos!

HOMBRE EN EL SUELO

Yo estoy cansado, muchachos... Cansado de trabajar, de tener hambre. No tengo ánimos para seguirla... ¡Ni se figuran lo único que quiero volver a ver, por lo que ya me anda que nos saquen de aquí! No más los techos rojos de Atoyac, con sus casas amontonadas y los puentes grandes... No más... No más...

JACINTO

(*Sonriendo.*) ¡No es mucho!

HOMBRE EN EL SUELO

¡Eso crees! Pero los techos rojos, las casas amontonadas y los puentes grandes de Atoyac... son como mis padres... y mi vieja... No tuve hijos, pues son como mis

hijos. ¡Así de fuerte es el deseo de volverlos a ver! Palabra que cuando crucé la frontera me dieron como ganas de llorar; así de cerquita creí los techos rojos y todo lo demás... Y ya ven, ahora llevamos días y días de penar... ¡Nunca llegamos! ¡Ya ni andamos!

CRESCENCIO

Nos secará el desierto para que no aumentemos el hambre de las ciudades...

OTRO HOMBRE

La haya o no la haya, ¡maldita epidemia!... ¡Y ojalá la hubiera al fin y al cabo! ¡Que nos matara de una vez!

HOMBRE EN EL SUELO

No... No sin ver las casas de Atoyac...

CHEMA

(*Inmóvil como antes.*) Morirnos... ¡Sería bueno! Pero lejos de aquí, donde no quemen a los muertos... Donde nos dejen caer en la tierra, cubrirnos con ella... Aquí no... Aquí no...

CRESCENCIO

(*Disgustado.*) ¡Cállate, viejo! ¡Nada más sabes decir cosas fúnebres! Deberías haberte echado unos buenos tragos de tequila...

OTRO HOMBRE

¿No hay más tequila?

HOMBRE DE LA GUITARRA

Ya se acabó el que nos trajeron.

JACINTO

El cojo tiene más... Es un águila para guardarse provisión de tequila y de tabaco.

CRESCENCIO

¡Tequila y tabaco! Es todo lo que nos saben dar. ¡Se creen que es todo lo que necesitamos! ¡Bonita caridad!

JACINTO

¡Es algo! ¡Es algo! Siquera dejamos de fumar el tabaco que sabe a sardina.

HOMBRE EN EL SUELO

Eso sí. Cuando no tiene uno en la boca ese sabor de

salmón ahumado se da cuenta de que ya pasó otra vez la frontera.

JACINTO

Por eso no más... ¡Y por el tequila! (*Al otro hombre.*) Busca al cojo... Que nos dispare de su tequila... ¿Dónde andará?

OTRO HOMBRE

Debe estar viendo cómo amontonan a los muertos. Le divierte mucho su quemazón.

JACINTO

No hay otro teatrito en el desierto...

(EL OTRO HOMBRE sale. Vuelve con el COJO, un individuo chaparro que viene medio borracho y justifica su apodo con su defecto.)

COJO

¡Muchachos! ¿Quieren tequila? (*Muestra la botella en alto.*)

VARIOS

(*Alzando las manos.*) ¡Sí!

COJO

¡Pues compren! ¡Mi trabajo me costó! (*Intenta guardarse la botella.*)

JACINTO

(*Se la arrebata.*) ¡No seas mula, y presta! (*Bebe y pasa a los otros la botella. Después que han bebido la recupera y la guarda en la bolsa de su pantalón.*)

COJO

(*A Chema.*) ¿No vienes hoy a ver cómo se levantan los difuntos? Hoy está bueno el montón... Hay uno divertidísimo... Le falta la cabeza.

CRESCENCIO

(*Disgustado.*) ¡Estúpido!

COJO

¡Jay! ¡Jay! ¡Cuando se levante corriéndole a las llamas, cuando retuerza su tronco sin cabeza, palabra que se van a asustar toditos! ¡Hasta nosotros los de primera fila!

CHEMA

Se retuercen de dolor. Algo sienten los muertos cuando los queman.

COJO

Y hasta cuando les falta la cabeza... ¡Ah, y las manos!

JACINTO

¿Pero le falta la cabeza de veras?

COJO

Palabra.

JACINTO

¿Y cómo demonios?...

COJO

No todos son aguantadores como nosotros. Vino en el tren que nos seguía... ¿Se acuerdan? Y hoy, cuando retiraban los convoyes, se echó debajo de la máquina... ¡No todos son aguantadores!

JACINTO

Bueno, uno que terminó de hambrear.

COJO

La locomotora le partió la cabeza... Era de los predestinados. Con decirles que le faltaba una mano cuando...

CHEMA

(*Al oír esto se pone de pie, se abalanza sobre el cojo, que retrocede espantado.*) ¿Una mano? ¿Le faltaba una mano?

COJO

Como quieras, Chemita, como quieras... Si no, pues no... No te enojes.

CHEMA

(*Suplicante.*) Dime por favor... ¿le falta la mano derecha? ¿La derecha?

CRESCENCIO

Por supuesto... Esa es la que siempre pierde el trabajador.

CHEMA

(*Angustiado, al cojo.*) ¿La derecha? ¿La derecha?

COJO

(*Tranquilizándose ante la súplica.*) ¿La derecha?... ¿O

la izquierda? (*Cierra los ojos, esconde por la espalda un brazo, luego el otro.*) La derecha, sí, viejo.

CHEMA

(*Solloza.*) ¡Mi hijo!

CRESCENCIO

¡Qué tu hijo, ni qué nada, viejo! ¡Ya sabes que tu hijo salió mucho antes que nosotros!

CHEMA

Te digo que es mi hijo, me lo dice el corazón. Me están doliendo todos los huesos de las manos y de la cabeza... Porque los huesos de un hijo son como los propios...

JACINTO

Cálmate, viejo... Ni modo que sea tu hijo... Está en Zacatecas...

CHEMA

(*Ase del brazo al cojo.*) Llévame a donde lo tienen, por favor...

COJO

(*Señalando a la derecha.*) Míralo, allí en el montón. Ya debe estar empapado de petróleo.

CHEMA

¡De petróleo! Del petróleo que mueve a las máquinas, que quema el trigo... ¡No volverán sus huesos a su tierra!... (*Se echa en el suelo.*) ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

CRESCENCIO

(*Lo levanta.*) ¡Párate, Chema! ¡Eres hombre! ¡Ya sabes que ni modo que sea tu hijo...

CHEMA

¡Te digo que lo sé! (*Al cojo.*) Llévame. Quiero verlo de cerca. Verle la mano que le queda. Buscarle los callos. Verle el color moreno. Ver la carne de mi carne que no se salvó... ¡Llévame!

COJO

(*Otra vez asustado.*) Puedes ir solo, viejo... Allí no más... (*Señala.*)

CRESCENCIO

(*Lo detiene.*) No vayas, viejo.

CHEMA

¡Sí voy!... A ver la carne de mi carne que no se salvó! (*Se encamina a la derecha.*) ¡Lo van a quemar! ¡Ya lo van a quemar! ¡Que esperen! ¡Que esperen! (*Sale gritando. Lo siguen Crescencio, el Cojo y Jacinto muy impresionado.*)

HOMBRE DE LA GUITARRA

(*Después de breve silencio.*) ¡Pobre viejo! Es el quinto loco en nuestro tren.

EL DEL SUELO

Loco o no loco, no le falta la razón.

OTRO HOMBRE

La razón de estar loco, sobre todo. Ya vieron cómo se le murió la viejita antes de pasar la frontera... ¡Con lo que él temía que se le muriera así, fuera! Se quedó solo en medio del tren de hambrientos.

EL DEL SUELO

Dicen que una hija se le casó con un gringo.

OTRO HOMBRE

Y que no volvió a saber de un hijo mutilado. Les digo que es suficiente para volverse loco... Suficiente...

HOMBRE DE LA GUITARRA

Yo siempre he dicho que a lo hecho, pecho... Pero el loco dice bien... La tierra que se deja, como que tiene hambre de nosotros... Y como que nos guarda rencor... No se crean...

EL DEL SUELO

Así dice el loco... Como que nuestra tierra nos espía... Como que quiere apresarnos para que no volvamos a irnos... Como que se venga, y como que llora también.

HOMBRE DE LA GUITARRA

(*Volviéndose al fondo del desierto.*) ¡Tierra tan misteriosa! ¡Mírala, mano, mírala qué negra y qué profunda! Ahora palabra que siento como si estuviera de veras sobre nosotros, alargada en el cielo, llorando por los que queman después de muertos...

OTRO HOMBRE

¡Se me figura que ustedes van a ser el sexto y séptimo lucas de este tren!

HOMBRE DE LA GUITARRA

¡Tu qué sabes, estúpido!

OTRO HOMBRE

(*Despechado.*) Tú sí, ¿verdad?

HOMBRE DE LA GUITARRA

Yo sí sé que traicionamos a nuestro suelo...

HOMBRE EN EL SUELO

Lo traicionamos dejándolo... Ahora, lo traicionamos quemando a sus muertos.

OTRO HOMBRE

¡Ya! ¡Ya! ¡Que sea menos! Siquiera el viejo no está en su cabal.

HOMBRE DE LA GUITARRA

El sabe mejor todo esto. Desde que lo oigo, siento más a México... Como si descubriera muchas cosas de él que antes no veía...

(*Se oyen los gritos de CHEMA por la derecha. Entran al fin CRESCENCIO y JACINTO sosteniendo al viejo, que quiere soltarse. El COJO detrás, temeroso.*)

CHEMA

¡Tengan piedad! ¡Caridad con un cristiano! ¡Suéltenme! ¡Suéltenme! ¡Déjenme que lo salve! ¡Déjenme!

JACINTO

¡Sosiégate, Chema! No parece hombre, ¡caray!

CRESCENCIO

¿De qué demonios quieres salvar a ese pobre cuerpo?

CHEMA

Les digo que es mi hijo... Me duelen los huesos... ¡Déjenme salvarlo de las llamas!... (*Nuevo esfuerzo. No logra desasirse.*) ¡Malditos! ¡También ustedes quieren que se queme! ¡No son cristianos! ¡Es un semejante!

JACINTO

Sosiégate, viejo, sosiégate... Ya viste que estaba muerto... Es mejor que se queme...

CHEMA

¿No vieron cómo se retorció? ¿Cómo se retorcieron todos?... Se levantó del fuego a llamarme con su única mano. Se hincó, me suplicó. ¡Si hubiera tenido la derecha lo hubieran visto defenderse! ¡Su fuerte mano derecha! ¡Si hubiese tenido boca, lo hubieran oído llamarme padre!... Pero se retorció mudo entre las llamas...

CRESCENCIO

(*Severo.*) ¡Ya está bueno, viejo! Todos los quemados se retuercen así. ¡Todos! Es la carne que se retuerce solita como el trapo que se quema. ¡Los has visto todas estas noches y no se te había ocurrido tanta babosada!

(*El viejo se cansa de luchar, se deja caer. Los demás le permiten que llegue suavemente al suelo y lo recuestan.*)

JACINTO

(*Al cojo.*) Dame la botella que me quitaste.

COJO

(*La saca, la besa en señal de despedida y se la entrega.*)

JACINTO

Echate un trago, viejo, ándale. Esto devuelve la sangre.

(*CHEMA bebe con avidez un buen trago. El licor lo deprime; deja caer la cabeza en el pecho y solloza.*)

CRESCENCIO

Te hace más bien llorar que gritar.

CHEMA

No volverán sus huesos a su tierra... ¡Se los negué, Dios mío!

COJO

¡Pobre viejo! ¡De al tiro está ido! Y dicen que los locos sufren mucho...

CRESCENCIO

Porque sienten las cosas que no se ven.

(*El viejo ha callado. Se ha echado en la tierra. Se le acerca el COJO.*)

CRESCENCIO

(*Deteniendo al Cojo.*) ¡Déjalo que se duerma! (*El Cojo lo deja.*)

COJO

(*Sentándose en el suelo, entre el grupo.*) ¡Yo también dejé un pedacito allá! (*Señala la pierna coja.*) Me cayó encima una viga de hierro...

HOMBRE DE LA GUITARRA

¡Animas y llegar a Zacatecas!

EL DEL SUELO

Y a Atoyac... A las casas amontonadas con techos rojos... Y volver a ver árboles... ¡Arboles!

CHEMA

(*Incorporándose a medias.*) ¡No! ¡Arboles no! No quiero volverlos a ver... También se retuercen como los difuntos que se queman... Se llenan de torceduras en sus brazos... Algo los quema por dentro. Ha de ser lo seco de la tierra sin nuestro sudor, sin nuestra sangre.

CRESCENCIO

¡Animo! ¡Tienes que volver a ver a tu hijo!

CHEMA

Mi hijo es un árbol... ¡Ya se retorció!

CRESCENCIO

Tu hijo te espera, Chema, en Zacatecas.

CHEMA

Se los dice un viejo que sabe... Hay que volverse jugo para los árboles, calmarles el fuego de adentro. Hay que morirse y acostarse en la tierra.

COJO

(*Al viejo.*) ¿Quieres mejor otro trago?

CHEMA

(*Volviéndose a recostarse.*) No.

(*Los hombres han quedado cabizbajos. EL-DE-LA-GUITARRA la rasguea mecánicamente y se pone a canturrear; poco a poco lo siguen todos. El COJO se acerca sigilosamente, casi arrastrándose, a CHEMA.*)

COJO

(*Con disimulo y sacando algo de la blusa.*) Oye, Chema... Para los que penan como tú, tengo una cosa... Mira.

CHEMA

(*Se vuelve.*) ¿Qué quieres?

COJO

Fúmate este cigarrito y toditas las penas del ánima se te acabarán. También todas las dolencias del cuerpo. Es mejor que tequila. ¡No más dirás!

CHEMA

(*Toma el cigarrillo.*) Dame lumbre.

COJO

(*Sigilosamente.*) Es yerbita. Te dormirá.

CHEMA

(*Sin hacerle caso.*) Dame lumbre. (*Casi gritando.*) ¡Dame lumbre!

CRESCENCIO

(*Al oír el grito saca un tizón de la fogata y enciende el cigarro del viejo. El viejo da unas chupadas, lentas, muy sorbidas, mientras los otros canturrean a media voz.*)

JACINTO

¿Quién demonios está fumando yerba?

(*Todos se vuelven al COJO.*)

CRESCENCIO

(*Se acerca a Chema, huele el humo de sus bocanadas.*) ¡Es el viejo, qué caray! (*Con un golpe en la mano le tira el cigarro.*) ¡Está loco y le echan más locura!

COJO

(*Compasivo.*) Con eso se dormirá. Olvidará.

JACINTO

¡Idiota! Y luego le niegas a uno que está sano hasta una chupada.

COJO

Tú no sufres con eso de la tierra.

(*CRESCENCIO pisa el cigarro. Vuelve al grupo. El viejo se recuesta. El COJO se arrastra y recoge el cigarro pisado, que guarda cuidadosamente. Mientras, todos vuelven a canturrear*

una triste canción, el escenario se obscurece lentamente. Un reflector sorprende a CHEMA sentado en el suelo. Las voces de la canción se van apagando en un murmullo que, al fin, vuelve a crecer en palabras moduladas por el coro de hombres sin música.)

CORO DE HOMBRES

Estás maldito.—Maldito por la tierra.—Maldito por cobarde.—No se salvará ni un pedazo de tu carne.—Ni de la de los tuyos.—Toda será para el fuego

UNA VOZ DE HOMBRE

La mano perdida.

CORO

La mano que cortaron los dientes de las máquinas.

UNA VOZ DE HOMBRE

Allá se quedó.

CORO

La mano perdida.

UNA VOZ DE HOMBRE

En la tierra cruel de la sed de oro.

CORO

En la tierra cruel.

UNA VOZ DE HOMBRE

Y por la que dejaste hambrienta a la tuya.

CORO

Hambrienta de sus hijos.

UNA VOZ DE HOMBRE

Tus huesos y tu carne, para el fuego.

CORO

El fuego. El fuego. El fuego del trigo. El fuego de la carne.

UNA VOZ DE HOMBRE

No lo negarás, nunca.

CORO

Los huesos de tus hijos.

UNA VOZ DE HOMBRE

Sálvalos más allá.—Sálvalos con tu impulso.—Tus her-

manos necesitan tu cólera.—El combate.—Huye del desierto.—Húndete en la tierra fecunda.

CORO

¡Huye! ¡Huye!—Para hundirte en la tiera fecunda.—Fecunda.— Fe... cun... da... (*Se apagan las voces.*)

(*Se enciende otra vez la luz. CHEMA está de pie, gritando. Todos asustados.*)

CHEMA

¡Hambre y desierto! ¡Fuego! Cenizas de la carne. ¡Cobardes que somos para negarles nuestros cuerpos a las llamas! ¡Cobardes! (*Se vuelve suplicante a todos llorando.*) No... Simplemente árboles... (*Señala los pies de los hombres, en huaraches unos, otros descalzos.*) Pies retorcidos, raíces, sujetos a la tierra; ávidos, agarrotados, polvosos... ¡Y así los arrancamos de la humedad para llevarlos al desierto!...

(*CRESCENCIO se le acerca afectuosamente. El viejo se torna iracundo, arranca del cinturón de su camarada el cuchillo. El otro retrocede temeroso.*)

CHEMA

¡Puros cobardes! ¡Por no combatir por nuestras cosas, por nuestro pedazo de tierra donde no ser extraños ni vivos ni muertos!... ¡Pero ahora sí! ¡Ahora sí que vengan a quemarnos o a echarnos a las máquinas! ¡A ver si pueden!

(*Entran por la derecha EL OFICIAL de soldados con dos de éstos.*)

OFICIAL

¿Qué demonios pasa aquí? ¿Qué griterío es éste? ¡Orden!

CRESCENCIO

(*Señalando a Chema.*) ¡Cuidado, teniente, cuidado! ¡Está "grifo"!

(*EL TENIENTE se vuelve hacia donde señala la advertencia, en el momento mismo en que CHEMA se le acerca felinamente con el cuchillo en la mano. EL OFICIAL retrocede requi-*

riendo el revólver. CHEMA se enfurece y se arroja sobre él.)

CHEMA

¡Tú! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

(*El oficial, acorralado, dispara. Chema se detiene, suelta el cuchillo; permanece unos segundos lleno de estupor. Luego, se lleva las manos al vientre y cae despacio, de rodillas. Gime. La cabeza se le desploma en el pecho.*)

CRESCENCIO

(*Contrariado.*) ¡Le pegó, teniente, le pegó!

OFICIAL

(*Con disgusto.*) ¡Lo siento! (*Se acerca al viejo junto con los demás.*) ¿Dónde te pegué, viejo, dónde?

CRESCENCIO

Mírelo... Allí tiene la sangre.

(*Chema cae al suelo; entre Crescencio y Jacinto lo acomodan en el piso con el saco del primero por cabecera, y lo cubren con el sarape, mientras los demás callan impresionados.*)

OFICIAL

Llamen al médico... Está en la tienda de Salubridad...

COJO

¡Yo voy! (*Sale corriendo.*)

OFICIAL

(*De pie, frente a Chema, con rabia reprimida.*) ¡No basta que los mate el hambre y la enfermedad! ¡Viene uno a pegarles! (*Un gesto ahogado denota su disgusto, se inclina sobre el herido.*) Viejo... Oyeme... ¿Me oyes? ¿Sufres mucho?

CHEMA

(*Débilmente.*) No... No... Ya me quitó de sufrir... Me basta con haber dejado de ser árbol...

(*Llega el médico, con su maletín. Detrás, EL COJO.*)

MEDICO

¿Dónde está el herido?

OFICIAL

Aquí, doctor.

MEDICO

(*Mientras Chema trata de retirarlo de sí.*) ¡Vengo a curarte, hombre!

CHEMA

¡Déjeme!

MEDICO

Te vengo a salvar la vida, soy el médico... ¿No me oyes?

CHEMA

Déjeme. No quiero vivir. Sólo quiero irme al fondo de la tierra. Y descansar.

MEDICO

¡Ayúdenme, muchachos! (*Lo obedecen.*)

CHEMA

(*Se incorpora a duras penas.*) ¡Le digo que me deje! No crea eso de que estoy loco... ¡No quiero vivir! ¡Quiero que me entierren! (*Se postra.*)

(*El médico logra abrirle la ropa hacia el vientre. Mueve la cabeza.*)

CHEMA

(*Reaccionando de improviso.*) ¿Y si me queman? ¡No pagaré mi deuda! (*Grita apagadamente.*) ¡No, que no me quemen, doctor! ¡Que me pongan muy hondo en la tierra, en una tierra regada donde haya árboles...

OFICIAL

Cálmate, te van a curar.

CHEMA

(*Lúcido.*) Tu no me pegaste, hijo... No le hace, te perdono, me hiciste un bien... Pero salvar mis huesos para la tierra... Que no me quemen como a todos... ¡Sálvalos! ¡Sál-va-los! Salv...

OFICIAL

No te vas a morir.

CRESCENCIO

(*Se acerca al Teniente.*) Dígale que sí a lo que le pide.

OFICIAL

(*A Chema.*) Pero si te murieras te enterraríamos, sí...

CHEMA

¿De veras? ¿De veras?

OFICIAL

Palabra, viejo, palabra...

CHEMA

Con eso tengo... No más... (*Murmura. El médico ejerce.*)

MEDICO

(*Después de unos instantes se levanta contemplando el cuerpo tendido.*) Es inútil... Ha muerto en paz...

CRESCENCIO

Muy en paz.

COJO

En paz de Dios.

(*CRESCENCIO cubre el cadáver con su sarape. Se separan todos. El médico se limpia las manos, se baja las mangas de la camisa y se pone el saco después de cerrar su maletín. EL OFICIAL se ha quedado pensativo. Luego se encoge de hombros y se dirige a la derecha para seguir al médico, que sale.*)

SOLDADO

(*Al Oficial.*) Teniente... ¿Qué hacemos con el cuerpo?

OFICIAL

Pues llévenselo para el montón, ¡qué han de hacer!

SOLDADO

¿Para quemarlo?

OFICIAL

¡Claro! ¡Como a todos! (*Sale.*)

(*Los soldados se acercan al cuerpo para levantarlo, y el de la guitarra la rasguea nerviosamente.*)

TELON

TERMINA EL DRAMA

2

MASAS

REPORTAJE DRAMATICO EN TRES TIEMPOS Y UN FINAL

CHEMA

¿De veras? ¿De veras?

OFICIAL

Palabra, viejo, palabra...

CHEMA

Con eso tengo... No más... (*Murmura. El médico ejerce.*)

MEDICO

(*Después de unos instantes se levanta contemplando el cuerpo tendido.*) Es inútil... Ha muerto en paz...

CRESCENCIO

Muy en paz.

COJO

En paz de Dios.

(*CRESCENCIO cubre el cadáver con su sarape. Se separan todos. El médico se limpia las manos, se baja las mangas de la camisa y se pone el saco después de cerrar su maletín. EL OFICIAL se ha quedado pensativo. Luego se encoge de hombros y se dirige a la derecha para seguir al médico, que sale.*)

SOLDADO

(*Al Oficial.*) Teniente... ¿Qué hacemos con el cuerpo?

OFICIAL

Pues llévenselo para el montón, ¡qué han de hacer!

SOLDADO

¿Para quemarlo?

OFICIAL

¡Claro! ¡Como a todos! (*Sale.*)

(*Los soldados se acercan al cuerpo para levantarlo, y el de la guitarra la rasguea nerviosamente.*)

TELON

TERMINA EL DRAMA

2

MASAS

REPORTAJE DRAMATICO EN TRES TIEMPOS Y UN FINAL

A NARCISO BASSOLS,
gracias a quien fué posible el primer intento de teatro político en México.

MASAS glosa uno de tantos movimientos sociales de la América Hispánica, en ambiente imaginario, para extender el alcance internacional del comentario; y a través de sucesos y frases registrados aun en países europeos, para colocar mejor dentro de la situación mundial presente, de agudización de la lucha, acontecimientos que el autor no ha querido enmarcar en los límites de una nacionalidad. Se advertirá por ello, en el diálogo o en las noticias del radio que preceden a cada tiempo, por ejemplo, alguna frase de Mac Donald o de algún editorial de un gran diario europeo o americano,

INTERVIENEN:

PORFIRIO NERI
LUISA NERI
MAXIMO FORCADA
GENERAL FELIPE ALMONTE
JAIME MATEOS
LA VIEJECITA
LA MUCHACHA
TENIENTE ARTURO GOMEZ
ORTEGA
SEÑOR KINGS-FRAUZEN
UN ORADOR
UN OFICIAL DEL EJERCITO
OFICIALES DEL EJERCITO
SOLDADOS
OBREROS
GRUPOS DE CIVILES
CORO DE MULTITUD

En la República Iberoamericana de Patria; actualmente.

PRIMER TIEMPO

Casa de los Sindicatos obreros en la capital de la República de Patria. Cortinajes grises encuadran la escena y se abren solamente para dejar lugar a amplio ventanal al fondo, y a la derecha, a través del que se vislumbra la gran plaza donde se efectúan las manifestaciones de la Confederación Sindicalista (cualquier gran plaza de una ciudad hispanoamericana de primera importancia). A la izquierda del gran ventanal, contra el muro frontero al espectador, mesa y sillas para la Directiva de la Confederación citada. En este mismo lado, pero en el extremo y casi sobre las candilejas, una tosca tribuna de madera; sobre ésta, un micrófono de radio, con el que se supone son difundidos los discursos.

(*En la sala de espectadores, diseminados convenientemente, altoparlantes, por medio de los que se escuchará la voz del radio siempre que la acotación lo indique.*)
(*El telón se levantará con el teatro a obscuras. En estas circunstancias se oirá hablar a través de los altoparlantes acabados de citar.*)

VOZ EN EL RADIO

Habla la estación radiodifusora de la Dirección General de Policía de la capital de Patria, transmitiendo las últimas noticias sobre los desórdenes provocados por las uniones obreras. En estos momentos, el Congreso permanente de la Confederación Sindicalista delibera acaloradamente acerca de la anunciada huelga general, que

será declarada ilegal por el Gobierno, en caso de que se inicie. Las manifestaciones de los últimos días, con mueras al señor Presidente de la República, Marcos Chacón, y a las más respetables instituciones del país, como son: la Unión Patronal de Propietarios de la Tierra y el Banco Agrícola, revela que los jefes de la oposición están aprovechando y alentando la agitación obrera, con propósitos sediciosos.

(*Tres toques de campana para separar las noticias.*)

SIGUE LA VOZ EN EL RADIO

En estos instantes, la Policía acaba de disolver un mitin francamente subversivo que se efecuaba frente a la Casa de los Sindicatos de Patria, en espera de la declaración de huelga. La heroica labor de los agentes impidió que el suceso tomara mayores proporciones. Resultaron del choque dos muertos y numerosos heridos. El Gobierno exigirá al Partido Socialista haga frente a la responsabilidad contraída por esta lamentable reunión.

(*Tres toques de campana.*)

CONTINUA LA VOZ

Al oeste de la ciudad, en el principal barrio residencial de los trabajadores de la fábrica de hilados y tejidos de Patria, S. A., los manifestantes atacaron e incendiaron las oficinas de la Unión Patronal de Industriales. También fué incendiado el diario gubernamental "El Patriota". La policía que se presentó a disolver a los amotinados, fué recibida a tiros, por lo que se vió precisada a hacer uso de las ametralladoras. Por medio de esta voz se hace un llamado a la cordura de los trabajadores para que desoigan a los políticos ambiciosos y a los malos líderes, y eviten el bochornoso y bárbaro espectáculo que se está presenciando en la capital; y a la policía, el penoso deber de intervenir con la violencia. (*Calla la voz.*)

EMPIEZA EL DRAMA

(Se enciende luz en el foro. En la mesa de la Directiva se encuentran: MAXIMO FORCADA, joven, alto y fornido, hombre de recias facciones que acusan su decisión siempre firme y su impulsivismo; a su derecha, LUISA NERI, su esposa, hace de secretario de actas; y a su izquierda, JAIME MATEOS. La esposa de Forcada es una mujer de mucha entereza y de vigor físico. MATEOS, en cambio, es pálido y enfermizo.)

(Cerca del ventanal, algunos hombres permanecen de pie presenciando las deliberaciones.)

(Diseminados en el público, grupos de obreros y políticos.)

(Por último, en la tribuna, un hombre a quien no se escucha con agrado. Al iniciarse este primer tiempo, hay una explosión entre los oyentes, interrumpiendo al orador.)

VOCES EN EL PUBLICO Y EN LA ESCENA

(Excepto de los de la Directiva.) ¡No! ¡No! ¡Que se calle! ¡Gobiernista! ¡Está a sueldo del Gobierno! ¡Cínico! ¡Mantenido! ¡Que se calle!

FORCADA

(Poniéndose de pie y acallando la tempestad con los brazos en alto.) Compañeros: en estos momentos en que estamos a punto de tomar la más grave decisión, es necesario oír todas las opiniones. Yo, Máximo Forcada, el atacado por el camarada que está en el uso de la palabra, pide que se le escuche con respeto.

ALGUNAS VOCES

¡No! ¡No! *(Pero poco a poco se callan, ultimado el silencio por los siseos de la mayoría. El de la tribuna se dispone a continuar.)*

HOMBRE EN LA TRIBUNA

Lo he dicho con toda valentía y lo repito, porque es necesario hablar claro cuando se pretende llevar a las

masas obreras rumbo a la matanza callejera y al incendio, en servicio de la ambición de unos cuantos políticos. Cierta la honradez de nuestro Secretario General, Forcada, y cierta su entereza; pero no menos cierta su amistad, su íntima y profunda amistad con Porfirio Neri, jefe del Partido Socialista. Todos sabemos que la hermana de Neri es esposa de Forcada (*La señala en la Directiva.*)... Vedla, junto a su esposo, trayéndole la influencia del hermano, del politiquero Neri, que sólo aspira a hacerse del poder, sin ninguna mira alta... (*Murmullos agitados en la sala, que vuelve a acallar Forcada con su actitud.*) Ya es tiempo de que los trabajadores se den cuenta de que deben reservarse para su propia y tremenda lucha. ¿Qué nos importa, en último término, la dictadura de Chacón o la posible de Neri? De todos modos estaremos en manos de los terratenientes, de los industriales y de los extranjeros... ¡Dejémonos de cambios en la política burguesa! Forcada aconseja la huelga... ¡Forcada, el gran líder obrero! Pero al aconsejarla, sólo es el amigo íntimo y el secretario de Neri, aspirante a tirano.

(*Nueva tempestad. Nuevos gritos de: ¡No! ¡No!... y de "¡Mientes, cochino!". El hombre sale de la tribuna. MATEOS pide la palabra y se adelanta al sitio de los oradores.*)

MATEOS

Afortunadamente, camaradas, sabemos a qué atenernos respecto a Forcada y Neri. Y sabemos nuestro deber no sólo de trabajadores, sino de patriotas, de patriotas fundamentalmente: ayudar a que Marcos Chacón salga del poder donde veinte años ha sido el servidor de los capataces extranjeros, de los grandes terratenientes y de los industriales...

CORO

(*En el público.*) ¡Hueeeelga! ¡Hueeeelga! ¡Huelga general!

UNA VOZ

¡Abajo Marcos Chacón!

CORO

¡Abajo! ¡Huelga general!

UNO

(*Levantándose en el público.*) El criterio es unánime. ¡Hay que apoyar a los camaradas que están en la cárcel y sostener la huelga hasta que caiga el dictador Chacón!

MATEOS

¡Muy bien! Que no se escuche a los que hablan aparentemente en nombre de los intereses obreros, olvidándose de que hay una patria que salvar, a los que escudan su cobardía en propósitos menos inmediatos... Ayudemos al Partido Socialista de Patria, y a toda la opinión, a derribar al tirano... (*Abandona la tribuna.*)

CORO

(*Unánime.*) ¡Hueeelga! ¡Hueeeelga!

FORCADA

(*Logrando imponerse en el proscenio con las manos en alto, extendidas.*) Se declara votada por unanimidad la huelga general, que sostendrá hasta que Chacón abandone el Gobierno con toda su camarilla... La huelga comenzará a las cinco de la mañana... A las ocho, deben reunirse todas las organizaciones obreras, abajo, en la plaza, para la gran manifestación... Que todos los delegados avisen a sus Sindicatos. Se enviarán noticias telegráficas a toda la República... Compañeros... (*Con emoción viva mientras en la sala se hace un profundo y angustiado silencio.*) ¡Empieza la revolución!

(*Aplausos ensordecedores, vivas a la revolución, muera a Chacón.*)

(*Un hombre atraviesa corriendo el pasillo central de la sala y sube al foro. Habla privadamente con FORCADA, mientras arrecia el escándalo.*)

FORCADA

(*Viene nuevamente al proscenio y calma la excitación, agitando sus brazos acostumbrados a dominar en los mítines.*) Camaradas... Dentro de poco, indudablemente, la Policía llegará... Que salgan pronto todos los delegados;

los del distrito Oeste de la ciudad, especialmente... Pero antes, una noticia grata: Porfirio Neri, jefe del Partido Socialista, está aquí.

(*Entra por el pasillo central, provocando el respeto de todos, un individuo descuidado en el vestir, fortaleza en el porte, serenidad de dominador. Sube las escaleras del foro en medio de aplausos y vivas al Partido que representa. Va a la tribuna. Cuando está allí, arrecian los aplausos. Una vez que callan, habla reposadamente.*)

NERI

Os traigo, camaradas, la felicitación del Partido Socialista, sostenedor en Patria de la oposición al cínico dictador... Y la unión incondicional del Partido al movimiento trabajador en nombre del que fué creado. Estamos contra el Gobierno servidor del imperialismo extranjero, de los terratenientes y de los industriales entregados también al poder extraño... Y abogamos por una democracia clara y limpia que salve a nuestra patria y dé los primeros pasos hacia la revolución social... ¡Viva la revolución! (*Se retira de la tribuna, mientras los demás aplauden. Máximo Forcada lo estrecha con un abrazo que tiene mucho más de fraternal que de compañerismo político. También lo abrazan su hermana Luisa y Jaime Mateos. Parece como si el hecho de encontrarse reunidos en los graves momentos, fuese más importante a la amistad angustiada que a la responsabilidad política.*)

FORCADA

(*En el proscenio.*) Se levanta la sesión... Urge salir, llegar al distrito Oeste y al Sur... Preparar la manifestación y las brigadas de choque... Que sólo quede la guardia del edificio... ¡Adelante! (*Se retira al fondo.*)

(*Los obreros se retiran apresuradamente en grupos, dejando libres el escenario y los pasillos del teatro. Poco a poco se indica, con las actitudes y la conversación de los que están en la escena, que el salón ha quedado vacío.*)

MATEOS

(*Acercándose al grupo de Forcada y Neri, mientras Luisa permanece en la mesa arreglando los papeles.*) Se votó la huelga... Todo ha quedado organizado: las brigadas de choque con hombres armados... los nombramientos de substitutos en el Comité de huelga... ¡Y hasta los soldados de Gómez preparados a ayudarnos!... Hemos comenzado la revolución... (*Angustiado.*) Pero ojalá no haya sido fuera de tiempo... Ojalá no nos hayamos precipitado como quería Chacón... Temo mucho que...

FORCADA

También lo tememos nosotros... Pero era imposible evitarlo. Mañana sería demasiado tarde... Todos en la cárcel, el teniente Gómez en el paredón... La multitud precipitó las cosas, ¡ni remedio!

NERI

Sí, era imposible aguardar... Toda la agitación madurada, los hombres conjurados... ¡Imposible abandonar ni a unos ni a otros! ¡Ni al teniente Gómez, ni a las masas que nos arrastran!

FORCADA

(*Con emoción.*) La gente está ya en la calle, Porfirio; irá a lo que sea, aunque la ametrallen... Están encendidos, tienen dentro ese fuego misterioso y rápido que corre por las arterias de las ciudades en momentos en que se hacen las grandes cosas...

MATEOS

(*Con su preocupación.*) Todo arrastra, es verdad... ¡Sobre todo esa gente! Irá aunque no vayamos nosotros... Pero ojalá no sea una cosa tan improvisada como me temo... Tengo miedo, Máximo..., por ellos.

FORCADA

¡Déjese de miedos! ¡No es la hora!... ¡Nuestro deber es ir con ellos!

MATEOS

Sí, nuestro deber es ir... Pero también lo es...

NERI

(*Muy severo.*) ¿Qué, eh?

MATEOS

No empujarlos a la matanza callejera. (*Casi solloza.*) ¡Porque los van a ametrallar, Neri!

LUISA

(*Deja la mesa y se acerca al grupo.*) No los empujamos, Mateos, nos empujan. En estas horas el destino siempre es obscuro, pero de ellas nacen las verdaderas revoluciones, las que gritan solas en las multitudes después de un largo tiempo de preparación. Pero no de la nuestra, la nuestra es el principio nada más. El resto, lo que no se ve, lo más importante, corre ignorado en los corazones y en la sangre de los sufridores, estalla sin que nadie sepa cuándo; sólo las masas lo saben y obran con ceguera de cada uno, pero con luz colectiva... Déjelos... ¡Y vaya con ellos!

NERI

(*Después de breve pausa en que se ha paseado agitadamente.*) Ya suspendieron el radio... Deben ver muy feas las cosas... El batallón que mandaron esta tarde al Oeste no obedecía las órdenes de disparar sobre la gente... Toda la policía está distraída en ese barrio. ¡Hay que aprovechar!

FORCADA

(*A Mateos.*) Es necesario que revise las guardias, Mateos, que esté pendiente de todo... De la policía podemos defendernos... A ver si llegan a tiempo los soldados del teniente Gómez. Aquí aguardamos Neri y yo la llegada de Trueba y Ortega, el resto del Comité...

NERI

(*Extrañado.*) ¿No han venido a la sesión?

FORCADA

¿Trueba y Ortega? No los vi... ¿Y tú, Luisa?

LUISA

Tampoco.

MATEOS

No se preocupen. No han venido. Se fueron al barrio Oeste desde que comenzaron los sucesos.

LUISA

¡Ese imprudente de Trueba!

NERI

(*Indignado.*) ¡Siempre con sus idioteces! ¡No se da cuenta de su responsabilidad! ¡Vaya un Secretario de Comité de huelga!

MATEOS

Es todo un valiente... Se fué al peligro.

FORCADA

¡Un valiente y un estúpido! Que se guarde el valor para cuando sea necesario... ¡Su lugar está aquí! (*A Mateos.*) Ande, vaya a su puesto, Mateos... Ahora va a comenzar el vértigo, debemos estar prevenidos... Vaya a las guardias.

MATEOS

(*Disponiéndose a salir.*) Todo irá como vértigo... como huracán de balas... Sobre ellos, sobre los camaradas... (*Tembloroso.*) Sobre los grupos, sobre las masas... ¡Las acribillarán! ¡Las acribillarán!

LUISA

¡El corazón bien puesto!

MATEOS

Más bien la cabeza, Luisa Neri. El corazón no puede... Hoy he visto mucha sangre en la calle... Sangre que no parecía venir de ningún hombre, anónima, sin queja. Que era como de un ser de vida eterna condenado a desangrarse siempre en la calle, en los grandes momentos... La masa humana.

NERI

(*Severo.*) ¡Su afán novelesco, Mateos! ¡Es hora de acción y de valor! ¡A su puesto! (*Mateos se recupera y sale.*)

FORCADA

(*Paseándose nervioso a su vez.*) Jaime Mateos es un magnífico muchacho, pero sentimental.

LUISA

La sangre en la calle es terrible...

FORCADA

La sangre siempre es terrible... (*A Neri.*) ¿Verdad, Porfirio? ¡Ah, tantos años de lucha, tantas veces viendo correr sangre a nuestro lado! Podemos decir que ha sido una amistad crecida entre sangre... ¡Pero sin abandonar nunca nuestro propósito, ni nuestra amistad, Porfirio! ¡Siempre unidos!... (*Le coge amistosamente un brazo.*) Desde la primera juventud, animados del mismo terrible ideal... Y ahora...

NERI

¡Ahora frente a la revolución! (*Conmovido.*) Nunca se sabe a qué tremendas cosas nos lanza un vientre de mujer... Tú, en sorda, en feroz lucha, organizando a los Sindicatos, triunfando insensiblemente en tu propósito, logrando la gloriosa unión... Yo, en la política, creando con mi juventud y con mi sangre un partido que...

FORCADA

¡Duro trabajo, duro, pero firme! Con los sabuesos del tirano siempre encima... Y ahora todo listo... Estamos frente a la acción definitiva, amigo mío... (*Le aprieta más fuertemente el brazo.*)

LUISA

(*Viniendo de la ventana, impacientísima.*) Déjense de tonterías. Hay que trabajar, que estar alerta... (*Señalando la plaza.*) Dentro de poco estará aquí Gómez con sus soldados... ¡A trabajar!

FORCADA

¡A trabajar, Luisa! Eres una gran mujer, la voz siempre oportuna...

NERI

(*Inquieto.*) Pero era necesario que ya estuvieran aquí Trueba y Ortega...

FORCADA

Como no estén ya en la cárcel... o...

LUISA

(*Sin miedo.*) O qué...

FORCADA

O fusilados, Luisa... fusilados o ahorcados... cualquiera de esas cosas...

LUISA

Pues a obrar como si lo estuvieran, sin contar más con ellos.

NERI

Mi hermana tiene razón. Si vienen, mejor. Pero si ya tienen su sangre en el asfalto...

LUISA

(*Con angustia súbita.*) ¿No les ha extrañado?

FORCADA

(*Inquieto se vuelve con movimiento felino.*) ¿Qué?

LUISA

Este silencio a nuestro alrededor. En la plaza no hay gente, la policía no llega... Ni un emisario... ¡Nada! ¡Como no haya sucedido una tarugada!

NERI

Están muy ocupados en el Oeste... Pero sí, este silencio angustia...

FORCADA

Más que el ruido de las ametralladoras.

(Un grupo de hombres (obreros, paisanos, dos militares) atraviesa apresuradamente el teatro y sube al foro. Uno de los recién llegados toma a FORCADA y a NERI por los brazos y los lleva a un extremo, mientras el resto del grupo se acerca a LUISA y va con ella al ventanal. Todos hablan en voz baja, sin que el público pueda percibir palabra.)

(Por la derecha entran una viejecita y una muchacha que visten humildemente, cubriéndose con el chal la cabeza. Se detienen al ver tanta gente, y allí están con tímida angustia hasta que LUISA las ve y se acerca a ellas con visible disgusto. FORCADA y NERI hablan con agitación, y no se dan cuenta de las recién llegadas.)

LUISA

(*Con rudeza contenida apenas.*) ¿Qué quieren aquí? ¿Cómo demonios se han atrevido a atravesar las calles, a llegar hasta aquí?

VIEJA

Mi hijo, Luisa... ¡Mi Máximo!

MUCHACHA

Nos lo van a matar, hermana... ¡Nos lo matan!

LUISA

(*Soltando su violencia.*) ¡Váyanse mejor al diablo! ¡Bastante tiene él con su terrible carga! ¡Que no las vea! Su responsabilidad es enorme en estos momentos. (*Trata de empujarlas hacia la puerta.*)

VIEJA

¡Su responsabilidad! ¿Qué me importa su responsabilidad? ¡Su vida, Luisa!

LUISA

¡Están locas!

MUCHACHA

¡Su vida, Luisa! Queremos llevárnoslo... Salvarlo...

LUISA

¡Llevárselo! La vida de Máximo ya no les pertenece. Se debe a otros... a la sangre de otros que está corriendo ahora... ¡Nada tiene que ver con ustedes!

VIEJA

¡Hijita, por Dios! ¡Ayúdanos a que se salve!

LUISA

¡Al demonio he dicho!

VIEJA

(*Cambiando su actitud de ruego.*) ¡Fiera! ¡Nada te importa la vida de tu marido! Eres su mala sombra, lo empujas a la muerte... No le bastó la obscura tendencia de su alma y la amistad de Porfirio, su vieja amistad de planes siniestros y de buscar la muerte... ¡Habías de venir tú para que tuviese hasta en la sangre el ansia de derramarla!... ¡Bien se ve que no conoces el dolor de parir!

MUCHACHA

Cállate, mamá, por favor... Luisa, ten compasión de una madre... Deja que vea a Máximo...

LUISA

¿No comprendes que sería peor? Lo va a poner nervioso y así peligrará doblemente. Ahora necesita de toda su entereza.

VIEJA

(*Desesperada.*) ¿Necesito que esta mujer me dé permiso para ver a mi hijo? (*Iracunda, con gritos que llenan el foro, y apartando en un ademán de rabiosa decisión a Luisa.*) ¡Máximo! ¡Máximo!

FORCADA

(*Interrumpiendo su conferencia vuelve la cara con desagrado y sorpresa.*) ¡Pero, mamá! ¿Quién te dijo que vinieras? ¿Qué cosa tienes aquí?

VIEJA

¡Te tengo a ti! ¡Vengo por ti, Máximo! No quiero que te maten.

FORCADA

(*Viniendo a ella y poniéndose enérgico.*) ¡Váyase, mamá! ¡Váyase de aquí! Déjeme trabajar... No corro ningún peligro, nadie quiere matarme.

MUCHACHA

¡Máximo, por Dios!

VIEJA

¿Que no corres peligro? ¿No he visto los cuerpos tirados en el asfalto? ¡Y te he soñado así, Máximo! (*Sollozando.*) Ven con tu madre, deja a todos estos revoltosos, hijito... (*Estallando en un sollozo que es casi un grito.*) ¡No quiero que te maten! ¡No quiero que te maten!

(*Se le abraza. La muchacha se acerca angustiada. LUISA hace un gesto de disgusto y se retira, moviendo la cabeza, hacia el grupo de NERI.*)

FORCADA

(*Deshaciéndose de su madre, al principio dulcemente,*

después con cierta rudeza.) ¡Suéltame, mamá! ¡Suéltame te digo! (*Se arranca de ella.*) Vete a casa, espérame tranquila, iré después del amanecer. No tengas cuidado por mí.

VIEJA

(*Desesperada, se hinca abrazándose a las piernas de su hijo, mientras la muchacha le toma la mano derecha, tratando de desprendérsela del rudo pantalón adonde está aferrada.*) Te lo ruega tu viejita, Máximo... Deja estas cosas horribles... ¡Guarda tu sangre para tu casa!

FORCADA

(*Tratando de levantar a su madre, sin conseguirlo.*) ¡No me hagas ponerme grosero! ¡Tú no sabes de esto! (*A su hermana, impaciente.*) ¡Llévatela, María, por favor, llévatela! Tu me comprendes mejor... ¡Comprende que deben irse y dejarme!

(*Se escucha sordo rumor que viene de la calle. Algunos gritos y disparos aislados, lejanos. Todos corren a la ventana con las pistolas en la mano. Alguien emplaza una ametralladora que saca de debajo de la mesa, por entre los pliegues de su cubierta. MAXIMO ya no se acuerda de su madre, a quien atropella y tira en el suelo para llegar a la ventana de los primeros. La viejecita se queda llorando en el piso, y su hija la ayuda a levantarse. La muchacha sienta a su madre en el extremo derecho, pegada a la pared, calculando que estará fuera del alcance de las balas.*)

NERI

No es nada... Un grupo de gente que se topó con un gendarme. ¡Nada!

LUISA

¡Pero viene Ortega entre ellos!

FORCADA

Trueba no viene... ¡Maldita sea!

NERI

¡No, no viene Trueba! (*Se retira de la ventana, preocupado.*)

(*ORTEGA, joven estudiante, llega agitadamente con un grupo de hombres, por la derecha. Su actitud delata aturdimiento doloroso; trae las ropas en desorden, sin sombrero, despeinado. Todos se adelantan a recibirlo.*)

NERI

(*Imponiéndose a todos.*) ¿Y Trueba? ¿Qué ha sido de Trueba?

ORTEGA

(*Jadeante, con dificultad que le dan la fatiga y la noticia.*) Se quedó allá... en el barrio Oeste... Estrellado en el piso...

LUISA

¿Estrellado qué?

FORCADA

¿Lo mataron?

NERI

(*Con gesto de rabia.*) ¿Tenía que ser!

(*El grupo se estrecha. La viejecita quiere levantarse, pero la muchacha la detiene casi a la fuerza.*)

ORTEGA

Cuando el zafarrancho mayor, pudimos Trueba y yo escapar con un grupo hacia el local del Sindicato de Textiles... Nos persiguieron... Lo habían reconocido y lo querían coger...

NERI

¡Naturalmente! ¡El Secretario general!

ORTEGA

Entraron detrás de nosotros, casi derribando las puertas y disparando... Trueba, desesperado, se echó fuera de la ventana, la que da al patio, cuando estaban tirando la última puerta... Se agarró de la parte baja de los barrotes y se dejó colgar hacia afuera... Allí vi por un ins-

tante sus manos agarrotadas, y comprendí... Las tapé con mi cuerpo.

LUISA

(*Agitada.*) ¿Y lo vieron?

ORTEGA

No... Nos empujaron a un lado a todos los que estábamos ahí, golpeándonos, para buscarlo... Luego no nos hicieron más caso. Estaban frenéticos por encontrarlo... Salieron corriendo... sin duda creían que se había logrado escapar... Yo había oído un golpe seco que me paró el corazón...

NERI

Era él...

ORTEGA

Me volví y busqué sus manos agarrotadas en la parte baja de los barrotes, para ayudarlo a subir... Pero las manos no estaban.

FORCADA

(*Se coge la cabeza.*) ¡No estaban!

ORTEGA

Tuve un impulso de buscar esas manos grandes y callosas por toda la pieza... Me enloquecí... Quería buscarlas debajo de las mesas, en los rincones... Perdidas... Después me asomé. Estaba estrellado en el piso, con un balazo en la nuca. La policía lo estaba levantando ya... Sin cara... (*Se tapa el rostro.*)

NERI

(*Se golpea las manos, luego reasume su autoridad.*) Bueno, estamos entonces todos ya.

FORCADA

¡A trabajar! El ya no vendrá.

LUISA

(*Enérgicamente.*) ¡A trabajar! Con Trueba muerto todo será más difícil...

ORTEGA

La policía sigue atareadísima en el barrio Oeste, donde los hombres se han encendido más con la muerte de Trueba... No tienen gente que mandarnos.

FORCADA

¡A aprovechar los minutos, pues!

(Se escuchan voces aisladas. Se sientan alrededor de la mesa todos los principales y son rodeados por los demás. La viejecita está con las manos en la cara, llorando aterrada. La muchacha, a su lado, está aturdida e inmóvil. Poco de lo que se habla en la mesa se escucha.)

FORCADA

Neri es el substituto de Ortega...

(Hablan en voz muy baja. De cuando en cuando se oyen palabras aisladas, órdenes de NERI y FORCADA a grupos distintos.)

NERI

Que sigan cortando los teléfonos.

FORCADA

Los del Oeste, que se reúnan en la plaza del Ayuntamiento, y los del Sur que vengan por la Gran Avenida... sin hacerle frente a la policía todavía... Si los disuelven, que se vuelvan a reunir en la Concordia...

NERI

Y si es necesario que se reúnan nuevamente en la Concordia... Luego, en esa plaza...

(Voces bajas. Salen hombres con consignas, unos por la sala, otros por la derecha. Por este mismo lado aparece el coronel ARTURO GOMEZ con dos militares más, muy apresurados los tres. GOMEZ se tropieza con la viejecita, que le sale al paso al verlo llegar.)

VIEJA

Arturo, Arturo, ¿ya vienen por él?

ARTURO

¡Doña Elena! ¿Qué hace usted aquí? ¡Déjeme, que los minutos son oro!

VIEJA

¿Vienes a cogerlo?

ARTURO

(*Impaciente, tratando de soltarse.*) Somos de ellos, viejita... ¿Cómo quiere?

VIEJA

Entonces ayúdame... ¡Ayúdame a sacarlo! ¡Lo quieren matar!

ARTURO

(*Logrando deshacerse.*) ¡No, hombre, no! ¡No hay quien quiera matarlo! (*Se acerca a los otros, que también salen inquietísimos a su encuentro.*)

ARTURO

(*A unos hombres.*) Saquen a esas mujeres. Llévenlas a su casa, acompáñenlas, que esto se va a poner muy feo...

(*Dos hombres y uno de los militares recién llegados se acercan a las mujeres y, por presión de la muchacha, logran sacar a la viejecita, que se va llorando desesperadamente.*)

VIEJA

(*Al salir.*) ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Todos quieren verlo muerto!

NERI

(*Inquieto.*) ¿Y los hombres, teniente Gómez?

ARTURO

(*Apartando a Neri, Forcada, Ortega y Luisa.*) Esto ya se puso imposible. ¡No puedo hacer nada! ¡Acaba de llegar el general Almonte con dos batallones y artillería! ¡Los asustó la huelga general! (*Desesperado.*) ¡El estúpido y precipitado escándalo de ustedes!

NERI

¿Nada? ¿No se puede hacer absolutamente nada?

ARTURO

Yo y los míos no podemos nada... ¡Contra dos batallones y artillería qué puede mi grupito ridículo! Además, ya me enviaron nuevos oficiales. He salido precipitadamente a avisarles... Probablemente me siguen... Me espera el paredón.

NERI

(*Se pasea a grandes zancadas.*) ¡Siempre el ejército enfrente! ¡Nada se puede hacer por estas tristes patrias americanas con sus ejércitos siempre ahogándolas!

FORCADA

Siempre...

(*LUISA se golpea el pecho nerviosamente. Rumor de pasos acompasados en la calle, pasos de muchos hombres, marchando al unísono, con pesada impedimenta. Algunos disparos y gritos. Ordenes militares que gritan al final: "¡Alto!", haciendo cesar el rumor de marcha.*)

FORCADA

¡Lo esperado! ¿Todos preparados? La cosa terminó...

LUISA

Sin desesperar, Máximo... Nunca se sabe... El destino es obscuro...

(*Han llegado todos al ventanal.*)

FORCADA

(*Que se tropieza con la ametralladora, a un hombre.*) ¡Quita esta porquería! ¡Ya no sirve para nada! No es la policía...

ARTURO

¡Es el general Felipe Almonte en persona!

LUISA

¿Está seguro, Arturo?

ARTURO

Segurísimo... Es el que entra ahora rodeado de oficiales... ¡Ahora si nos llevó el!... (*Se hunde en la sombra con rapidez.*)

(*Todos se retiran de la ventana con expectación. Por la derecha, el general FELIPE ALMONTE, hombre de edad madura, alto y bronceado; su presencia es grave e imponente. Lo acompañan tres o cuatro oficiales que llevan la pistola reglamentaria en la mano. Por los pasillos de lunetas entran soldados que se estacionan allí, con las armas dispuestas.*)

ALMONTE

Buenas, amigos. (*Nadie contesta.*) ¿Este es el Comité de huelga? (*Con cierta ironía.*) ¡Vaya, me gusta conocer a los que han puesto en jaque a todo un señor dictador! ¡Nada menos que a Chacón!

LUISA

(*Rompiendo el silencio despreciativo de los demás.*) No venga con tonterías, general... ¡Cójanos, y en paz!

ALMONTE

No sea impaciente, señora. (*Sonríe golpeándose las botas con el fuete.*) ¡Vaya, hombre! ¡El Comité de huelga! ¿No? (*Al ver que nadie contesta.*) ¿Quiénes son los directores?

NERI

Nosotros.

ALMONTE

¿Todos?

FORCADA

¡Todos! Los trabajadores dirigen sus propios movimientos...

ALMONTE

No me han entendido... Quiero hablar con las cabezas. ¡Que salgan todos los que no sean los jefes! (*Nadie se mueve.*) ¿No me han oído? (*Enérgico.*) ¡Fuera todos los que no sean jefes directos!

(*Obedecen los hombres. Quedan en escena, además del general y sus oficiales, NERI, LUISA, FORCADA, ORTEGA y GOMEZ.*)

ALMONTE

¿Y esta mujer?

LUISA

Responsable también... Soy de los directores...

ALMONTE

(*Con un gesto de disgusto.*) ¡No me gusta que se mezclen las mujeres en cosas de hombres! (*Se encoge de hombros.*) Deseaba decirles, amigos, que no vengo a cogerlos... Somos compañeros... Vengo a... (*Se interrumpe dudoso.*)

NERI

¿Qué quiere usted decir? Háblenos claro, nuestra situación...

ALMONTE

(*Nervioso y precipitado.*) ¿No está claro? Soy el jefe de los dos batallones traídos para aplacar la huelga y el comienzo de la revolución... Pues bien, mis principios revolucionarios, mis principios... sociales, mi patriotismo... mi socialismo... no me permiten que sea cómplice de la represión que intenta el Gobierno... Mis soldados no *dispararían* contra los manifestantes... (*Vuelve su duda.*)

LUISA

(*Sin poder contenerse.*) ¡Bravo, general!

(*FORCADA se adelanta, y con disgusto hace a un lado a su mujer, conservando su sangre fría, mientras NERI se acerca al general y ARTURO GOMEZ surge del rincón donde se había protegido.*)

NERI

Sus soldados... ¿no dispararían... o no dispararán?

ALMONTE

(*Con mayor aplomo.*) Depende de lo que hablemos ahora... Naturalmente que soy un revolucionario... un social... Bueno, ya les dije... ¡un socialista!... En una palabra, un enemigo del Gobierno... Naturalmente que ustedes son los trabajadores y el pueblo que representa la fuerza social de las clases bajas y de la opinión...

FORCADA

Brevedad, general.

ALMONTE

Pero, naturalmente, necesitan una cosa que no tienen... ¡Y esa cosa son las armas, amigos!

FORCADA

Según qué armas, general.

ALMONTE

(*Dando palmaditas en la espalda de Forcada.*) ¡Con un par de ametralladoras en cada esquina, no hay revolución

posible, amiguito! No le dé vueltas, necesitan las armas... ¡Lo demás son tonterías!

FORCADA

(*Sereno.*) Muy bien, usted...

ALMONTE

Yo no dispararé sobre los manifestantes. Podrán asaltar el Palacio del Gobierno, hacer lo que quieran... Cogeremos a Marcos Chacón y a todos sus ministros... Pero exijo...

FORCADA

Llegamos a lo esencial... (*Sonríe levemente a su pesar.*)

ALMONTE

Sí, a lo esencial... a lo más seriecito. Exijo que se forme inmediatamente un Comité revolucionario en forma, en el que esté representado el ejército... en el que yo sea uno de los jefes...

(*FORCADA ve con inteligencia a NERI que está escuchando atentamente con las manos en la espalda y el entrecejo fruncido.*)

ALMONTE

(*Notando las miradas de los amigos.*) Sí, sí... cambien impresiones. Pero rápidamente, minutos son los que pueden darnos el triunfo... Les exijo una inmediata contestación.

(*NERI, FORCADA, LUISA, GOMEZ, forman un grupo. El general se queda conversando con sus oficiales, mientras se golpea las botas con el fuete y mira con sorna a los civiles.*)

FORCADA

¡Es preferible que se acabe todo, Neri! ¡Preferible! Este hombre quiere aprovechar la situación, usarnos como instrumentos, substituir a Chacón, en una palabra. Hacerle caso es renunciar a todos nuestros propósitos, es abandonar a los trabajadores...

NERI

(*Con ademanes de calma.*) Más despacio, Máximo, más

despacio... Aprovechémoslo nosotros... Por lo pronto, provocamos una situación nueva. Nada hay tan grave como dejar en pie la que existe, y entregarnos, no sólo nosotros, sino entregar también a los amigos a las ejecuciones... dejar que desorganicen nuestro Partido, la Confederación de Sindicatos.

LUISA

Tienes razón, Porfirio.

ARTURO

Y hay que obrar en el acto, Forcada.

ORTEGA

¡En el acto!

FORCADA

(*Se separa del grupo y va hacia el general.*) ¿Pero usted sabe, general, hasta dónde alcanzan nuestros propósitos?

ALMONTE

¡Naturalmente, hombre! Por eso estoy aquí... Son socialistas, ¡yo también soy socialista! Haremos una constitución de esas... reconoceremos los derechos de la clase trabajadora... Repartiremos los latifundios... Nacionalizaremos las Empresas extranjeras... ¡Naturalmente que lo sé!

FORCADA

Su colaboración es inapreciable, general, pero...

ALMONTE

¿Inapreciable, amigo? ¡Es el triunfo de la revolución!

FORCADA

Pero la revolución está sobre el triunfo. Ante todo, necesitamos asegurar que los obreros y que los campesinos...

ALMONTE

Naturalmente, naturalmente... Firmaremos inmediatamente un plan... Un convenio... Nos comprometeremos a lo que quieran... Al iniciarse la huelga me uno a la revolución en vez de combatirla... Los principales jefes del ejército están de acuerdo conmigo, y sólo esperan el gol-

pe de la capital... Pondremos a Chacón con sus agentes a buen recaudo. Lanzaremos el manifiesto socialista ése... y a proceder a la socialización... o a lo que sea... (*Habla precipitadamente.*)

NERI

(*Que ha estado observando las dudas de Forcada, tranquilo.*) Convenido, general,

FORCADA

(*Se vuelve sorprendido.*) Pero Neri...

NERI

Hay que pensar deprisa, Máximo... (*Ratifica.*) Convenido, general.

LUISA

(*Se acerca.*) Y lo felicitamos, general...

ALMONTE

(*Tendiéndole la mano.*) Veo que es usted una mujer inteligente. (*A los demás.*) Estamos, pues, de acuerdo... (*Abraza a Neri, sin demasiado entusiasmo. En seguida estrecha la diestra de Forcada.*)

FORCADA

Muy bien, ¡que sea! Adelante con la revolución... Redactaremos el plan inmediatamente...

ALMONTE

(*Con disgusto.*) ¿No lo tienen preparado?

FORCADA

Tenemos el nuestro, pero no esperábamos...

ALMONTE

Pues lo firmo y salgo a trabajar. ¡Es lo de menos! (*Se lo dan y lo firma, con mano dura.*) ¿Hay mucho qué hacer, amigos! Todo depende de la diligencia... Dentro de poco estarán aquí más tropas de verdaderos enemigos, instrumentos de los... esos... de la dictadura. Y todo se perdería. Me voy a Palacio, ahora que es tiempo...

LUISA

¡Eso es, general! ¡Acción, hombres de acción!

NERI

Iniciamos la huelga al amanecer. El Partido Socialista hará su manifestación por la mañana...

ALMONTE

¡Y nosotros, nos vamos por Marcos Chacón! No teman ya nada. Pueden obrar libremente; mañana no correrá ya sangre... por lo menos de la multitud

(Sale precipitadamente con los oficiales, después de hablar con alguno que se queda; salen también los soldados de los pasillos. Entran todos los obreros y civiles que antes estaban en la escena. Se cruzan rápidas y confusas preguntas.)

FORCADA

¿Y si fuera una treta?

NERI

¿Para qué? Con habernos cogido...

ARTURO

El general es hombre entero... Cumplirá su palabra, va por Marcos Chacón...

FORCADA

(*Sombrío.*) Ahora, el problema, es el general.

(Empieza a amanecer, según se ve por la ventana. Llega sordo rumor que va llenando la plaza.)

CORO DE MULTITUD

(*Afuera.*) ¡Hueeelga! ¡Hueeelga! ¡Muera Marcos Chacón!

(La visión de la gran plaza puede ser substituída por la proyección cinematográfica de una enorme muchedumbre.)

FORCADA

(*Se acerca a la ventana y dirige la palabra a la multitud.*) Camaradas... Es la hora solemne en que da el primer paso nuestra revolución... Una patria nueva nos aguarda... La creación de una patria nueva, tarea gloriosa, es nuestra tarea de mañana... La creación del país sin dictadura al servicio de los privilegiados, el sostenimiento del Gobierno para los trabajadores, la nueva sociedad donde pueda crecer la masa

de hombres liberados del porvenir... Pero mientras tanto, la lucha por delante. Que la magnitud de la obra ponga firmeza en vuestro corazón y seguridad en vuestro brazo... ¡Adelante! ¡A la revolución!

(*Clamoreo y aplausos comentan el discurso. La película deja de proyectarse. Por el balcón se ven pasar los estandartes, entre los que destaca una enorme bandera azul. Por el pasillo de lunetas irrumpen los manifestantes, alzando la bandera azul; algunos suben al foro, otros se quedan llenando los pasillos. La bandera, enorme, tremola en el escenario, hacia el público, agitada por un viento invisible.*)

(*Por la derecha entra precipitadamente un oficial del ejército y habla con MAXIMO, NERI y LUISA.*)

NERI

(*Después de escuchar al militar, se adelanta.*) Camaradas... la emoción agita mi sangre... Tengo la angustia dichosa de anunciarles que la revolución de los trabajadores ha triunfado. El dictador Chacón ha sido aprehendido con todo su Gabinete, y el general Almonte ha firmado el Plan de la revolución, uniéndose a ella... (*Clamoreo en el público, que luego se extiende hasta la plaza.*) ¡Vivan los trabajadores! ¡Viva la bandera azul de la Revolución!

(*La bandera ondea.*)

CORO

¡A la calle! ¡A la calle! (*Luego entona una canción revolucionaria y salen cantándola. Así que la canción se pierda detrás de los espectadores, crecerá delante, en la escena, suponiendo que la multitud canta en la plaza.*)

(*Clamoreo y gritos por la calle. Hay mueras y gritos de incitación al incendio, algunos disparos. FORCADA, NERI, GOMEZ, LUISA y algún otro, están en el balcón, saludando a las masas.*)

(*Poco a poco se hace silencio fuera. Después es absoluto el silencio en la escena. Los que están en el balcón se vuelven emocionados y se miran unos a otros.*)

FORCADA

(*A Porfirio.*) ¡Ojála hayamos dado un buen paso, Porfirio! ¡Pero, bueno o malo, siempre al servicio de nuestras gentes! ¡Y siempre juntos!

NERI

Siempre amigos... (*Se abrazan,*)

(*La escena se obscurece súbitamente: dos reflectores laterales enfocan el abrazo intenso y sincero de los dos jefes.*)

TELON

SEGUNDO TIEMPO

Gabinete de trabajo en casa del Presidente provisional de la República Socialista de Patria, señor general Felipe Almonte. Cortinajes rojos enmarcan el escenario. Al fondo, amplio balcón. Puertas a derecha e izquierda. En segundo término, y a la derecha, la amplísima mesa de trabajo del funcionario, llena de papeles y libros. Una gran lámpara sobre la misma mesa. Sillones cómodos. Un pequeño receptor de radio en sitio conveniente.

(*Al levantarse el telón, se obscurecerá el teatro. En estas circunstancias se oirá hablar nuevamente, a través de los altoparlantes.*)

VOZ EN EL RADIO

Estación radiodifusora de "El Globo", el gran diario de Patria, trasmitiendo el resumen acostumbrado de su edición matinal. "El Globo" publicará mañana un interesante editorial titulado: "Los graves problemas del Gobierno provisional", que extractamos esta noche para nuestros oyentes. Tres son los más importantes que se presentan al Gobierno del general Felipe Almonte; primero, las exigencias de la Confederación Sindicalista, que pide insistentemente, por conducto de sus jefes y de sus representantes en la Junta de Consejo del Presidente, la promulgación de un estatuto radical, la nacionalización de las grandes indusrias extranjeras y el fraccionamiento de los latifundios; segundo, los grandes intereses de las poderosas Compañías extranjeras, invertidos en el

campo y las ciudades, que no pueden admitir lo anterior, y que son apoyadas por su Gobierno, por medio de la marina de guerra concentrada cerca de las costas de nuestro país; y tercero, el paro de numerosos contingentes de obreros y la reducción en un cinco y un diez por ciento en los salarios de los ocupados, provocados por la grave crisis económica que afecta a la nación.

(*Tres toques de campana.*)

SIGUE LA VOZ EN EL RADIO

El gabinete del Gobierno provisional, encabezado por el señor Porfirio Neri, se dispone a terminar un proyecto de Constitución que no tiene los lineamientos radicales que exige la Confederación Sindicalista. Han continuado las manifestaciones tumultuarias que celebra dicha organización en contra del citado proyecto.

(*Tres toques de campana.*)

SIGUE LA VOZ EN EL RADIO

En estos momentos se realiza importante conferencia secreta en la residencia del Presidente provisional, con el jefe del Gabinete, señor Neri, y el representante de los intereses extranjeros, señor Kings-Frauzen. Se guarda gran reserva sobre los puntos que se tratarán.

(*Se enciende, poco a poco, luz en la escena mientras se escuchan las últimas palabras en los altoparlantes. El general FELIPE NERI, con el uniforme puesto, se pasea agitadamente, golpeándose la pierna derecha con un fuete. PORFIRIO NERI está sentado frente a la mesa de trabajo, jugando con una plegadera. El alto y rubio señor KINGS-FRAUZEN está sentado cómodamente en un sillón, con las piernas cruzadas y fumando concienzudamente un puro. La estancia está llena de humo. En una mesita hay copas a medio llenar, una botella de licor y un cenicero de bronce, cargado de colillas.*)

(*Con la escena todavía en penumbra, un reflector ilumina particularmente a cada uno de*

estos personajes, sorprendiendo sus actitudes: nerviosidad en el general, embarazo en NERI, tranquilidad en el señor KINGS-FRAUZEN. En seguida, se hará luz plena en el foro.)

ALMONTE

(*Interrumpiendo su paseo, frente al extranjero.*) ¡Tiene usted razón, sobra de razón, Kings-Frauzen! (*Se da un duro golpe en la bota con el fuete, y reanuda sus pasos.*) ¿Quién demonios daría la noticia a los periódicos? Parece que estamos rodeados de espías...

KINGS

(*Habla despacio, con ligero acento extranjero.*) Un error, un grave error ha sido dar la noticia... No era lo convenido, además...

NERI

Tiene que haber sido Máximo Forcada. (*Golpea la mesa más rudamente con la plegadera.*)

ALMONTE

¿Y a él?

NERI

No se puede saber... El Gobierno está lleno de sus partidarios.

KINGS

¡Oh, este Máximo es hombre de cuidado!

ALMONTE

¡La culpa es nuestra! Por no obrar con mano de hierro, como corresponde... ¡Naturalmente! Si así hubiéramos obrado cuando tiramos a Leyva para poner a Marcos Chacón, no hubiera durado un mes el viejo en el caballo... Deberíamos empezar por imponer la censura... Y pedirle su dimisión a Forcada... ¡Es intolerable esta labor de oposición por parte de un miembro del Gobierno!

NERI

No te pongas nervioso, Almonte. Necesitamos ir con pies de plomo. La situación es más delicada de lo que supones.

KINGS

¡Oh, sí! Sería otro error, general, otro error. En mi opinión lo que debe hacerse es ganar inmediatamente la voluntad de ese Forcada. Eso sería lo prudente.

ALMONTE

¡Usted no lo conoce! ¿Quién diablos le va a ir a él con que es necesario respetar los latifundios y las industrias de sus paisanos, Kings-Frauzen? Forcada sólo entiende de "socialismo" y tonterías por el estilo, pero ni una palabra de política

NERI

(*Sin dejar de jugar con el objeto.*) Máximo es un apasionado, un fanático de sus ideas, sí... Pero siempre ha sido fácil hacer que comprenda razones serias. Yo le hablaré. Usaré la influencia de su esposa... Es un político patriota y un hombre inteligente... Entenderá...

ALMONTE

(*Golpeando la cubierta de la mesa con el fuete, frente a Neri.*) Vaya si entenderá! ¡Tiene que entender! (*A sus pasos, otra vez.*) ¡Ah, si ustedes me oyeran, si me permitieran meter un poco de mano dura, de acción directa! Bien pronto se callarían los periódicos, se metería Forcada sus ambiciones donde pudiera... Y sus pelados no andarían en montones, alborotando por las calles... en "masas", como él dice...

KINGS

¡Oh, general! Estamos en otros tiempos; usted está mal acostumbrado... No se precipite... Lo principal era llegar a un acuerdo con mi Gobierno... y se ha llegado. Por lo demás, el apoyo que los fuertes capitales de mi país le prestarán a su Gobierno le pondrá bien firme.

NERI

Déjame a ese hombre, Almonte. Entre Luisa y yo...

ALMONTE

(*Testarudo.*) ¡Ustedes no conocen a Forcada! (*A Neri.*) Ni siquiera tú que has sido su amigo toda la vida... Estamos frente a un gran ambicioso, no precisamente

frente a un fanático... Y el tiempo se desliza fácilmente entre sus manos... ¿No ves la agitación que ha logrado en contra del Gobierno? ¿La organización tan seria que ha dado a los sindicatos? ¡Y ahora se mete con el ejército y con tu Partido! ¡Te digo que hay que marcarle el alto!

NERI

Pero con habilidad... Está trabajando para nosotros, no lo olvides... ni seas injusto. Es leal y generoso. Sabrá ver la realidad, que no es posible hacer dar al país el enorme salto que él desea, sin transiciones...

ALMONTE

(*Agarrando la palabra al vuelo.*) ¡Eso, naturalmente! Ese estúpido, o demasiado "vivo", no entiende de transiciones... Y en todo caso, Neri, su lealtad y su generosidad no son ahora virtudes, son peligros.

KINGS

Usted comprende la situación, Neri, háblele... Cállelo como sea. Ese radical es fácil de manejar por caminos sentimentales... Use toda su influencia amistosa y la de su mujer... Usted ni lo vea, general... Es mejor. (*Se levanta.*) Estamos en lo dicho. Procuren que los documentos queden listos rápidamente y que el pacto no sea conocido pronto... ni totalmente...

NERI

No tenga cuidado, Kings-Frauzen... La Standard Works puede empezar a trabajar con toda clase de garantías otra vez...

(*KINGS-FRAUZEN sonríe, sacude la ceniza de su puro sobre el cenicero, toma su abrigo y su sombrero, saluda correctamente y sale.*)

ALMONTE

(*Apenas salido Kings, se frota las manos.*) ¡Magnífico, Neri! ¡Magnífico! ¡Hemos consolidado el Gobierno de la revolución! (*Una sombra pasa por su rostro.*) Si no fuera por la gente de Forcada...

NERI

(*Poniéndose de pie.*) No estoy tan satisfecho como tú... Hemos consolidado un Gobierno, no sé si el de la revolución. (*Da un puñetazo sobre la mesa.*) ¡Ah, el pulpo nos tiene cogidos! ¡Nos chupará eternamente!

ALMONTE

(*Cruzándose de brazos, frente a Neri.*) Lo estás diciendo... ¡nos tiene cogidos! No podemos hacer nada mejor que tomarlo en cuenta... Tú, como Forcada, ¿creerás también que es posible olvidarse del poder de esos hombres? Caería nuestro Gobierno en ocho días.

NERI

Pero te digo que en cierto modo... ¡Forcada tiene razón! (*Se pasea a su vez.*) Es la voz sincera, pura, sin compromisos, del país.

ALMONTE

(*Furioso.*) ¿Forcada? Yo te diré, en pocas palabras, quién es Forcada... ¡Es la ambición de mando frente a nosotros! Nada más!

NERI

(*Deteniéndose.*) Eres un hombre viciado, Almonte. Jamás comprenderás a Forcada. Has tratado sólo con seres mezquinos para quienes medrar en el poder era todo... Es natural que ahora no te acostumbres a la pureza de un Forcada...

ALMONTE

(*Con sorna rabiosa.*) A la pureza, ¿eh? ¡Puede mucho el sentimentalismo en ti, Porfirio Neri! Te creí más frío, pero basta una amistad vieja para ablandarte el corazón. En cuanto sepas lo que estás haciendo con tu sición en el Partido Socialista, vas a cambiar de opinión.

NERI

(*Con desprecio.*) ¿El Partido Socialista? (*Orgulloso.*) Bien sabes, Almonte, que el Partido Socialista soy yo.

ALMONTE

¡Tú! ¡Tú! ¿Eh? (*Lanza un gruñido ininteligible que*

quiere ser carcajada.) ¿Sabes adónde ha ido hoy ese apresurado trabajador?

NERI

(*Molesto.*) Lo sé muy bien.

ALMONTE

Sabes únicamente que ha ido a la Academia Militar a dar una conferencia, ¿verdad?... Que las instalaciones de radio del Gobierno servirán para transmitirla, ¿no? (*Ve su reloj.*) Todavía es tiempo... Haz funcionar el aparato, anda, y sabrás algo más acerca de la lealtad de tu fraternalísimo Forcada...

(*NERI se pasea todavía un poco; en seguida se acerca nerviosamente al aparato y da vuelta a la llave. Después de un ligero tanteo se escucha la clara voz de FORCADA, a través de los altoparlantes del teatro.*)

VOZ DE FORCADA

Necesita el ejército, pues, tener formada su conciencia de clase, su conciencia proletaria, y ser un fuerte engranaje del Partido Socialista, debidamente reorganizado. El ejército azul debe ser la escuela de los obreros y de los campesinos unidos. Aprended el oficio de la guerra, a fin de defender el próximo Estado Obrero y Campesino. Aprended a no tolerar un gobierno de farsantes que transija con el capitalismo extranjero. ¡Estad alerta, siempre alerta, porque un paso atrás en estos momentos nos conduciría simplemente a una nueva dictadura! (*Una tempestad de aplausos termina la conferencia.*)

NERI

(*Interrumpe la trasmisión; aprieta los puños con rabia.*) ¡Esto es demasiado!

ALMONTE

(*Burlesco.*) ¿Lo ves?... En cuanto te toca el Partido, es cuando la cosa se convierte en "demasiado"... ¡Ahí tienes la lealtad, la amistad! ¡Ahí lo tienes combatiéndote, combatiendo nuestra obra!

NERI

(*Entristecido.*) Ya no nos entendemos... ¡Es un imprudente!

ALMONTE

Si te empeñas, llama a todo eso "imprudencia"... Y agrégale su propaganda subversiva en el ejército... (*Da unos pasos y se vuelve furioso.*) ¡Pero sí te advierto que, primero que ese hombre vaya adelante, estoy dispuesto a acabar con las zarandajas democráticas, y convertir al Gobierno en una descarada dictadura militar!

NERI

(*Sin hacer caso de Almonte.*) ¡Y cuésteme lo que me cueste lo he de hacer entender! ¡Se han de salvar él y nuestro Gobierno! (*Va al teléfono.*)

ALMONTE

¿Qué vas a hacer?

NERI

Lo voy a llamar por teléfono a la Academia... De hoy no pasa que hablemos claramente.

ALMONTE

¡Vaya, hombre! ¡Ya era hora! Yo también quiero hablar con él. Voy rápidamente al Ministerio de la Guerra, donde me esperan los generales... Es cosa rápida... Procuraré despachar brevemente para estar a tiempo con ese amiguito tuyo. Cuando esté aquí, telefóname.

(*Mientras NERI telefona en voz baja, entra por la derecha ORTEGA con una carpeta de papeles bajo el brazo, y saluda correctamente, con algo de servilismo, al general. Es el mismo estudiante del primer tiempo, pero viste bien y tiene más confianza en sí mismo.*)

ALMONTE

¿Tiene listo eso, Ortega? Sería conveniente que mañana mismo pudieran llevarse todos los documentos al señor Kings-Frauzen.

ORTEGA

Todo está listo. Aquí lo traigo para acordar con el señor ministro...

ALMONTE

Está bien... Si hay algo urgente, llámeme al Ministerio de la Guerra.

NERI

(*Abandona el teléfono.*) Ya está arreglado. ¡Hoy mismo se aclarará esta estúpida situación! Forcada vendrá apenas lo suelten en la Academia.

ALMONTE

Muy bien ...No olvides mi extraordinario interés en esa conversación. (*Toma su gorra y su abrigo. Hace mutis, izquierda.*)

ORTEGA

Están listos los documentos de Kings-Frauzen.

NERI

¿Atendió usted el memorándum sobre las manifestaciones a la prensa?

ORTEGA

Enteramente, señor Neri... (*Abre la carpeta, extrae unos papeles, lee.*) "Los jefes del Partido Socialista se dan cuenta de las enormes dificultades para transformar a Patria, de la noche a la mañana, de una dictadura sin ningún sistema en un Estado socialista radical que..."

NERI

(*Con ademán de cansancio.*) Espere, Ortega, no tengo cabeza para trabajar. ¡Esas cosas de Forcada me tienen preocupadísimo! ¿Habló usted con Luisa?

ORTEGA

Sí señor; me prometió que vendría esta misma tarde. La he estado esperando. Supongo que de un momento a otro, estará aquí.

NERI

La harán pasar en cuanto llegue.

ORTEGA

Así está ordenado.

NERI

(*Colocando una mano en el hombro de Ortega.*) ¡Ah, Ortega! ¿Se acuerda de los grandes días de lucha? ¡Pa-

rece mentira que el ejercicio del poder pueda separar a hombres tan unidos!

ORTEGA

No se preocupe, señor Neri. En cuanto se olvide un poco el orgullo y haya unas cuantas frases sinceras, toda la división desaparecerá.

NERI

(*Golpeando con los dedos sobre la mesa, con la vista en el suelo.*) Forcada me rehuye... En sus ojos veo que me considera un traidor.

ORTEGA

No crea eso... Forcada sabe que es usted un patriota...

NERI

¿Entonces?

ORTEGA

Cree simplemente que está usted influenciado por el general Almonte y sus gentes.

NERI

(*Muy nervioso se sienta. Hojea sin verlo un expediente.*) ¡Ah, el iluso y grande Forcada!

(*Llama el teléfono. ORTEGA lo atiende.*)

ORTEGA

Ha llegado Luisa, señor.

NERI

(*Con alivio.*) Que pase, que pase inmediatamente, Ortega. Y déjenos usted solos.

(*ORTEGA dice algo por el teléfono y vuelve a colgar. Sale derecha. Al salir se tropieza con LUISA NERI, que llega modestamente vestida de negro.*)

ORTEGA

Buenas tardes, Luisa.

LUISA

Buenas tardes, Ortega. (*Mutis de Ortega, que cierra la puerta al salir.*)

NERI

(*Acude presuroso al encuentro de su hermana, le toma ambas manos con las suyas y le hace sentar cerca de él,*

en el sofá.) ¿Cómo estás, Luisa? ¡Mira que se han ido semanas sin vernos! ¡Este maldito trabajo!

LUISA

Sí, sé que has tenido mucho, demasiado trabajo...

NERI

No sé si me equivoque; pero creo encontrar ironía en tus palabras... Máximo, ¿verdad?

LUISA

(*Se encoge ligeramente de hombros.*) Bien sabes que todo lo que sé de ti ahora lo sé por Máximo.

NERI

Y, naturalmente, contigo dará rienda suelta a su inconformidad absurda, a su injusta manera de juzgarme...

LUISA

Te cree un hombre débil, nada más.

NERI

(*Fogosamente.*) ¿Y tú, Luisa, tú tan comprensiva, siempre tan atenta a todos los momentos, tú qué has creído?

LUISA

No sé que decirte, hermano. Sigo trabajando al lado de Máximo, casi alejada totalmente de ti y del Gobierno... Sólo veo con claridad la rectitud de Máximo, y que sigue el mismo camino de ayer, de siempre.

NERI

Es decir, que tú también dudas... ¡Esto es idiota! (*Se levanta.*) ¡Idiota! Doy cada día un poco de mi vida en esta lucha, impidiendo que hayan sido inútiles todos nuestros esfuerzos, defendiendo el Gobierno nacido de la Revolución... ¡Y mis amigos me vuelven las espaldas! ¡Mis hermanos me dicen que no me entienen! (*Se pasea.*)

LUISA

(*Se pone de pie y habla lentamente.*) Porfirio, te voy a hablar con desnudez... Te entiendo... Es decir, entiendo el papel, que tú mismo has aceptado, de contemporizador, de conformista con los lentos avances... Supongo que obras sinceramente; pero estoy unida a un hombre que no admite las transacciones... Quienquiera que esté equivocado, lo seguiré a él.

NERI

(*Se detiene, se acerca a su hermana y se sienta otra vez, obligándola a hacer lo mismo.*) Es una división torpe, Luisa. Te he llamado porque te suponía más independiente, pero de cualquier manera quiero que me ayudes con Máximo... No son ustedes justos; ni soy contemporizador, ni conformista. Soy un hombre que está luchando ferozmente con la realidad, cara a cara con elementos que no se pueden olvidar: el ejército, los intereses, el poder extranjero, y a quien dejáis solo en esa terrible lucha...

LUISA

Te olvidas de que nosotros sólo luchamos contra eso...

NERI

Tú me entiendes, Luisa. Defiendo lo poco que hemos ganado para cuando llegue el momento oportuno de convertirlo en mucho. Me conoces a fondo, hermana... ¡Quién había de conocerme mejor que tú y que Máximo! Hazlo que comprenda. Te daré documentos para que los estudie... A mí me rehuye, no puedo cogerlo, se me escurre... Entre tú y yo podemos arreglarlo todo. Es necesario que volvamos al trabajo coordinado... El, dondequiera, en la Confederación, en la calle... Yo, aquí. Pero representando siempre una fuerza secretamente unida todos nosotros.

LUISA

(*Con un poco de tristeza y de ironía.*) ¡Pobre Porfirio! Estás demasiado cansado y muy nervioso... ¡Cuán preferible hubiera sido que te hubieses quedado a nuestro lado, sufriendo un destino común!... En fin, te prometo que hablaré con él; pero sí te adelanto que es un gesto sentimental por mi parte, que no creo logre demasiado... Conoces lo firme, lo intransigente que es... El hubiera querido que...

NERI

(*Avidamente.*) ¿Qué? ¿Que hubiera querido él?

LUISA

Que hubieses tenido la gallardía, si tú quieres inútil,

de renunciar... Que te hubieses retirado del Gobierno, ante la imposibilidad de seguir un camino rectamente revolucionario.,,

NERI

(*Disgustado.*) ¿Que abandonara todo lo que hemos ganado con sangre de nuestra muchedumbre, Luisa? Le tengo que ser leal a las masas... Hay momentos en que el hombre no tiene siquiera derecho a la pureza, cuando ha hecho que se derrame sangre; veces en que la santidad de un propósito impone a un hombre el sacrificio de torcerse... ¡No quiero rehuir mi responsabilidad!

LUISA

(*Haciendo un ademán vago.*) Los dos son fuertes, Neri... En cierto modo te admiro a ti también... pero siento que algo nos va separando irremediablemente... Cada uno tiene un concepto distinto de la responsabilidad.

NERI

El mío, a lo menos, veo que no es el tuyo. ¿verdad? (*Luisa calla.*) ¡De modo que está todo perdido!

LUISA

Soy bastante fuerte para confesármelo, Porfirio. Te prometo luchar con empeño, a pesar de todo... Pero quiero que sepas que no tengo ni fe ni entusiasmo para esa lucha. Quiero tener la lealtad de advertirte que encuentro más justificación para él que para ti.

NERI

(*Desesperadamente.*) ¡Cómo demonios llegar a la inteligencia y al corazón de los dos!

LUISA

A mi inteligencia has llegado. Sé todo lo que has hecho. Conozco la lucha sombría de tu corazón.

NERI

(*En un último esfuerzo.*) ¡Es que no te das cuenta de lo que todo esto significa! No sólo es nuestra desunión, no se trata de un sentimental disgusto doméstico; se trata de que si esto no se vuelve más humano, nos vamos a combatir como enemigos los tres luchando por la misma causa. Y lo que es peor, él creyendo serle fiel, cuando

no hace sino procurar cada día que su logro sea imposible, destruyendo cuanto hemos logrado con sacrificio, no sólo nuestro, sino de otros, a quienes el martirio consumió íntegramente.

LUISA

(*Deteniéndolo con firme ademán.*) No sigas, Porfirio. Yo he sufrido mucho en estos últimos meses, tanto que he cambiado mi concepto de la lucha y mi afán por el triunfo inmediato... He visto venir irremediablemente este momento desde que fuiste nombrado Jefe del Gabinete de Almonte, y aceptaste... Te he visto defender furiosamente las migajas del poder caído en nuestras manos, siempre dispuesto a no soltarlas... Y he visto, en otro extremo, a Máximo iracundo, dispuesto primero a perder que a dejar que un general se sirva de todo lo que hemos logrado en largos años de dolorosa lucha... Y lo más que pude pensar en tu favor es que si tu actitud es producto de un deber para el que te crees enviado, la de Máximo está en el mismo plan.

NERI

Entonces...

LUISA

Déjame terminar. Al fin he comprendido que las distintas actitudes separan a los dos hombres, cada uno con su razón... Y tuve que tomar mi lugar... Tengo yo también mi razón...

NERI

Sé ya cual es la tuya, Luisa... (*Se levanta preocupadísimo.*) Corresponde a la entereza que te he reconocido siempre... (*Pausa pesada en la que Neri lucha con un propósito, y Luisa permanece impasible. Al fin, Neri da un giro angustioso a sus palabras.*) Pero también quiero hablarte de otra cosa, que rehuía, y que tu actitud me ha impedido salvar... Necesito que tu amor por Máximo se haga presente en tu corazón de mujer, independientemente de política.

LUISA

Háblame con claridad.

NERI

Yo entiendo a Máximo porque lo conozco, Luisa. Pero me está combatiendo tenazmente... sabe ser mi enemigo... y de todo el Gobierno...

LUISA

Enemigo sólo del Gobierno... Ahora que tú estás en el Gobierno.

NERI

Y va demasiado aprisa, demasiado lejos, demasiado imprudentemente... Está consiguiendo reunir la oposición al lado suyo...

LUISA

No sigas, no porque tema oírte, sino porque te he comprendido. Sé lo que quieres. Vas a pedirme que defienda la libertad y aun la vida de mi esposo...

NERI

(*Angustiado.*) Que me ayudes a defenderlas.

LUISA

Es muy grave lo que has dicho, Porfirio. Es casi una amenaza.

NERI

Olvidas que amo a Máximo como a un hermano. Quiero limpiarme del horror de ser su enemigo.

LUISA

(*Con sequedad y soberbia.*) Basta, Porfirio... No creí que me llamaras para hacerme mensajera de amenazas. Te aseguro que no sé hasta qué punto defiendes al hermano y hasta cuál pretendes deshacerte, por medios mansos de un opositor poderoso.

NERI

(*Se sienta tristemente frente a su escritorio.*) Es inútil. Ya no me entiendes tú tampoco. Te estás forzando para no gritarme traidor a mis hermanos. (*Se pone de pie, y sin moverse de su sitio da un puñetazo contra la mesa.*) ¡Y he de ser fuerte hasta contra esto! ¡Terminarás por entenderme, mujer terrible!

LUISA

No hay por qué gritar, Porfirio. (*Se levanta orgullosa.*)

Te he hecho una promesa que cumpliré; pero también te he mostrado el partido que he tomado. Supongo que no tenemos más que hablar.

(NERI va a decir algo más; pero lo interrumpe el teléfono. Lo atiende.)

NERI

(En el teléfono.) Sí, Neri... *(Escucha algo con mucho disgusto.)* Es mejor que suba en seguida y que me vea. *(Cuelga. A su hermana.)* Es el jefe de la Policía, el teniente Gómez, nuestro amigo común. No tienes por qué irte. Quédate y te darás cuenta más cabal de la situación.

(Entra el CORONEL GOMEZ. Se inclina ante LUISA, que contesta con la cabeza el saludo.)

NERI

¿Qué es ahora, Gómez? ¿Qué pasa con Forcada? *(Gómez se vuelve cohibido por la presencia de Luisa.)* Puede usted hablar claramente. *(Mira a su hermana como invitándola a que escuche con atención.)*

GOMEZ

Otra manifestación forcadista. Ahora es grave. Son los soldados y oficiales del ejército que escucharon la Conferencia en la Academia, y unos cientos de obreros que esperaban a Forcada en la puerta. Han improvisado carteles francamente sediciosos. ¿Qué debo hacer? He creído indispensable consultar con usted, ante lo serio del asunto. ¿Los disuelvo?

(La actitud de LUISA revela satisfacción y orgullo por lo que oye.)

NERI

(Decidido, después de un instante.) Déjelos llegar... *(Gómez intenta oponer algo; Neri lo detiene con un gesto.)* Déjelos llegar, Gómez. *(Sale Gómez después de nueva inclinación ante Luisa. Neri se vuelve a su hermana.)* ¿Lo ves? Imagina a dónde nos lleva todo esto...

LUISA

(Encogiéndose de hombros.) Debes pensar que él sigue

el camino de siempre, que el que ha reformado su criterio eres tú. (*Con orgullo, que trata de disimular.*) El sigue con los trabajadores, con la multitud, con los que te trajeron hasta aquí...

NERI

Las multitudes son ciegas, Luisa. Se lucha por ellas, pero ellas no deben dictarnos el modo de la lucha... Hay que guiarlas en vez de ser empujados por ellas como lo es ese loco.

LUISA

Vienen hacia aquí. Te podrás dar cuenta si Máximo los sigue o los empuja.

NERI

(*Reaccionando, vuelve a su entereza.*) Está bien, Luisa. Le sigo dando la cara a mis acciones. Ya no tengo derecho a la simple amistad. Máximo viene hacia aquí, a hablar conmigo. Creí que después de nuestra conversación iba a poder rogarte que te quedaras. He visto que no es necesario, ni útil siquiera... Vuélvete a tus actas y a tus camaradas, cúmpleme tu promesa y aguarda. No pienso que pase mucho tiempo hasta que puedas juzgarme mejor. (*Le tiende la mano.*) Adiós, hermana.

LUISA

(*Estrechándole la mano sin efusividad.*) Adiós, Porfirio... ¿No agregas nada más?

NERI

Nada.

LUISA

(*En el primer momento de desconcierto durante la entrevista.*) Yo, quizá, esperaba también algo de ti...

NERI

(*Interesado.*) ¿Qué?

LUISA

(*Cortante.*) Nada. Adiós. (*Sale un poco nerviosa.*)

(Neri se vuelve a Ortega, Gómez y las demás pado, con visible turbación. Se escucha rumor en la calle, gritos ahogados por la distancia. Neri va precipitadamente al balcón y levanta

las cortinas. Allí está observando cuando entra por la izquierda, muy apresuradamente, el general ALMONTE, seguido de dos militares, de ORTEGA y de alguien más. Todos van al balcón. Almonte pone una mano rudamente sobre el hombro de Neri.)

ALMONTE

Supongo que ya sabes de qué se trata... ¡Ya es el colmo! Nada menos que una manifestación rebelde, con elementos del Ejército y de "tu" partido, que viene vociferando con Forcada a la cabeza... ¡"Mi" ejército y "tu" partido en actitud sediciosa por la calle! Y todo bajo la batuta de tu leal amigo...

NERI

(*Seco.*) Lo sé. He ordenado que los dejen llegar.

ALMONTE

(*Manoteándole.*) Recuerda que obras bajo tu exclusiva responsabilidad y la de Kings-Frauzen... ¡No sé cómo me he podido contener y no les he metido ametralladora!

(*El vocerío crece. La manifestación está ya bajo los balcones de la residencia presidencial.*

(*Se escuchan vivas ahogados a la revolución de los trabajadores, de los campesinos y de los soldados. Más vivas a Forcada. Dos o tres gritos dichos en coro.*)

CORO

(*Afuera.*) ¡Exigimos que se cumpla con la Revolución! ¡Antes más sangre que transacción!

UNA VOZ

¡Viva Forcada!

CORO

(*Con vigor extremado.*) ¡Viva Forcada!

ALMONTE

(*Se retira furioso del balcón.*) ¡Las masitas! ¡El orgullo de Forcada!... Yo sé cómo se acaban las masitas insolentes: ¡con metralla!

CORO

(*En la calle.*) El presidente... ¡Que salga el presidente! ¡Que salga el presidente!

NERI

(*Coge por el brazo a Almonte.*) ¡Sal! ¡Aprovecha! ¡Háblales! (*Casi lo lleva hasta el balcón, donde los demás les abren paso y las puertas. El vocerío se hace ensordecedor sin la amortiguación de los cristales. Al ser visto por la multitud, el general es aplaudido por escasas manos con mucha tibieza.*)

ALMONTE

(*Imponiendo silencio con un ademán y hablando en tono de discurso, mientras Neri se coloca detrás de él casi apuntándole lo que ha de decir.*) ¡Soldados de la República, obreros, estudiantes! El presidente provisional saluda en ustedes a la fuerza viva del país, al brillante futuro de la implantación del socialismo en Patria. (*Aplausos afuera.*) Y recibe a Máximo Forcada como a la encarnación de nuestros grandes ideales... (*Entra otra vez, entre aplausos.*)

(*Aparece por la derecha MAXIMO FORCADA, esbelto, altivo, con humilde traje y gorra de trabajador en la mano. Lo acompañan el teniente ARTURO GOMEZ y JAIME MATEOS.*)

NERI

¡Hombre, Máximo! En vez de enfrentarte aquí con nosotros a los graves problemas del Gobierno, te dedicas a conferencias y palabrería por ahí... Hace falta también labor callada y firme.

FORCADA

Creo que nuestro problema, por ahora, es uno solo, Porfirio... Y que se resuelve con lealtad a la Revolución simplemente... (*Frunciendo el entrecejo.*) Está bien que me hayas llamado y que hablemos ahora de una vez.

(*Neri se vuelve a Ortega, Gómez y las demás personas, mientras Almonte, nerviosísimo, se*

sienta y vuelve a ponerse de pie, golpeándose siempre las botas con el fuete.)

NERI

Señores... Necesitamos hablar con el señor Forcada privadamente.

(*Salen todos, excepto Mateos. Neri detiene a Ortega, que es el último en salir.*)

NERI

Que nadie nos moleste, Ortega, tardemos lo que tardemos.

(*Han salido todos. Neri se contiene, esperando que la puerta quede bien cerrada. Forcada y Mateos van al balcón, por donde sigue escuchándose el rumor de la multitud, y se recargan frente al público y de espaldas a la calle. Neri saca un cigarro y lo enciende, paseándose. Almonte se ha detenido a la derecha, mirándose las uñas de la mano libre y moviendo suavemente el fuete de arriba a abajo con la otra.*)

ALMONTE

(*Rompiendo el silencio al fin.*) Naturalmente, Forcada, que todos estamos unidos por el mismo ideal...

FORCADA

(*Con cólera reprimida, llegando cerca del general.*) ¡Estoy a punto de no creerlo!

NERI

(*Volviendo la cabeza, pues en su paseo da en estos momentos la espalda al grupo.*) ¿Qué dices?

FORCADA

Necesitamos hablar con mucha franqueza, con mucha claridad y de prisa. No se puede ocultar que no pensamos ya del mismo modo... ¿Y por qué no decirlo? Hablar en plata ahorrará malos entendimientos: que nos hemos dividido.

ALMONTE

Sí, naturalmente que nada más por matices... En el fondo, no.

FORCADA

Permítame, general... ¡En el fondo! ¡En el fondo! Ustedes se están echando para atrás, le han cogido miedo a la Revolución... Quieren únicamente consolidar su gobierno personal... Acaban de transar con los capitalistas extranjeros. (*Cada vez sube de tono su frase. Acaba dejándose arrastrar por su vehemencia.*) ¡Son ustedes un par de canallas!

(*Almonte levanta el fuete y se arroja sobre Forcada, pero Neri se interpone. Mateos viene al frente preocupado y dispuesto a intervenir cerca de Forcada. Almonte hace un gesto en que se reprime trabajosamente, casi bufando.*)

NERI

(*Emocionado.*) Máximo Forcada, no tienes ningún derecho a tratarme de ese modo... Ocultas tus errores con la violencia... Yo, más que nadie, que tú mismo, trabajo por la Revolución... Precisamente por ello evito los pasos en falso... ¡Quiero obligarte a que nos ayudes!

FORCADA

(*Está muy violento, casi no puede hablar. Tiene un ademán de cólera.*) ¡Franqueza, Neri!

MATEOS

Camarada, por favor... Reprímase, Forcada... La Revolución exige de usted serenidad.

FORCADA

Por ese amor a nuestra vieja causa, Neri, colaboras a retornar a los tiempos en que todo el Gobierno sólo servía para los intereses imperialistas... Quiero escucharte antes de juzgar definitivamente, pero también quiero advertirte que tengo una grave acusación que lanzarte... Sé que hoy estuvo aquí, como todos estos días, el miserable de Kings-Frauzen, tratando con ustedes toda la tarde... Y sé que ese hombre no visita en balde... ¡Apenas lo he podido creer de ti, Neri! Hay demasiada sangre detrás de tu poder... y del de Almonte.

(*Almonte está furioso. Se contiene nuevamente y se pasea a grandes zancadas.*)

NERI

(*Procurando guardar su sangre fría.*) Te equivocas. Estamos tomando en cuenta un factor poderoso que existe... ¡Es estúpido no darse cuenta de él! Te hemos invitado a que cumplas con tu deber tomando parte en las decisiones del Gobierno... ¡Es muy fácil culpar a los otros cuando se renuncia a la responsabilidad propia y se lanza uno al cómodo camino de la censura! La acusación es contra ti, por abandono de tus deberes.

ALMONTE

(*Tercia.*) ¡Naturalmente! No es usted político, Forcada... No sé ni qué demonios pensar de usted. Nos ha dejado solos, se ha ido a insultarnos...

FORCADA

¡La Revolución les llevó al poder para que luchen contra lo que están aceptando! Usted, general, muy pronto ha olvidado a quién le debe ser presidente.

ALMONTE

(*Estallando.*) ¿A quién? ¡A mí mismo! ¡A mis armas, a mis hombres, a mis ametralladoras, a mis cañones que permanecieron mudos! ¿Se cree usted que a su huelga ridícula, que estuvo en mis manos destrozar? ¡Mire cómo no lo he olvidado!

FORCADA

¡A los soldados, a los obreros, a las masas a quienes tuvo usted miedo! ¡A las multitudes, que dieron su sangre muchos días para justificar el movimiento! (*A Neri.*) ¡Ahí tienes con quién te has aliado!

NERI

No te he llamado a una riña vulgar, Máximo... Modérate. Vienes a proponer...

ALMONTE

(*Con desprecio.*) ¡Eres necio, Neri!

NERI

(*Calla al general con enérgico ademán.*) ¡Propón, Forcada!

MATEOS

(*Que ha estado angustiado.*) Eso es. Proponga, For-

cada. No es posible esta división... Que todo se aclare de una vez.

FORCADA

(*Ve a Mateos con amistoso reproche.*) Neri y Almonte, soy enteramente sincero al decirles que no creo en la lealtad de ustedes al movimiento. Todos sus actos les acusan. La declaración que acaba usted de hacer le vende, general... Pero si estoy equivocado, si debo pedirles perdón, tengan carácter firme para llegar al final... El país y las organizaciones exigen la creación de un Consejo Militar Revolucionario, la licenciación de todos los oficiales que sirvieron a la dictadura de Chacón, la socialización de las industrias extranjeras, el fraccionamiento de los latifundios...

NERI

Todo eso es el programa que tenemos... Todo vendrá lentamente.

FORCADA

(*Sonríe rabioso.*) Con tanta lentitud que no llegará nunca.

ALMONTE

(*Sin reprimirse más.*) ¡O es usted un loco o un traidor, Forcada! ¡Lo que usted quiere es el poder, nada más que eso! ¡Le conozco, redentor!

NERI

(*Se interpone entre los dos.*) ¡De veras estás loco, Máximo!

FORCADA

(*A Neri.*) ¡Qué bien pronto has cambiado, Porfirio! ¿No era mi lenguaje de hoy el tuyo de ayer? ¿Te pido algo con lo que tú no estuvieras conforme antes de llegar aquí?

NERI

Aquí hay que enfrentarse valientemente con la realidad. Ya no es posible soñar.

FORCADA

La realidad de conservar el fructífero poder, ¿verdad? (*Vuelve a su vehemencia.*) ¡Pero les aviso que así como

Chacón nos ametrallaba ayer, van a tener que ametrallarnos otra vez! ¡Al fin y al cabo, Almonte tiene práctica en eso de hacer blanco en las masas! ¡Sabe su oficio!

ALMONTE

(*Enardecido.*) ¡Ya lo creo! Si usted toma esa actitud que descubre sus propósitos sucios, inmediatamente disolveremos la Confederación Sindicalista y todas las organizaciones obreras... Y las reorganizará Neri con patriotas, no con locos ambiciosos como usted.

NERI

Veo que es inútil, Forcada. (*Desesperado.*) ¡La ambición te ciega! ¡Y ya estoy dispuesto a todo! ¡Tienes que someterte a nuestra política!

MATEOS

(*A Forcada.*) Máximo, evite esta cosa lamentable...

FORCADA

¡No sea estúpido, Mateos! ¿No comprende?

MATEOS

Ya sabe que adonde vaya, voy con usted. Pero...

ALMONTE

(*Amenazando.*) ¡Respóndanos en seguida! Se somete o...

FORCADA

(*Arrastrado por la pasión.*) ¡Cómo no! ¡Ahora mismo les respondo! (*Va rápidamente al balcón y se asoma, mientras en la calle es saludado con aplausos y vivas.*) Compañeros... El Gobierno provisional no escucha nuestras peticiones: ha transado con la burguesía extranjera... ¡Hagamos inmediatamente una manifestación por toda la ciudad exigiendo respeto a la Revolución!

(*Se vuelve. Almonte está pálido y tembloroso junto a él, a punto de dispararle su pistola. Neri contiene al general y murmura algo casi a su oído, haciendo que se reprima, pero muy a duras penas. El general se lanza al balcón, pero es recibido con estruendosa rechifla y mueras.*)

ALMONTE

Compañeros... El Gobierno provisional sólo espera el momento oportuno para... (*Mueras estruendosos, silbidos y algunas piedras le obligan a entrar. Mateos cierra la ventana.*)

ALMONTE

(*Echando espuma por la boca, a Forcada.*) ¡Imbécil! ¡Allí está su obra!

NERI

(*Dolorosamente sorprendido.*) ¡Impulso ciego, sin oriente! ¡Tu partidismo es un potro sin doma! ¡Ya lo conseguiste!

FORCADA

(*Se acerca a Neri y trata de tomarle el brazo.*) ¡Qué pronto te tragó el poder, Porfirio! (*El otro rehuye con cólera su mano y le vuelve la espalda.*) ¡Vámonos, Mateos, a que nos maten en la calle, con nuestra gente! (*Al general y a Neri.*) ¡Pero a ver cómo contienen a la verdadera Revolución! (*Sale rápidamente, seguido de Mateos, que va en el colmo del desconcierto.*)

ALMONTE

¡Que lo cojan! ¡Que no se nos vaya! (*Se precipita a la puerta, pero Neri le contiene otra vez.*)

NERI

¡Espera! ¡Espera! Estamos obrando como niños... Nosotros mismos no estamos seguros aún...

ALMONTE

¿Todavía estupideces, Neri? ¡No lo tolero más! Desde ahora soy yo el que dicta qué clase de política se va a seguir aquí. Nada más quiero saber si me sigues o sales del Gobierno... ¡Estoy dispuesto a todo! ¡Al fin y al cabo, es con el Ejército con el que se hacen las cosas, y todos ustedes pueden irse al diablo de una vez!...

NERI

¡Calma! ¡Calma! ¡A su tiempo será todo!

ALMONTE

¿A su tiempo? ¡Ahora mismo!

NERI

(*Se acerca y le detiene la mano, que ya está en el teléfono.*) Todo lo que estás pensando en este momento debe hacerse... Pero hay una forma mejor.

(*El vocerío crece afuera. Oscuro inesperado. Todo el foro se llena de los gritos de la multitud: vivas a la Revolución y a Forcada, mueras al Gobierno provisional.*)

TELON

TERCER TIEMPO

(DOS ESCENARIOS)

PRIMER ESCENARIO

Comedor-alcoba en la modesta casa de Máximo Forcada. Cortinas grises sirven para dar idea de las desnudas y ciegas paredes. Muebles muy pobres: cama a la izquierda y al fondo, colocada paralelamente al proscenio; mesa grande en el centro, con lámpara de pie provista de pantalla verde. Alrededor de la mesa están sentados Forcada, su esposa y Mateos, escuchando el pequeño receptor de radio que tienen sobre el mueble. Es de noche; la débil claridad verde de la lámpara ilumina los rostros y apenas deja adivinar, en el fondo, una gran bandera azul clavada en la pared y llena de desgarrones.

(*Durante el oscuro que precede al cuadro se escucha nuevamente la voz en el radio.*)

VOZ EN EL RADIO

La Policía se ha visto precisada a usar de la violencia para disolver las manifestaciones continuas que tratan de acercarse al teatro Bravo, donde se están efectuando las deliberaciones del Congreso Constituyente. Se sabe de cierto que en el fondo de esta agitación no hay otra cosa que la intervención de los políticos reaccionarios, que, encabezados por el agitador profesional Máximo Forcada, pretenden colocar al patriótico Gobierno provisional en difíciles circunstancias. Los oposicionistas se sirven

de una falsa actitud extremista para obstaculizar los trabajos del Congreso e impedir que lleve a fin su meritoria labor.

(*Tres toques de campana.*)

SIGUE LA VOZ EN EL RADIO

La antipatriótica campaña oposicionista ha culminado esta tarde, cuando los forcadistas dieron su golpe de audacia en el Partido Socialista, apoderándose de su mesa directiva para desconocer como jefe de la institución dicha al señor Porfirio Neri, su ameritado fundador, acusándolo de traicionar los propósitos de sus compañeros. El señor Neri ha sabido corresponder a esta actitud con toda entereza. En una dramática sesión del Congreso Constituyente, casi con lágrimas en los ojos y ante la fría y desafiante mirada de la minoría socialista, renunció al apoyo del partido citado y prefirió quedarse solo en un Gabinete de liberales y conservadores, los antagonistas de su clase y de sus principios, antes que faltar a sus sagrados compromisos con la nación. Así lo ordenaba su conciencia de patriota, y él sabe que la conciencia en todas las circunstancias de la vida es lo primero, y que el país está antes que los partidos...

(*Durante las últimas palabras se ha ido haciendo luz en el escenario.*)

FORCADA

(*Callando el aparato.*) ¡Es suficiente! ¡Qué asco! ¡Qué hábilmente manejan la palabra patriotismo! ¡Cómo se las componen para que les sirva de alcahueta en todas sus canalladas!

MATEOS

Y todo mientras volvían a balacear y dar de palos a la gente en las calles, igual que en los tiempos de Chacón.

FORCADA

Lo que más me duele es lo de Porfirio... (*Se coge la cabeza entre las manos.*) Toda una vida dedicada a la lucha sorda y honesta, encarcelado, insultado, golpeado como los de hoy lo fueron... ¡Y, ya en el poder, la claudicación al lado de un general, frente al oro extranjero!

¡Es terrible! Se nos ha muerto un gran amigo... Nunca lo sentí tan claramente como esta tarde, cuando me nombraron nuevo jefe del Partido Socialista.

LUISA

(*Más por consolarlo que por defender al hermano.*) No lo tomes así, Máximo, sé más justo... Porfirio es un enemigo político ya, pero sigue siendo un hombre de buena fe. Tiene otras ideas sobre la táctica, cree sinceramente que debe comenzarse así.

FORCADA

¡Comenzarse así! ¿Volviendo a ametrallar a las masas en la calle? ¿Balaceando a los campesinos para apoyar a los latifundistas extranjeros? ¿Creando un Congreso Constituyente con unas elecciones sucias, como las de Chacón, con puros incondicionales de Almonte? Te queda cariño para el hermano, Luisa... (*Con emoción violenta.*) Pero nos ha dejado solos, lo hemos perdido para siempre... Era un hipócrita rumbo a su propio medro.

MATEOS

(*Tristemente.*) Es necesario arrancarlo de nuestro recuerdo... Yo dudaba, dudé hasta que vi otra vez la sangre anónima corriendo por las banquetas en silencio...

LUISA

Realmente es terrible a dónde lo ha llevado su penosa situación. Yo lo justifico menos que ninguno... ¿No te ayudo a combatirlo como a un extraño? ¿No he sido capaz de arrancarme los lazos de la sangre como trapos sucios?... Pero sé lo que sufre...

FORCADA

Ni una palabra más de Neri, Luisa, te lo ruego... No quiero acordarme más del viejo amigo. Pensemos en el justificador del tirano nuevo y apresté monos a combatirlo como al otro... Y a defendernos de él, porque en estos momentos estará acordando las más duras medidas para aplastarnos...

LUISA

Nos ama...

FORCADA

Le hemos ofendido rudamente. Jamás nos perdonará lo que hemos hecho en "su" partido... (*Escupiendo.*) ¡Ni falta que nos hace!... ¡Ah, amaba a su partido sobre todas las cosas! ¡Qué hombre más contradictorio!... (*Vuelve a escupir.*) ¡Ahora tenemos que empezar de nuevo!... Pero, ¡qué demonios!, somos dos poderes, veremos quién vence a quién...

MATEOS

Yo quería hablarle de eso, Máximo...

FORCADA

¿De qué?

MATEOS

La división ya es irreparable... Ahora... Ahora...

LUISA

¿Ahora qué, Mateos?

MATEOS

(*Con trabajo.*) Ahora debe cuidarse mucho, Máximo... No puedo de angustia al verlo tan confiado.

FORCADA

(*Sonriendo con sorna.*) ¡Cuidarme!

LUISA

(*Angustiada de pronto.*) No olvides que no es Porfirio ni el último ni el más encarnizado de tus enemigos...

FORCADA

(*Disgustado.*) Cuidarme... Cuidarme, ¿cómo?

MATEOS

Después de lo que ha pasado esta tarde, debería usted esconderse...

FORCADA

(*Indignado, se levanta dando un puñetazo en la mesa, que hace rodar una botella.*) ¡Pues no faltaba más! ¡Frente a Neri, el escondite! ¡El escondite cuando están matando a mi gente, cuando ametrallan a nuestras desgraciadas multitudes! ¡No sabe usted lo que dice, Mateos!

(*Aparece la VIEJECITA por la izquierda.*)

VIEJA

(*Desde la puerta.*) ¿Qué te pasa, Máximo? ¿Por qué gritas así? ¡Me has despertado!

FORCADA

(*Dulcificando la voz.*) No es nada, viejita... Discusiones de política. Ya sabes cómo se grita cuando se discute de política...

VIEJA

Nunca estás satisfecho, parece que persigues a la muerte.

(*Se oyen golpes en la puerta. Los golpes vienen de lejos, un lejos más de la noche que de la distancia.*)

LUISA

(*Inquieta.*) ¿Fué aquí?

MATEOS

Sí, aquí.

FORCADA

Voy a ver por la ventana... (*Sale.*)

VIEJA

¿Pasa algo? ¿Por qué se asustan?

FORCADA

(*Que vuelve.*) Es Porfirio Neri... ¡No sé qué pensar!

LUISA

¿Viene sólo?

FORCADA

No sé... Hay un automóvil en la puerta.

VIEJA

¿Qué pasa? ¿Por qué les da miedo que venga su hermano?

FORCADA

¿Miedo? ¡Viejita, por Dios!

VIEJA

Pues ábranle... ¡Con el frío que hace!

(*Vuelven a llamar. La Viejecita, viendo que nadie se mueve, se adelanta a abrir, desapareciendo por la derecha. Máximo Forcada se sienta nervioso. Mateos hace lo mismo frente a él,*

y a través de la mesa extiende el brazo para poner la mano sobre el de Máximo en un ademán animador y amistoso. Luisa permanece de pie, detrás de la mesa, en el radio de sombra que deja la lámpara, y donde la luz apenas le alcanza la cara. Vuelve la Viejecita, seguida de PORFIRIO NERI. Este viene envuelto en pesado gabán. Una bufanda le oculta casi la boca. Las manos, enguantadas, permanecen en los bolsillos del abrigo. El recién llegado se queda en la puerta, con el sombrero puesto.)

VIEJA

Pasa, hijo, pasa... ¡Qué horas tienes de venir!... Pero ya sabes que siempre nos da gusto recibirte...

(*Porfirio se adelanta a saludar a su hermana, que le tiende la mano sin decir palabra.*)

NERI

(*Señalando con el rostro a Máximo y dirigiéndose a su hermana.*) ¿Le hablaste?

LUISA

Por cumplir... Inútilmente, como te imaginarás.

VIEJA

(*Al ver el rostro inquieto de Mateos, que se come las uñas frente a Máximo; la rabia contenida de éste y la angustia que revela la voz de Luisa.*) ¿Qué les pasa, muchachos? ¿Qué tienen? ¿Hay algo grave?

FORCADA

Mira, viejita, déjanos solos... Es una tontería, tenemos pendiente una discusión... Una discusión de esas que te disgustan... De política...

VIEJA

(*Moviendo la cabeza.*) ¡Alabado sea el Señor! (*Se aprieta las sienes.*) Persiguen a la muerte...

LUISA

(*Impaciente.*) ¡Déjenos, mamá! (*Suavizándose.*) Déjenos, por favor, para que no nos desvelemos demasiado...

VIEJA

¡Ya lo creo que les dejo! Me asustan estas discusiones

de locos... Nada más les ruego que no griten, la pobre muchacha está dormida. (*Mutis izquierda, sin dejar de observar mudamente al grupo.*)

NERI

(*A Forcada.*) ¿Por qué te niegas a entenderme, Máximo? ¡Todo lo has echado a perder!

FORCADA

Te entiendo demasiado. Si no fuera por la fuerza política que aún represento, no te preocuparías de venir aquí... Ni me hablarías siquiera.

NERI

(*Se acerca a la mesa, se descubre la cabeza y apoya una mano sobre el mueble para echar la cara sobre Máximo.*) Mírame, Máximo. Vengo desesperado, con el orgullo vencido... Me trae mi angustia a tratar de salvarte.

FORCADA

(*Levanta la cabeza.*) ¿Salvarme?

MATEOS

(*Se pone en pie más nervioso.*) Está en peligro, ¿verdad?

LUISA

(*Enérgica.*) ¿Qué quieres decir, Porfirio?

NERI

(*Dudando.*) Quiero salvarte... como amigo... Salvar nuestra amistad.

FORCADA

(*Volviendo a bajar la cabeza.*) Pudiste haberlo hecho hace unos días todavía... Hoy, después de lo del Congreso y de que ordenaste con tus propios labios la matanza de gente..., ¡apenas te aguanto ante mí, Porfirio, por Luisa y por la vieja!

NERI

(*Reaccionando.*) Está bien. Yo lo hacía por ti. Pero ya que te pones así..., ¡allá tú!

FORCADA

(*Levantándose.*) ¡Háblame claro! ¡Siquiera ten valor para eso!

NERI

(*Sin saber qué decir.*) Quería defenderte... Tu posición política...

FORCADA

¡Estúpido!

NERI

Ciertamente... Me merezco tus insultos por venir a buscarlos. (*Se encamina hacia la puerta. Ya para salir, se vuelve, retorna unos pasos con el dolor desnudo.*) Máximo, por favor, escucha a tu amigo... Firma el manifiesto del Gobierno, respaldándolo, y todo se habrá arreglado.

FORCADA

¡Basta, Neri! ¡No me obligues a echarte de mi casa!

(*Neri siente profundamente el insulto, pero se vuelve a Luisa dispuesto a pedirle ayuda. Su hermana se ha sentado ante la mesa y permanece impasible, con la vista fija en la lámpara. Neri comprende y se vuelve a Mateos, sacando un papel del bolsillo interior.*)

NERI

(*Arroja el pliego en la mesa. A Mateos.*) Procura que lo firme, tú que lo amas, Mateos... Quiero que se salve. Ya no lucho por su amistad... Haz que lo firme antes de las dos! (*Sale violentamente. Se oye el portón azotado con violencia, luego un coche que inicia la marcha y se aleja, mientras todos permanecen mudos.*)

FORCADA

(*Sin dar tiempo a que Mateos lo evite, toma el papel de la mesa y lo rompe con rabia. Después se limpia la cara con su pañuelo y coge afectuosamente un brazo de su amigo.*) Ya es la una. Jaime... ¿No cree que hay que descansar? Mañana comienza una lucha terrible...

LUISA

¿Crees que no ha comenzado aún?

FORCADA

Bueno, bueno... Pero, de todos modos, hay que dormir.

MATEOS

Mire, Máximo... Tengo una inquietud indomable por usted... ¿Por qué no nos vamos?

FORCADA

(*Riendo.*) ¿Ahorita?

MATEOS

Ahorita, sí... A mi casa, a la de otro amigo cualquiera... ¡No se quede aquí!

LUISA

Eso sí podrías hacerlo, Máximo... No es esconderse. Es simplemente pasar la noche en otro lado... Mañana, ya se verá...

FORCADA

(*Sonriendo.*) ¿Les ha puesto nerviosos Porfirio Neri? Vaya, vaya... Hay que olvidar eso y descansar. No sean niños... Hay que olvidarlo para trabajar. (*Se ensombrece. Su emoción es profunda.*)

LUISA

(*Se acerca a su marido.*) Nunca te he aconsejado una cobardía. He estado contigo en el peligro... Pero ahora te pido que te vayas con Mateos.

MATEOS

Sí, Máximo, venga conmigo... No está de más...

FORCADA

¡Vaya, Luisa!... Nunca te vi hasta ahora ceder a un miedo sentimental, y yo, en cambio, jamás estuve tan entero como hoy ni con mayor claridad para escoger lo que debo hacer... No hay ningún motivo para que me vaya, yo sé lo que les digo... Pase lo que pase, debo quedarme... y aprovechar las pocas horas que me quedan para descansar... Al amanecer estarán aquí los jefes de la Confederación y del Patido. ¡Bonito ejemplo sería que se encontraran con que me he escondido!

(*Luisa va a agregar algo, pero la interrumpe el timbre del teléfono cercano. Mateos se apresura.*)

MATEOS

Lo atenderé yo... (*Sale izquierda.*)

(Luisa y Forcada permanecen esperando en silencio. Después de breves instantes vuelve Mateos.)

MATEOS

Era otra vez Porfirio... Quería saber si firmó usted el manifiesto. Cuando le dije que lo rompió, contestó que procuraría mandar otro temprano... Eso fué todo.

FORCADA

¡Qué terco! (*Se pasa la mano por la frente.*) Me duele la cabeza. Necesitamos descansar, Mateos.

MATEOS

Permítame a lo menos que me quede aquí.

LUISA

Muchas gracias, Mateos.

FORCADA

(*Encogiéndose de hombros.*) ¡Bueno! Si se empeña en pasar una mala noche, quédese...

MATEOS

No se preocupe por mí. Me quedaré en el diván del pasillo..., como en las noches de huelga, cuando la estúpida Policía de Chacón no buscaba a Forcada más que fuera de su casa... (*Trata de reír.*)

FORCADA

(*Haciendo que bromea.*) Si les digo que no hay nada más seguro que la casa de uno...

LUISA

Tome una manta, Mateos... (*Le da una de la cama.*)

MATEOS

Hasta en seguida, Máximo... Si me necesita ya sabe que tengo el sueño ligero... Hasta en seguida, Luisa... (*Sale derecha.*)

(Luisa se pasea mientras Máximo se sienta en la cama y se quita los zapatos.)

LUISA

Algo es por lo que estoy tan inquieta, Máximo. No me recobraré hasta que llegue el día.

FORCADA

¡Bah, bah! No estamos en el mayor peligro que haya-

mos pasado juntos, querida Luisa... Acuéstate... Vente a mi lado...

(Luisa se acerca a su marido y le besa en la frente, conmovida, luego se desprende de los brazos del esposo y comienza a desnudarse lentamente, en silencio. Los dos terminan de desvertirse y se acuestan. Máximo apaga la luz.)

OSCURO

(Después de unos instantes, un reloj de torre da sonoramente las dos.)

VOZ DE LUISA EN EL LECHO

¡Máximo!... ¡Máximo!...

VOZ DE FORCADA

¿Qué te pasa, Luisa?

LUISA

Han dado las dos...

FORCADA

Está bien. Duérmete.

LUISA

Estoy horriblemente angustiada. ¡Abrázame! Así, así.

(Silencio otros momentos. El reloj da las tres. Tras breve pausa, se escuchan fuertes golpes en el portón. Un reflector lateral ilumina oblicuamente el lecho. Luisa está sentada, llena de atención.)

LUISA

¿Oíste?

FORCADA

(Sin incorporarse.) Llaman. Ya irá Jaime Mateos... Sin duda tu hermano insiste...

(Vuelven a llamar. Aparece la Viejecita por la izquierda, con una vela encendida en la mano.)

VIEJA

¿No oyen? Están llamando.

(Luisa se levanta y enciende la lámpara.)

MATEOS

(Entra muy inquieto.) Máximo... Es Arturo Gómez.

FORCADA

(*Incorporándose en el lecho.*) ¡Ah, el señor inspector de Policía!

(*Luisa se cubre la boca con un ademán de angustia y se pone un peinador.*)

VIEJA

¿Qué les pasa? Díganme, por favor... ¡Estas visitas de los amigos tan tarde son muy raras! ¿Qué es? La maldita política los ha vuelto locos a todos. (*Observa la suspensa actitud de los demás.*) Bueno, ábranle... Hoy les dan miedo su hermano, sus amigos... ¡Están dejados de la mano de Dios!

FORCADA

Abra, Mateos, si me hace el favor.

MATEOS

Pero...

FORCADA

¡Abra, hombre! Es Arturo. Algo urgente ha de querer decirme.

(*Vuelven a llamar impacientemente. Mateos sale. Máximo comienza a vestirse. A los pocos momentos entra ARTURO, con uniforme y capa militar, seguido por Mateos.*)

FORCADA

¿Pasa algo, Arturo?

ARTURO

(*Un poco seco, algo emocionado, pretende ocultar su moción con sequedad.*) Te suplico termines de vestirte. Tienes que acompañarme.

LUISA

(*Sobresaltada.*) ¿A dónde?

ARTURO

(*Evadiendo.*) Máximo y yo tenemos mucho que hablar... Es urgente.

LUISA

¿Por qué no aquí?

ARTURO

Le suplico que no pregunte más, Luisa. Se lo explicaré a él afuera... Es necesario que salgamos.

FORCADA

(*Enérgico.*) ¡Está bien! (*Termina de vestirse apresuradamente, mientras todos guardan silencio. Máximo toma su sombrero y besa en la frente a Luisa, después a su madre.*)

VIEJA

(*Incomodada.*) Como si te fueras de viaje... ¡Total, para irte a hablar de tus politiquerías!

FORCADA

(*Sonríe por lo que dice su madre. Se vuelve a Arturo.*) Vamos.

LUISA

(*Les detiene.*) Es la primera vez que me oculta una cosa, Arturo. Le exijo que me diga.

ARTURO

Ya le contará Máximo. Le suplico me perdone...

FORCADA

Deja a Arturo, mujer... Alguna razón tendrá.

MATEOS

(*A Gómez.*) Les voy a acompañar.

ARTURO

(*Casi ordenando.*) ¡No! Le suplico que acompañe a las mujeres.

FORCADA

Le ruego que se quede con Luisa, Mateos.

(*Gómez y Máximo se encaminan a la puerta. Cuando casi salen Luisa detiene a Arturo por el brazo.*)

LUISA

Arturo... Arturo... ¿Tardarán?

ARTURO

(*Sin verla, retirándole el brazo y evadiendo nuevamente una contestación directa.*) Yo creo que no. (*Sale detrás de Forcada.*)

MATEOS

Voy hasta la puerta, Luisa... Quiero ver si vienen otras gentes en el coche... (*Sale apresurado.*)

(*Luisa se queda inquietísima. Se pasea, golpea la mesa. Solloza de pronto.*)

VIEJA

Ustedes me están ocultando alguna cosa tremenda, hijita... ¿Qué te pasa? (*Se le acerca cariñosa, abandonando hasta este momento la vela encendida sobre la mesa.*) ¿Por qué lloras?

LUISA

Tengo miedo... Temo mucho... por Máximo.

VIEJA

¡Qué ocurrencia, hijita! Si va con Arturo, con un amigo de la niñez... ¡Y que es, además, inspector de Policía! ¡Fíjate si irá seguro!

LUISA

Sí, sí... Pero no sé...

(*Entra MATEOS otra vez. Viene muy agitado.*)

LUISA

¿Se fueron ya?

MATEOS

(*Ahogadamente.*) Sí.

LUISA

¿Por qué viene tan agitado, Mateos?

MATEOS

Iban muchos en el automóvil, Luisa, muchos. Eran soldados armados...

LUISA

(*Aterrada.*) ¡Soldados! (*Casi gritando.*) ¡Me lo van a matar!

VIEJA

(*Desconcertada.*) ¡Va con su amigo, con su hermano! Estás nerviosa, hijita. ¿Cómo lo van a matar? (*La abraza procurando calmar la horrible inquietud de su hija y la*

suya propia. Mateos se sienta frente a la mesa y echa la cara sobre el mueble, sollozando.)

OSCURO TOTAL

(Durante el cual se oirán las mil voces de una manifestación que dan vivas a Forcada y a la Revolución. De pronto, las voces son acalladas por el tableteo de las ametralladoras. En los altoparlantes se escuchan voces de mando: "¡Fuego!" "¡Sobre las masas!" "¡A matar!")

TELON

INTERMEDIO

(*Entre el primero y el segundo escenarios de este tiempo se hará circular entre el público —por medio de voceadores profesionales, que entrarán al teatro gritando desde la calle, de modo que se dé la más viva impresión de realidad—una edición extraordinaria de "El Globo", el gran diario de Patria, cuya principal noticia será la siguiente. El resto de la hoja estará lleno con cables del extranjero, de actualidad en la fecha de la representación.*)

NOTICIA PRINCIPAL

"EL JEFE DEL PARTIDO SOCIALISTA, MAXIMO FORCADA, RESULTO MUERTO POR LA POLICIA CUANDO INTENTABA HUIR.—Esta madrugada ingresó en el Hospital General de esta capital el cadáver del conocido líder obrero señor Máximo Forcada, que apenas ayer fuera nombrado nuevo jefe del Partido Socialista, en sustitución del señor Porfirio Neri. La muerte de Forcada es la culminación de una serie de graves sucesos ocurridos la noche pasada, y en los que la Policía se vió precisada a tomar violenta intervención.

La Dirección General de Policía tuvo conocimiento en las primeras horas de la tarde de que elementos adictos a Máximo Forcada preparaban un movimiento sedicioso

para la madrugada. Inmediatamente se tomaron las precauciones del caso, y se procedió a detener al jefe del Partido Socialista. La aprehensión se realizó sin ningún contratiempo, pero el carácter impulsivo de Forcada lo llevó a intentar una descabellada evasión, cuando el automóvil en que era conducido al vecino establecimiento penitenciario de San Marcos había salido de la ciudad.

El líder obrero se arrojó del coche, disparando una pistola que sus custodios no habían advertido. Los guardias se vieron precisados a contestar el fuego, y el señor Forcada resultó muerto en la refriega.

El cadáver del notorio agitador presenta más de veinte heridas por arma de fuego. En nuestra edición ordinaria daremos detalles, advirtiendo únicamente que la anterior versión de la muerte de Máximo Forcada es la oficial."

SEGUNDO ESCENARIO

Gabinete de trabajo del Presidente definitivo de Patria, señor Porfirio Neri. Cortinas rojas forman los muros. Sillones de cuero. Gran librero adosado a la pared. Una gran mesa de ministro, con elegante lámpara, teléfono, etcétera, al fondo.

(*Al levantarse el telón se sorprende una agitada escena: NERI se pasea al frente, más encorvado de lo que puede justificar el paso de unas cuantas semanas; fuma nerviosamente. ALMONTE está sentado en el diván, fumando también; tiene su fuete al alcance de la mano, sobre la mesa de trabajo. Detrás de ésta se encuentra el secretario ORTEGA, ante voluminosos expedientes. Un grupo de tres militares, de pie, a la izquierda.*)

ALMONTE

¡Bueno, Neri! ¡Basta de política tibia y de indecisión!

NERI

¿Les parece a ustedes tibia política la aplicación de la ley fuga? ¿Es tibia la supresión de "El Globo" y el permitir su incendio? ¿Desean más?

ALMONTE

La agitación crece en todo el país. Es necesario tomar medidas enérgicas.

NERI

¿Te convences de lo que vale la violencia?

ALMONTE

¡Ah, Neri, es que si no hemos hecho todo lo que ya hicimos ni tú serías presidente ni yo ministro de la Guerra!... Lo que pasa es que la situación es más complicada que otras veces... Antes era distinto... Cuando tiramos a Leyva, bastaba poner fuera de combate a los jefes, y todo quedaba en paz. ¡Ahora surge este maldito enemigo de las mil cabezas, inagotable! ¡Esas malditas masas que aúllan en las calles y se dejan matar..., sin que se sepa nunca a quién hay que herir en definitiva para calmarlas!

UN OFICIAL DEL GRUPO

Perdone, general, se sabe demasiado. A las organizaciones, a la Confederación Sindicalista, a las Uniones de Campesinos, a todos esos nidos de rebeldes. Disuélvaselas y todo quedará en paz.

ALMONTE

Es mi criterio... Es lo que desea el Ejército, Neri. Disolución de esas organizaciones... Y es lo que te hemos estado pidiendo toda la tarde. El decreto debe salir de aquí para cumplirse sin demora.

NERI

¡Destruir, disolver las únicas organizaciones revolucionarias del país! Te vuelvo a recordar que...

ALMONTE

(*Poniéndose de pie.*) ¡Perfectamente, Neri! Dimite si no puedes encararte con la responsabilidad que te echaste a cuestas. Todo está preparado para tu posible dimisión... El Congreso tiene aviso... Bueno, por lo menos, las gentes interesantes del Congreso... ¡Todo está listo!

NERI

(*Furioso.*) ¡De manera que se conspiraba contra mí!

ALMONTE

¡No, señor! ¡Se estaba preparado contra tu debilidad y tu tibieza!

EL OFICIAL

La disolución de esas organizaciones es indispensable, señor Presidente.

NERI

(*Dando un puñetazo en la mesa.*) ¡Pero con un demonio! ¿Es éste o no es un Gobierno revolucionario?

ALMONTE

¡Claro que lo es! Pero un Gobierno que necesita paz para realizar la Revolución... Ningún sacrificio es corto frente a la necesidad de paz...

EL OFICIAL

La oposición se ha refugiado en esas organizaciones...

ALMONTE

¡Hay que disolverlas!

NERI

Se podía esperar un poco y seguir otros métodos... Madurar un plan progresivo de sustitución de jefes...

ALMONTE

¡Basta! ¡Basta! ¡Toda la tarde así! ¡Es demasiado! Esa es nuestra política, y no transigimos... Acéptala o dimite...

EL OFICIAL

¡Dimita usted, señor Presidente!

(*Neri no contesta. Vuelve a pasearse, azota en el piso su cigarro, enciende otro.*)

NERI

He puesto sangre de mi sangre en esta empresa, sangre de los míos, sangre de hermanos... ¡No dimito!

ALMONTE

Está bien. Cuando te calmes comprenderás que has acertado. Que el decreto salga de aquí, a lo sumo, en una hora... Que al mismo tiempo salga la proclama explicando esta penosa medida del Gobierno. (*Se dirige al grupo.*) ¿Vamos, señores?

EL OFICIAL

Vamos, general.

(*Los militares saludan a su modo. Almonte espera que hayan salido para acercarse a Neri y ponerle una mano en el hombro.*)

ALMONTE

Eres un inapreciable colaborador, Neri... ¡Palabra que

hubiera sentido tu dimisión! (*Neri no contesta. Almonte recoge su fuete y sale.*)

NERI

(*Todavía da unos pasos. De pronto se detiene frente a la mesa y se dirige a Ortega.*) Estaba redactado ya el decreto, ¿verdad?

ORTEGA

Sí, señor Neri. También está lista la proclama.

NERI

Deme el decreto. (*El otro le da unos pliegos. Neri firma las copias, decidido.*) ¡Ya está! (*A Ortega.*) ¡Ah, el Ejército, Ortega! ¡No nos suelta! Somos sus servidores y creímos dominarlo... De veras que estoy ciego... ¡Tan claramente que lo decíamos en tiempo de Forcada! ¿Se acuerda? "¡Pobres patrias americanas!" (*Se sienta abatido.*) ¡Tanto sacrificio inútil! ¡Nada ha servido! (*Se coge la cabeza.*)

ORTEGA

(*Levantándose de su asiento y acercándosele.*) ¡Animo, Porfirio! Nunca le he visto así, ni ante las peores decisiones... ¡Animo! Recuerde sus propias palabras... Un día podrá eliminarse a toda esta gente, y entonces los sacrificios fructificarán. ¡Lo que no debe hacer ni en pensamiento es abandonar su posición!

NERI

(*Violento, levantándose.*) ¡No me han de sacar tan fácilmente! (*Con nuevo abatimiento.*) Pero hay momentos, Ortega, en que estoy orillado a la desesperación... Nada compensa estos últimos meses atroces. Quisiera dormirme por años, mientras esta fiebre de sangre pasa... Pero el hombre es un ser maldito. Tiene que vivir segundo a segundo su vida, íntegramente.

ORTEGA

Lo comprendo, Porfirio. He sufrido con usted... Lo sabe.

NERI

Porque hay veces en que todo se vuelve contra nos-

otros para insultarnos con la inutilidad de los más feroces sacrificios...

ORTEGA

Todo fué necesario... Un día fructificará...

NERI

¡Y esta lucha tremenda contra las multitudes! Yo que siempre las he amado tanto, yo que quisiera darles mi vida, llenarlas de pan y de dicha, yo he tenido que ordenar que les den cargas de caballería, palos y metralla!... A veces me recojo en mi angustia, Ortega, y me parece que Forcada ha sido el único que cumplió con su deber, que tenía razón... Que una actitud recta es la salvación de un hombre, y que un hombre es muy poco para salvar a la multitud.

ORTEGA

Eso sí que no, Porfirio... Su papel es muy grande... Frente a la oleada de barbarie que arroja sobre el mundo la industrialización y el hambre, es usted el representante de la cultura, de la civilización... Todos los sacrificios son pocos... Ya pasará esto, y todo volverá a su cauce... Entonces se le comprenderá...

NERI

¡Cultura! ¡Civilización! ¡No entiendo ya nada de eso, con lo que pretendí justificar mi cambio en la marcha! Cada día me siento más estúpido y más ciego... Mis facultades se han embotado en esta lucha sin oriente... Barbarie combatiéndonos, pero barbarie para defendernos..., para acabar con la gente en las calles... (*Da un golpe en la mesa.*) ¡Y hubo un día en que fuimos de ellos, Ortega! (*Pausa, en que se pasa la mano por la cabeza.*) No tengo ya sinceridad... Me veo en el oscuro camino de sólo preocuparme por salvarme a mí mismo... (*Duda.*)

ORTEGA

(*Le pone la mano en el hombro, le acerca el rostro.*) Eso, Neri. Comprenda claramente. ¡Sálvese! Ya no puede retroceder... ¡Defiéndase!

NERI

(*Se pasea. Se detiene en un ademán de definitivo des-*

cargue de la espalda.) ¡Lo demás se lo puede llevar el diablo! ¡Ahora, yo!

(*Se escucha el sordo rumor de la multitud otra vez. En esta ocasión es una marea lejana que se acerca, pero que no llega a escucharse claramente.*)

NERI

¡Maldita sea! ¡Siempre ese rumor en los oídos! ¿Es que no va a acabarse nunca esta marea de gritos y de sangre?

(*Suena el timbre del teléfono. Lo atiende el secretario.*)

ORTEGA

(*En el teléfono.*) El secretario particular. (*Escucha unos momentos.*) Espere... (*Tapa la bocina con la mano izquierda y se vuelve a Neri.*) La manifestación acompaña a los comisionados que ofreció usted recibir a esta hora...

NERI

(*Con disgusto.*) Lo había olvidado totalmente... Recíbalos, Ortega. Sólo que insistan mucho me los pasa. Vea si puede sacudírmelos de encima... Use evasivas... Usted sabe... Tendremos trabajos públicos para los desocupados... ¡Y ni una palabra de la próxima disolución! Lo único importante es que se vayan.

ORTEGA

No tenga cuidado, señor presidente... (*Sale.*)

NERI

(*Trata de reanudar el trabajo, pero acaba por arrojar fuera de sí un expediente y ponerse a pasear con agitación. Acude al teléfono, que llama.*) ¡Luisa!... ¿Viene Luisa con ellos? (*Con la bocina en la mano, se deja caer en un sillón, sacude la cabeza, se pasa la mano libre por la frente y reanuda la conversación telefónica.*) Haga que entre Luisa en representación de todos... Pero sola; quiero aprovechar para hablarle... Desde hace mucho tiempo quería hacerlo... (*Cuelga.*)

(*Se escuchan voces agitadas en la puerta. De*

pronto se abre con violencia y entra Luisa seguida de un pequeño grupo de gente, en su mayoría obreros; detrás, Ortega y algunos oficiales del Ejército. Neri se pone de pie.)

LUISA

Buenas tardes, señor Presidente. ¡La Comisión exige que la escuche usted!

NERI

(*Se acerca a Luisa con cierta emoción. Con un gesto contiene a los oficiales, que se disponían a expulsar a la gente.*) Muy bien. Siempre estoy dispuesto para escuchar a mis camaradas... Estoy a sus órdenes.

LUISA

Venimos a exigir, Porfirio Neri, la libertad de todos nuestros compañeros detenidos en los últimos días... Queremos velar por que no se les asesine con cargos falsos, como a Máximo Forcada.

ORTEGA

¡Oiga usted!

NERI

(*Retira a su secretario con un ademán. Habla serenamente.*) Le suplico que sea más respetuosa en sus palabras.

LUISA

Sabemos todo lo que se prepara contra nosotros. ¡Y no venimos a suplicar, Porfirio Neri, sino a exigir!

VOCES EN EL GRUPO

¡A exigir! ¡A exigir! ¡Estamos cansados de persecuciones, de traiciones, de asesinatos! ¡Abajo la represión y el terror!

TODOS EN CORO

¡Abajo!

(*Luisa contempla a su hermano orgullosa y con sorna.*)

NERI

(*Enardecido.*) ¡Basta! ¡No quiero oír insolencias! ¡Fuera de aquí!

(*Los comisionados se agitan. Los oficiales del*

Ejército intervienen pistola en mano, golpeando con las cachas a algunos que se resisten. Entran soldados y rodean a los inquietos. Les obligan a salir.)

NERI

(*A Ortega.*) ¡Que los detengan a todos! A Luisa, que la traigan aquí... ¡A los otros, que los metan en los sótanos! (*Sale Ortega. Neri continúa sus paseos a grandes zancadas. A poco entra un oficial con LUISA, que viene soberbia y despreciativa hacia su hermano, pero serena.*)

EL OFICIAL

Aquí está la mujer, señor Presidente.

NERI

Déjela aquí y salga.

EL OFICIAL

Señor Presidente, aunque ya la hemos registrado...

NERI

(*Cortante.*) Salga, señor oficial. (*Mutis del oficial. Neri se pasea frente a su hermana de arriba abajo.*) Siéntate.

(*Luisa se sienta. Su hermano sigue paseándose alrededor de ella.*)

NERI

(*Deteniéndose, se vuelve a Luisa con un ademán despechado. Luego se suaviza.*) Luisa... Luisa... ¿Qué pretendes con esta actitud contra tu hermano?

LUISA

¿Contra mi hermano? ¡Bah! Simplemente contra el capataz de hoy, contra el Marcos Chacón de ahora... Ni eso siquiera, porque aquél era todo un hombre, responsable, no pelele de un general.

NERI

(*En momentos de rendición total.*) Es necesario que esto se acabe, Luisa. Es necesario que entiendas de una vez... Los hombres no conducen su vida. Hay algo desconocido que los liga... ¡Debes saber que soy el que más ha sufrido de todos nosotros!... Torcido en su camino, buscando un sendero recto, ensuciando su propio destino..., ya sin siquiera saber por qué...

LUISA

Asesinando a sus hermanos...

NERI

(*Inclinándose desesperada y rabiosamente sobre ella.*) ¿Crees que no he sufrido mucho más que tú con la muerte de Máximo, mucho más que nadie? (*Se tapa la cara.*) ¡Ah! Lo recuerdo siempre con su traje azul de los días de trabajo y con sus guantes negros, que se ponía para manejar los cables de alta tensión... Lo recuerdo después en la tribuna, más encendido que yo todavía... Luego, en la casa, dándome golpes en los brazos, jugando conmigo y hablando siempre de "nuestra lucha"... Y ahora, ahora, tal como le vi en el anfiteatro, con varios tiros en la cara y los labios morados entreabiertos...

LUISA

¡Asesinado por ti, Porfirio Neri!

NERI

¡No, no, Luisa!... ¡No!... No asesinado por mí, ni por nadie... Arrastrado por ese vértigo... Revuelto en el remolino de esta trágica vida de América... Sacrificado como lo hubiera estado yo, por orden suya, cuarenta y ocho horas más tarde, quizá...

LUISA

¡Qué fácil es defenderse con palabras vagas! Vértigos, remolinos... ¡En vez de poner luz en la boca y llamarle egoísmo, ambición, hipocresía!

NERI

(*Aplastado.*) ¡Lo que quieras, hermana, lo que quieras! Pero es necesario que me perdones, aunque me creas asesino... Quiero que no tengas ese rostro de extraña para mí... (*Se vuelve.*) ¡Ah, la misma mirada con que veías a Chacón! ¡Y soy tu hermano, Luisa!

LUISA

Nuestro parentesco es un mero accidente biológico, Neri. Ahora no eres más que Porfirio Neri, capataz de los amos extranjeros, director de la explotación humana en nuestro país.

NERI

¡El lenguaje de partido!... El partidismo se ha tragado tu alma de mujer... Nunca, nunca me entenderás... Siempre seré para ti un canalla. Jamás verás las vueltas y revueltas de mi conciencia, los propósitos grandes reducidos todos los días, achaparrados por el fracaso diario... Y la obligación de seguir a fuerza un camino que no escogí...

LUISA

(*Poniéndose de pie impaciente.*) ¡Está bien, Neri! Mándame a la cárcel con los otros y déjate de comedia... Pero en el último reducto de tu sucio egoísmo acuérdate siempre de Máximo Forcada, con su traje azul y los guantes negros con que cogía los alambres. ¡Sobre todo, recuérdalo cuando veas la piel de tu mano regenerada y suavizada por la inactividad de tu brazo! (*Va a salir.*)

NERI

¿Te vas así?

LUISA

Como la tarde en que vinimos en comisión, a esta misma sala, a ver a Marcos Chacón... También para seguir por la acera izquierda, camino de la cárcel... Nada más que ya sin Forcada y sin ti a mi lado... ¡No me molestes más, Neri! (*Le vuelve la espalda rudamente.*)

(*Neri reacciona ante el insulto y se vuelve colérico a tocar el timbre. Entra ORTEGA y se corta ante Luisa, sin saber qué decir.*)

NERI

Haga que la saquen con el grupo... Pero que a ella la dejen libre. Encárguese personalmente de esto. Y use discreción.

LUISA

¿Te crees que los voy a dejar ir solos, Neri? ¿Crees que tengo algo más para qué vivir? Iré con ellos, siguiéndoles, apretada en su grupo de sacrificados, reclamando mi lugar. Y no saldré hasta que salgan ellos. (*Gritando para probar su decisión.*) ¡Muera el Gobierno traidor de Neri! ¡Muera Almonte!

NERI

(*A Ortega.*) Está bien. Que se la lleven con todos. Veremos más tarde.

LUISA

¡Y ten cuidado cuando nos sueltes! Porque ya nos enseñaste que los hermanos deben saber asesinar a sus hermanos. (*Sale con Ortega.*)

(*Neri continúa nerviosísimo. Se sienta. Reanuda el trabajo haciendo ademanes que delatan su lucha por desprenderse de la pesada escena con su hermana. Vuelve ORTEGA.*)

ORTEGA

¡Es una mujer terrible!

NERI

(*Disgustado.*) ¡Ya basta con eso!... Ahora hay que trabajar... Por el Gobierno de las masas, como dice Almonte en sus discursos... (*Con sorna y rabia.*) ¡De las masas! De esas masas que sólo sirven para guardar en el vientre el plomo de los fusiles de la "masa" uniformada...

ORTEGA

Han sido unas jornadas terribles, señor presidente... Pero el Gobierno se ha consolidado...

NERI

(*Hojeando papeles.*) Sí, Ortega, hasta que nos tumbe otro general.

OSCURO

(*Detrás de Neri un reflector ilumina la figura de Forcada, como lo conocimos en el primer tiempo, colocando las manos sobre los hombros de su antiguo amigo.*)

TELON

EPILOGO

Salón de sesiones del Congreso de Patria. Estrado al fondo para la Directiva, detrás del cual hay unas cortinas rojas dispuestas a abrirse por la mitad y dejar libre una pantalla cinematográfica, en el momento oportuno, que servirá para que se realicen las proyecciones que la acotación indique. A la izquierda, coincidiendo en su colocación con la del primer tiempo, tribuna con micrófono de radio.

(*Durante el OSCURO que media entre el tercer tiempo y este epílogo se escucha nuevamente la VOZ EN EL RADIO.*)

VOZ EN EL RADIO

El Presidente de la República, señor Porfirio Neri, acompañado del ministro de la Guerra, general Felipe Almonte, y de todo su Gabinete, rendirá esta tarde al Congreso el informe anual que previene la Constitución. Puntos salientes de la pieza oficial son los que se refieren al problema obrero y campesino del país. El señor Neri explicará la necesidad en que se ha visto el Gobierno de seguir una política moderada, tolerando por un tiempo aún la existencia de algunos latifundios e impidiendo por cierto período la reorganización de las fuerzas sindicales. Acto continuo el presidente dirigirá a toda la nación su mensaje de optimismo frente a la actual crisis económica.

(*Tres toques de campana.*)

La organización de los hombres a quienes los últimos

reajustes de la Standard Works de Patria, Sociedad Anónima, han dejado sin trabajo en los pasados meses, anuncia para hoy su esperada manifestación "del hambre y de la muerte", que se realizará al mismo tiempo que el presidente dirija su mensaje de optimismo a la nación. La Policía ha recibido órdenes de no dejar que se acerquen los manifestantes a la plaza del Congreso.

(*Se enciende la luz. El estrado está ocupado por la Directiva del Congreso, cuyos miembros visten de etiqueta. Distribuídos en el público, los diputados.*)

(*Se escucha en el pórtico una marcha de honor. Todos los diputados se ponen de pie. Un UJIER aparece en la puerta del patio de lunetas.*)

UJIER

El señor Presidente de la República y su Gabinete.

(*Entre aplausos de los diputados atraviesa el pasillo central el señor PORFIRIO NERI, acompañado del general ALMONTE, de ORTEGA y de los miembros de su Gabinete. Suben los nombrados al escenario, donde ocupan los lugares de honor. Cesan los aplausos y la marcha que se tocaba afuera.*)

PRESIDENTE DEL CONGRESO

El señor Presidente de la República se dirigirá al Congreso para rendir su informe anual.

(*Neri se dirige a la tribuna. Cuando va a iniciar su discurso, previa colocación ante sí de unos papeles, un HOMBRE grita en la galería.*)

HOMBRE

¡Muera el asesino de Máximo Forcada!

CORO EN GALERÍA

¡Muera! ¡Muera!

(*Zozobra en todos los diputados, que se ponen de pie, increpando a los de la galería.*)

UNO

¡Que los saquen!

OTRO

¡Fuera con ellos! ¡Muera la reacción!

CORO EN LUNETAS

¡Fuera! ¡Fuera!

(*En la galería ha intervenido, sin duda, la fuerza, porque desaparece el escándalo.*)

UN DIPUTADO

(*De pie.*) ¡Viva Neri! ¡Viva Almonte! Demostremos que la nación está con Neri y Almonte dándoles un viva y una ovación... ¡Vivan Neri y Almonte!

CORO EN LUNETAS

¡Vivan Neri y Almonte! (*En seguida prodiga una larga ovación.*)

(*Neri calma los aplausos levantando los brazos, como lo hicieron él y Forcada la noche de la huelga general en la casa de los Sindicatos. De improviso se hace un oscuro, durante el cual Máximo Forcada surge detrás de Neri, también con los brazos en alto, exigiendo silencio "con su ademán habituado a dominar en los mítines". La calma se restablece y vuelve la luz. Forcada ha desaparecido.*)

NERI

Ante todo, quiero agradecer a los señores diputados su absoluta identificación con el Gobierno. En seguida debo advertir que he deseado leer por mí mismo la parte política de mi mensaje, porque la considero de una excepcional importancia en los trascendentales momentos por los que atraviesan las instituciones y el país...

OSCURO

VOZ EN EL RADIO

El señor Presidente acaba de terminar en el Congreso la lectura de su importantísimo informe político, e inicia en estos momentos su discurso de optimismo. Nuestra estación transmisora interrumpe su servicio para dejar

el aire a las ondas de la oficial, que transmitirá la pieza oratoria del señor Neri.

LUZ

NERI

(*Continuando el hilo de un discurso empezado.*) Así, pues, señores diputados, ciudadanos de todo el país, el Gobierno a mi cargo ha comprendido que sólo una leal unión entre el capital y el trabajo y una sabia aplicación de las leyes socialistas al servicio del trabajo, pero no contra el capital, será la salvación de Patria y del mundo entero. Una política social sabia, junto a métodos de la más pura democracia, tal como se están llevando adelante en nuestra nación. (*Aplausos.*)

(*Conforme se desarrolla el discurso un clamoreo de gritos humanos se irá acercando por todos lados, por detrás de la escena, por el vestíbulo y los pasillos laterales del teatro. Almonte se levantará nervioso y acudirá al extremo derecho del foro para entrevistarse con GOMEZ, que por ese lado habrá aparecido. El discurso del Presidente se interrumpirá mientras un reflector ilumina nada más a Gómez y a Almonte, en tanto que las sombras invadirán el resto de la escena.*)

ALMONTE

La manifestación del hambre, ¿no?

GOMEZ

Y de la muerte, sí, general.

ALMONTE

¡Mano de hierro, Gómez! ¡Que acabe esa fea farsa de las calaveras de una vez! ¡Dispare si es preciso!

GOMEZ

Está bien, general. (*Mutis derecha.*)

(*Vuelve luz total. Sigue el discurso de Neri.*)

NERI

(*Al mismo tiempo que la luz va entrando en resistencia, hasta terminar por dejar todo en sombras una vez más, las cortinas se descorren y sobre la pantalla desfilan*

los manifestantes "del hambre y de la muerte", que al principio son sombras borrosas y que, al definirse, descubren ser obreros, cada uno de los cuales lleva en la diestra un cráneo descarnado. Pasan estandartes que dicen: "Hambre, tenemos hambre, mientras se procuran ganancias al burgués extranjero", "Se nos asesina mientras se habla de democracia en el Congreso", "Neri es un nuevo Chacón".) Los principios socialistas y democráticos en que se inspira nuestro Gobierno garantizan al país un régimen de instituciones y al trabajador un apoyo decidido contra los abusos del capitalista. Pero también es necesario apoyar al capitalista contra los abusos de los agitadores. Patria necesita una industria fuerte, y es por eso por lo que el Gobierno solicita el apoyo del capital extranjero. Es necesario que todos nos sacrifiquemos para lograr tan bello propósito. Que los obreros tengan paciencia y los campesinos ánimo y se dispongan a servir a nuestros colaboradores, las grandes Compañías extranjeras que han confiado en nosotros para establecerse en el país. Es un sacrificio transitorio en el camino de la prosperidad. Que el optimismo sea con todos.

(El tableteo de una ametralladora, escuchado por los altoparlantes, y los gritos de gente enardecida acallan la voz del Presidente. Después de unos minutos el tableteo disminuye y deja escuchar otra vez a Neri en la escena, mientras por la pantalla siguen desfilando los manifestantes.)

NERI

Nuestro Gobierno es el del pueblo. Llevados por éste a la autoridad en memorable revolución, nuestro deber es aceptar las decisiones de la masa expresadas por medio del voto, como corresponde a un régimen democrático que, a fuerza de tanta sangre, se ha abierto, por fin, paso en nuestra azarosa historia...

(Nuevamente el tableteo de las ametralladoras en los altoparlantes acalla al Presidente. Por

ellos mismos se escuchan vigorosas órdenes: "¡Fuego! ¡A disolverlos a toda costa! ¡Fuego!".)

(A la sazón se contempla una calle vacía en la pantalla. Por el fondo se acerca una masa de manifestantes. En primer término, soldados emplazan una ametralladora.)

(Después vuelve a verse el desfile de los hombres con las calaveras en las manos. De pronto los manifestantes levantan la diestra. Un primer término cinematográfico con las manos que sostienen las calaveras levantadas. Esta imagen se borra sobre un ejército en marcha, el ejército sobre una gran multitud llenando la plaza, la multitud sobre máquinas y éstas otra vez sobre las manos de los manifestantes del hambre.)

(En seguida, rostros de los hombres que llevan las calaveras. Nuevamente aparecen éstas aisladas. Otra vez los rostros que se disuelven sobre el símbolo de la muerte. Todas las calaveras se funden en un enorme cráneo humano descarnado, al mismo tiempo que se vuelven a escuchar las descargas de las ametralladoras, y aparece en la pantalla la palabra "Fin".)

TERMINA EL REPORTAJE

3

JUSTICIA, S. A.

(El que juzga hombres)

INTERIOR EN DOS TIEMPOS Y UN ANTECEDENTE

A Ramón J. Sender

INTERVIENEN:

(En el plano real y en el irreal):

EL LICENCIADO SANTOS GALVEZ
LUZ, SU ESPOSA
HILARIO SALGADO
HILARIO SALGADO, JUNIOR
CESAREO MENDOZA
RAMIREZ

(Sólo en el plano irreal):

CARLOS MORA
LA VIEJA
ROSITA
DOS HOMBRES PARA SENTENCIA
UNOS MUÑECOS
CORO INVISIBLE

En una población provinciana de importancia industrial.

ESCENARIO PARA EL DRAMA

La habitación destinada a estudio en la casa del Juez de Primera Instancia. Los muros son cortinajes grises. La parte izquierda de las cortinas está dispuesta a correrse, en el momento oportuno, para dejar libres los velos encargados de recibir las proyecciones en silueta que vaya pidiendo la acotación. Al fondo, estrecha puerta que se pierde en la altura, sin que se alcance a verle fin; cerca, y a la derecha, alta, larga y angosta ventana colocada en sentido horizontal y que produce la impresión angustiosa de dificultad en dejar pasar la luz. Por detrás de esta ventana, claridad amarilla de tono suave, quizá del alumbrado público.

Muebles modestos. Un escritorio a la izquierda lleno de papeles y con una lámpara eléctrica de mesa, protegida por pantalla azul. Dos o tres sillones y un diván muy anticuados. A la derecha, contra el muro lateral, un gran librero y, a su lado, una entrada que conduce al resto de las habitaciones.

Un viejo candil pende del techo, cargado hacia la izquierda, casi sobre el escritorio, de manera que insinúa que tal es el centro del salón y que éste se prolonga, por ese lado, más allá del límite de la escena, perdiéndose en las sombras que allí materializarán otros velos obscuros.

EL DRAMA

I

ANTECEDENTE

(*La escena en penumbra. Se oyen voces al fondo, detrás de la puerta.*)

RAMIREZ

(*Afuera.*) Esta es la otra puerta. Da directamente al estudio. Y esta es la llave, licenciado...

(*Se escucha introducir la llave en la cerradura y hacer su oficio. Detrás de la claridad incierta, por esa puerta entra el mozo RAMIREZ sirviendo de guía al LICENCIADO GALVEZ y a su esposa. El criado trae un par de maletas. Los señores llevan abrigos.*)

(*Santos Gálvez es un hombre de cuarenta y cinco años, alto y gordo, que viste sin ningún lujo. Su mujer es mucho más joven, pero muestra huellas de un gran cansancio interior en sus facciones. Viste mucho mejor que él.*)

LUZ

¡Da miedo entrar aquí! Tan raro, tan obscuro lugar...

RAMIREZ

Permítame, licenciado, un momentito... (*Se adelanta y da vuelta al encendedor eléctrico. Dos focos del gran*

candil propagan una débil luz que se difunde por el amplio salón.)

(Los esposos Gálvez vuelven la vista observándolo todo con interés. Al ver los muebles, SANTOS GALVEZ muestra predilección por el librero y revisa sus volúmenes. La mujer se queda bajo la alta ventana, contemplándola.)

LUZ

¡Vaya una idea la de hacer aquí el despacho! Con una ventana tan estrecha y que dejará pasar tan poca luz...

RAMIREZ

Sí, muy poquita luz... Pero como el otro señor juez trabajaba únicamente de noche, no se fijó en eso... A él le encantaba el salón...

GÁLVEZ

Veo que ya acomodaron todos mis libros.

RAMIREZ

Yo mismo, señor licenciado. Llegaron desde ayer, y el jefe me ordenó que los acomodara. Si quiere revisarlos...

GÁLVEZ

Mañana. Hoy estoy verdaderamente cansado.

LUZ

(*Sentándose en una maleta.*) ¡Pues y yo! ¡Veinte horas de tren, con lo delicada que estoy!

GÁLVEZ

¡Un retraso de todos los demonios!... Lo menos hace ocho horas que deberíamos haber llegado.

RAMIREZ

Pues para la señorita fué mejor... Hoy se armó una bola tremenda a la hora en que debería haber llegado su tren... Hubo balazos y heridos.

GÁLVEZ

(*Extrañado.*) ¿Balazos y heridos?

LUZ

¡Jesús! ¡Bien sabe Dios lo que hace! Si hemos llegado a esa hora... A lo mejor una bala... ¡Y con el puro susto tenía yo! ¡Con lo delicada que estoy!

RAMIREZ

Al otro tren que llegó a esa misma hora, le rompieron los cristales a pedradas. Un pasajero resultó descalabrado.

LUZ

¿No te digo, Santos? ¡Bien sabe Dios!...

GÁLVEZ

¿Pero a qué se debió todo eso? Pedradas, balazos, heridos... en tiempo de paz... ¿Los políticos?

RAMIREZ

¡Quién sabe! Yo lo único que vi fué el grupo de obreros que esperaron la llegada de Don Hilario en la estación y le apredrearon el tren...

GALVEZ

¿A don Hilario? ¿A don Hilario Salgado?

RAMIREZ

Al mero patrón, licenciado... Venía de la otra fábrica, la de San Pedro, y ya le tenían preparado el borlote, como le cuento.

GALVEZ

(*Interesado.*) ¿Y le hicieron algo?

RAMIREZ

¡Qué va, licenciado! El patrón es un águila. Vino en auto. Resultó que había llegado dos horas antes... Seguro alguien le avisó, y les madrugó. ¡Ya hasta la Policía estaba avisada! Y por eso llegaron los gendarmes... ¡Ahí fué la buena! Hubo balazos y heridos. Rompieron todos los cristales del tren. Un pasajero salió descalabrado.

LUZ

¡Qué barbaridad! ¡Esos malditos Sindicatos siempre con lo mismo!

GÁLVEZ

¿Y por qué fué todo? ¿Hay huelga?

RAMIREZ

Yo no lo entiendo... Que la crisis, que el reajuste, no sé qué. El caso es que la mitad de los hombres de don Hilario se han quedado sin trabajo desde el mes pasado; y fueron a apedrearle el tren... Rompieron todos los vidrios, un pasajero salió...

GALVEZ

Sí, ya me lo contó. Lo importante ahora es que guíe a la señora hasta la recámara para que se componga un poco y descanse.

RAMIREZ

Sí, licenciado... Pero de todos modos fué mejor que cayera el peñasco sobre la vía... ¡Porque si han llegado en lo mero de la apedreada!...

LUZ

(*Disponiéndose a salir.*) ¿Qué, no vienes, Santos?

GALVEZ

En seguida... Nada más saco de las maletas unos papeles que necesitaré inmediatamente...

LUZ

¡Con lo cansado que vienes! Déjalo para mañana...

GALVEZ

Mañana sería peor. Tengo que acudir temprano al juzgado. Acuérdate de que no tenemos criado todavía...

RAMIREZ

¡Cómo no, licenciado! El señor Hilario me encargó que me quede aquí para lo que ustedes gusten y manden.

LUZ

¡Cuánta amabilidad! Don Hilario es todo un caballero... ¡Si no hubiera sido por sus atenciones! Alojamiento preparado, coche en la estación, y ahora mozo... Es de agradecerse mucho, ¡con lo delicada que estoy!

GÁLVEZ

Sí, verdaderamente, es muy amable don Hilario, muy amable...

RAMIREZ

No se crea, jefe... No siempre, ni con todos... De repente es muy seco, hasta asusta.

GÁLVEZ

Bueno, Lucha... Ve a componerte un poco; mientras te alcanzo, descansa... O si quieres venir por mí para que salgamos a cenar...

RAMIREZ

No es necesario. También hay cena preparada...

LUZ

(*Contentísima.*) ¡Qué encanto!

GALVEZ

¿También es orden de don Hilario?

RAMIREZ

Sí, señor licenciado... El patrón me ordenó que todo estuviera listo...

GÁLVEZ

¿Todos los funcionarios que vienen de fuera reciben estas atenciones de don Hilario?

RAMIREZ

¡Qué va, jefe! Usted debe ser muy su amigo...

LUZ

¡Qué ocurrencias tienes, Santos!... La carta del Ministro, seguramente...

GÁLVEZ

(*Se encoge de hombros.*) Bueno, lo que sea. por lo pronto hay que descansar y cenar... ¿No vas a arreglarte?

LUZ

Vamos, pues... Usted...

RAMIREZ

Ramírez, para servir a Dios y a ustedes.

LUZ

Bueno, Ramírez, enséñeme el camino.

(*En tanto que SANTOS GALVEZ se dispone a abrir una maleta, RAMIREZ sale con la señora por la derecha. GALVEZ saca una carpeta llena de papeles, y los ordena en la mesa.*)

RAMIREZ

(*Mientras sale y luego por dentro.*) Aquí no más, señorita... Es la otra pieza... No más este pasillito... (*Se pierden sus voces.*)

(*GALVEZ continúa arreglando papeles. Vuelve RAMIREZ.*)

RAMIREZ

¡Ah, señor licenciado! Ya se me andaba olvidando... Y eso que fué lo que más me encargó don Hilario...

GÁLVEZ

(*Un poco molesto.*) ¿Otra vez don Hilario?

RAMIREZ

Siempre le sucede a uno lo mismo: lo que más le encargan...

GÁLVEZ

Bueno, bueno, ¿qué cosa es?

RAMIREZ

Pues me encargó don Hilario que le avise que esta noche vendrá a verlo, después de cenar...

GÁLVEZ

¿Esta noche, don Hilario?

RAMIREZ

Sí, don Hilario. Quiere saludarlo y tratarle un asuntito. No más que no quiere entrar por la puerta principal... Vendrá por ésta. (*Señala la del fondo.*)

GÁLVEZ

(*Más extrañado.*) ¡Caramba, cuánto misterio!

RAMIREZ

Creo que no quiere que lo vean entrar los obreros... No sé...

GÁLVEZ

(*Volviendo a encogerse de hombros.*) Bueno, que venga... Será bien venido...

RAMIREZ

Ustedes querrán cenar pronto, ¿verdad? Les voy a disponer todo en el comedorcito...

GÁLVEZ

Está bueno... (*Sigue trabajando.*)

(*RAMIREZ sale. Después de cortos instantes vuelve la esposa en bata de casa.*)

GÁLVEZ

¿Tan pronto arreglada?

LUZ

¡Bah! ¡Qué arreglo ni qué nada! Estoy rendida, sólo quisiera dormir... Ese maldito tren... ¡con lo delicada que estoy! Y ahora, para mayor lujo, esta casa húmeda, fría, tenebrosa...

GÁLVEZ

No empieces con tus nervios, Lucha.

LUZ

¿Empiezo a molestarte otra vez? Dímelo y me voy a mi cuarto, no necesitas aguantarme...

GÁLVEZ

¡Por Dios, Lucha, otra vez! No empeores nuestra situación con tus cosas. Ayúdame a salir adelante.

LUZ

¿Te quejas todavía? ¡Pues no eres fácil de contentar! De la miseria en que nos tenía tu ineptitud sales a ganarte quince pesos diarios y todavía te parece poco...

GÁLVEZ

Mira, Luz, déjame en paz. Bastante tengo con mis fracasos y con mi humillación.

LUZ

¿Llamas fracaso a ser nombrado juez de primera instancia en esta ciudad tan importante? ¿Pues qué querías? Dale gracias a Dios de que te ayudó Joaquín con el ministro, que si no... No sé que hubiera sido de mí... ¡Con tu ineptitud!

GÁLVEZ

(*Con amargura.*) No me perdonarás nunca tu equivocación, Luz.

LUZ

(*Ríe nerviosamente.*) ¿Mi equivocación?

GÁLVEZ

(*Con un poco de rencor y despecho.*) ¡Creíste haberte casado con una fortunita! Cuando viste que todo era humo, bien pronto se esfumaron los mimos y la coquetería... No quedó de ti más que la mujer viciada, educada para ganarse una buena posición en el matrimonio...

LUZ

¡No seas insolente!

GÁLVEZ

No es insolencia... Después de todo, ¿qué podías hacer? ¿Qué ibas a hacer, como todas las pobres mujeres de tu clase que no sirven más que para cazar un ma-

rido que las salve?... Pero te equivocaste, Luz, te equivocaste en cuanto a ambición. Tú eres tan fracasada como yo; no tienes derecho a estar amargándome la vida.

LUZ

(*Gimotea.*) ¡Jesús! No eres hombre, eres una fiera... ¡Insultarme así, con lo delicada que estoy!

GÁLVEZ

Luz, tú sabes lo que significas para mí... Quisiera que limpiásemos de rencores callados nuestra compañía... Por eso te hablo tan duramente. Unámonos en nuestra tristeza. Ahora que comenzamos esta silenciosa vida de provincia, es buena ocasión...

LUZ

No te entiendo...

GÁLVEZ

Te equivocaste. Sacrificaste el amor de un hombre joven por ir detrás de mi dinero. Es tu falta... La mía... La única, ¡qué caramba!, es haber perdido lo último que me quedaba...

LUZ

¡No sé cómo no te da vergüenza hablarme tan descaradamente!

GÁLVEZ

Espera... Ahora, ya lo ves, te puedo ofrecer afecto y esta modesta vida de esposa de juez provinciano... Podemos aún salvar nuestras cosas comunes... A menos que quieras que nos separemos...

LUZ

(*Sin darse cuenta de que cae.*) ¡Ya es demasiado tarde para eso! Te llevaste mi juventud; ahora soy más vieja que tú, a pesar de que me llevas más de quince años por delante... Ya me gastaste...

GÁLVEZ

(*Disgustado.*) ¡Deja eso! Ahora es necesario acabar con el rencor o no verse... (*Se enternece.*) Yo te quiero, Lucha...

LUZ

(*Después de una breve pausa.*) Es posible que yo te quiera también...

GÁLVEZ

Entonces no enturbies nuestras vidas. Procuremos ayudarnos...

LUZ

(*Molesta y eludiendo.*) ¡Ay, Dios mío, deja de discutir! Me has amargado la boca, y ya me empieza la jaqueca... No me des más disgustos, que estoy muy delicada... (*Pausa.*) Mira, vamos a cenar...

GÁLVEZ

Vamos a cenar, es mejor. Nos comeremos la cena de don Hilario Salgado... ¡Curioso viejo!... ¿Qué querrá sacarme?

LUZ

(*Volviendo a su hostilidad.*) ¡No sé qué demonios te pueda sacar a ti! (*La interrumpe el llamador de la calle.*) Creo que tocan...

GÁLVEZ

Hilario Salgado no debe ser, porque me dijo el mozo que vendría por esta puerta... (*Señala la del fondo.*)

LUZ

(*Alarmada.*) ¡Que va a venir don Hilario y no me lo habías dicho! ¡Qué hombre! ¡Y yo tan desmadejada! (*Va a salir en el momento que llega Ramírez por la derecha; se detiene casi en la puerta para escuchar a quién anuncia el criado.*)

RAMIREZ

Es su secretario, señor licenciado.

GÁLVEZ

(*Sorprendido.*) ¿Tengo yo secretario?

RAMIREZ

Sí, el secretario del juzgado, jefe.

(*La esposa termina de salir encogiéndose de hombros.*)

GÁLVEZ

(*Contrariado.*) ¿Y qué demonios quiere mi secretario?

RAMIREZ

Viene de parte de don Hilario.

GÁLVEZ

¡Otra vez don Hilario!... (*Duda un momento.*) Bueno, dile que entre aquí.

(*Sale RAMIREZ. GALVEZ procura tomar actitud de jefe. Por la derecha llega CESAREO MENDOZA enfundado en un largo y raído gabán, de color indefinible; es flaco y alto. Trae una carpeta llena de papeles.*)

GÁLVEZ

Pase, secretario, pase. Dígame qué se le ofrece.

MENDOZA

¿No me conoces ya, Santos? ¡Yo que traía tanto gusto por abrazarte!

GÁLVEZ

(*Echa el cuerpo hacia adelante, mide al otro con la vista, duda.*) ¿Cesáreo?

MENDOZA

Cesáreo Mendoza.

GÁLVEZ

¡Lo que menos esperaba! (*Se adelanta y lo abraza sin demasiado entusiasmo.*) ¿Cómo has venido a dar aquí? ¡Y de secretario del Juzgado!

MENDOZA

Vueltas y revueltas. Desde que inicié la carrera de parásito los códigos y los Juzgados no me sueltan... ¡Por más que le hago! Ya ves, hasta sin título, hasta negándome a seguir los estudios, ¡a fuerza a los juzgados! Y aquí me tienes haciéndola de licenciado, recibido de parásito sin necesidad del titulito...

GALVEZ

¡Caramba, Cesáreo! Tú siempre el mismo... No has cambiado más que por fuera, según veo...

MENDOZA

El cambio de afuera es el peor... De fifí a lamparilla, mírame. Se le acabó la fierrada al viejo, y ahora hay que hacerla de lo que se pueda.

GÁLVEZ

(*Empezando a molestarse.*) ¡Hombre, tanto como de parásito!...

MENDOZA

De parásito, de parásito, no me vengas con la ofuscación que les entra a todos los del titulito. Los licenciados no *somos* más que parásitos, vivimos de lo ajeno. Yo te aseguro que si las cosas estuvieran bien arregladas en el mundo, si no hubiera robos que proteger con la ley, saldríamos sobrando perfectamente...

GÁLVEZ

Vaya, Cesáreo, eres el mismo... Todo porque no quisiste terminar la carrera... No seas despechado...

MENDOZA

(*Encogiéndose de hombros.*) ¿Para qué he necesitado terminarla? Ya verás cómo todos me dan el feo nombrecito de "licenciado" con que nos hacen pagar nuestras sinvergüenzaditas a todos los del oficio...

GÁLVEZ

¡Vuelta con eso! Nuestra profesión... bueno, digo, *mi* profesión, es más importante y necesaria que muchas otras... Ya ves, yo vengo de juez... La sagrada misión de la justicia...

MENDOZA

Bueno, no hagamos chistes... ¿Sigues tan aficionado a la chunga?

GÁLVEZ

(*Disgustado.*) Eres incorregible, Cesáreo.

MENDOZA

Ya verás qué pronto conoces la *sagrada* misión de la justicia... Y a menos que quieras ser tan farolón como todos, hablando en plata también tú dirás que ser juez no es más que un modo cualquiera de ser abogado...

GALVEZ

Igualito que antes, no te curas... (*Condescendiente.*) Ya verás cómo cambias cuando me veas aplicar inexorablemente la ley...

MENDOZA

(*Escéptico.*) Sí, ya lo veré. Y muy pronto por cierto. Porque aquí te traigo ya un par de asuntitos... (*Golpea la carpeta.*) Te quería saludar, pero no hubiera venido a molestarte esta noche si no fuera por la insistencia de don Hilario...

GALVEZ

¡Vaya con don Hilario! ¿Es tu amigo, o tu jefe, o qué?...

MENDOZA

(*Tranquilamente.*) Mi jefe, y el tuyo también, Santos.

GALVEZ

(*Asombrado.*) ¿El mío? ¡Yo pertenezco al poder judicial, que es libre!

MENDOZA

Cálmate, no te pongas en discurso. Ni poder, ni libre. Aquí, en el Estado, el poder y el libre es don Hilario, que para eso tiene alrededor de dos millones... Así como aquel dijo que no se movía el ala de un pájaro sin que se conmoviera el universo, aquí yo digo que no mueve un dedo don Hilario sin que lo obedezcamos todos... También tú...

GALVEZ

¿Soy empleado de sus fábricas, o peón de sus haciendas acaso?

MENDOZA

De sus fábricas y sus haciendas, no. De su justicia.

GALVEZ

¡No digas tonterías! No hay más que una justicia, Cesáreo, la ley.

MENDOZA

(*Encogiéndose de hombros.*) Como quieras. Precisamente es la ley la que vas a aplicar; es tu oficio. Eres una especie de obrero maneja-justicia, maneja-ley, como otros de las fábricas de Salgado manejan telares o motores. Todo para él. (*Pone la carpeta en la mesa y la abre.*) Aquí tienes dos asuntos que quiere se traten deprisa...

Son dos procesos de lo criminal... Si quieres, te hago un informe somero.

GALVEZ

¿Estás loco? Ya veremos eso en el juzgado, con toda calma, en el turno que le corresponda...

MENDOZA

¿Turno? El turno no lo dicta aquí el tiempo, Santos. ¿Quieres que te informe de una vez?

GÁLVEZ

Te he dicho que en el juzgado.

MENDOZA

¡Si quieres perder el tiempo! Hilario Salgado quería encontrarte al tanto de los dos asuntos.

GÁLVEZ

¡Ah!... ¿A eso es a lo que vendrá?

MENDOZA

¡Naturalmente! Le urge, no te creas... Y ya hemos platicado demasiado. En unas cuantas palabras te pondré al tanto. (*Saca un expediente.*) Mira, este proceso contra Carlos Mora...

GÁLVEZ

Hablaré primero con don Hilario.

MENDOZA

Nada pierdes con estar informado... Este proceso contra Carlos Mora está para fallarse. Se trata de algo grave, porque Mora es el Secretario General del Sindicato de Obreros Textiles. Lo acusan de haber violado a una mujer en complicidad con otros dos obreros, y de haber matado a la infeliz después del asunto. Los testigos comprueban el cargo. La misma madre de la muerta cuenta cómo estuvo todo... Pena de muerte, digo, salvo tu mejor opinión...

GÁLVEZ

¿Y quiere don Hilario intervenir en favor de sus obreros?

MENDOZA

No sé qué quiera don Hilario. El caso es que ya no hay que preguntar ni que indagar. El proceso está cerra-

do, para sentencia. Por supuesto que ya el Agente del Ministerio Público y la defensa presentaron sus conclusiones... Y en cuanto a Mora, ya lo volvieron a aprehender.

GÁLVEZ

¿Lo volvieron?

MENDOZA

El proceso es viejo, no te creas. Por un tiempo estuvo dormido y Mora anduvo en la calle; parecía que las cosas no pasarían de allí... Pero desde que el Sindicato se lanzó a borlotes contra don Hilario, el proceso resucitó, hubo testigos y está en la cárcel.

GÁLVEZ

¿Qué quieres insinuarme?

MENDOZA

Nada. Cumplo con informarte.

GÁLVEZ

(*Molesto.*) Está bien. Luego estudiaré el caso.

MENDOZA

(*Tomando otro expediente.*) En el otro caso está más claro lo que quiere don Hilario... Proceso contra su hijo... Este sí es reciente. Hizo... digo, dicen que hizo abortar a una muchacha que tenía por allí; pero el asunto fué con tan mala fortuna que la muchacha murió a resultas. Nada se ha podido comprobar. No le han probado nada. Y también está para fallarse.

GÁLVEZ

Bueno. También lo estudiaré.

(*Llaman a la puerta del fondo.*)

GÁLVEZ

¡Caramba! ¡Debe ser él!

(El Secretario acude a abrir. Entra DON HILARIO SALGADO, hombre alto y grueso, muy firme y seguro de sí mismo. Lo sigue HILARIO SALGADO JUNIOR, pálido y delgado, muy bien vestido, prototipo del hijo de rico gastado en la ociosidad y la parranda.)

DON HILARIO

Buenas noches, licenciado Mendoza... (*A Santos.*) Buenas noches, licenciado Gálvez... Porque supongo que es usted el licenciado Gálvez...

GÁLVEZ

Para servirlo... Tengo mucho gusto en ponerme a sus órdenes... Me siento muy honrado por su visita...

DON HILARIO

(*Tendiéndole la mano.*) El gusto es para mí... Hilario Salgado, a sus órdenes... (*Señalando a su hijo.*) Aquí le presento a Hilario Salgado junior... (*El otro tiende la mano a su vez.*) Me acompaña siempre cuando salgo solo por este pueblo... Hay que ir prevenido porque tenemos ahora agitadores muy peligrosos entre nuestros buenos obreros.

GÁLVEZ

Siéntese, señor Salgado... Y permítame que ante todo le dé las gracias por su magnífica recomendación.

DON HILARIO

Qué tal, ¿eh? Mis cartas de recomendación, ¿son o no son efectivas, amigo?... Pero eso no tiene importancia, ya el Ministro me había dicho lo que usted vale... Tenía muchos deseos de conocerlo, hasta aquí nos ha llegado su fama de abogado... (*Se sienta.*) ¿No anda Ramírez por aquí?

GÁLVEZ

También quería agradecerle todas sus atenciones...

DON HILARIO

¡Bah, hombre! ¡Bah!... Le pregunto por Ramírez para que venga a servirnos un coñaquito.

GÁLVEZ

(*Grita desde la derecha.*) ¡Ramírez!

RAMIREZ

(*Entra.*) Buenas noches, don Hilario.

DON HILARIO

A ver si te traes el coñaquito, Ramírez. (*Sale Ramírez.*)

MENDOZA

Traje los expedientes, don Hilario. Y aquí el licenciado...

DON HILARIO

¡Hombre, Mendoza!... Eso no tenía prisa... Yo vengo principalmente a saludar al señor juez un momentito, a conocerlo y a ponerme a sus órdenes.

GÁLVEZ

Lo que es un gran honor para mí.

DON HILARIO

Pero supongo, licenciado Mendoza, que usted le habrá informado, ya que se apresuró tanto...

MENDOZA

Sí, aunque muy escuetamente.

DON HILARIO

No le hace. Yo le explicaré... (*A Gálvez.*) Lo que pasa aquí, señor juez, es que necesitamos urgentemente que la justicia sea clara y limpia en esta ciudad; que se ponga un verdadero ejemplo de respeto a la ley. Los que nos hemos consumido trayendo el progreso a este Estado debemos preocuparnos por que en él se cimenten definitivamente las instituciones... Y sobre todas, la justicia...

(*Vuelve RAMIREZ con copas y una botella. SANTOS va a servir, pero DON HILARIO se adelanta. El criado se retira.*)

DON HILARIO

Un momentito... Servir el coñac es un rito... (*Sirve.*)

(*Hilario Salgado Junior está muy nervioso. Se levanta, se pasea, observa distraído los libros. DON HILARIO reparte las copas. Brindan.*)

DON HILARIO

Por la justicia y por el nuevo juez. (*Beben todos.*)

DON HILARIO

(*Sentándose hipeando.*) Pues sí, le decía, licenciado Gálvez, que estoy muy interesado en que se ponga un buen ejemplo... Y nos da la oportunidad el caso de ese *llamado* obrero Carlos Mora. Para que vea qué clase de gente se

anda metiendo en mi fábrica a alborotar y no más a ver qué raja saca, lea el proceso... ¡Ah, amigo! Un crimen repugnante... *Repugnante.* ¡Y pensar que un criminal así es el director de los muchachos! Con razón ha metido de esta manera la mala voluntad y la malquerencia entre ellos... Y de un grupo antes sólo preocupado de colaborar para la buena producción de la fábrica y la solidez de sus negocios, ha hecho un montón de salteadores que vienen a esperar mi tren para apedrearlo...

GÁLVEZ

Pero afortunadamente no ocurrió una desgracia que hubiera sido muy lamentable...

DON HILARIO

No se acrea, amigo, no se crea... Toda esa gente que se ha quedado sin trabajo por el reajuste, es carne propicia para el bandidaje... De esos se sirve Mora... ¿Cómo demonios quieren que siga manteniéndolos a todos en la fábrica, si la crisis ha hecho casi insostenible el negocio?... Que se den de santos..., pero no Gálveces... (*Ríe el chiste animado por el coñac*) de que sólo salieron la mitad... Y aun así las ganancias se han reducido al diez por ciento.

MENDOZA

(*Servil.*) ¡Y ahora querían incautarse la fábrica!

DON HILARIO

¡Tonterías! ¡Así acabarían con ella! Porque, ¿qué saben ellos de negocios? Mantener ahora la producción es un acto de generosidad que sólo hago por ellos, por los que quedan... ¿Otra copita? (*Sirve.*)

GALVEZ

(*Que ha estado preocupado.*) Pero en este caso del obrero Mora, ¿en realidad?...

DON HILARIO

(*Interrumpiéndolo.*) ¿No le contó el secretario?... Ya le digo, un crimen repugnante... ¡Violar a esa pobre mujer tan bárbaramente hasta matarla!... Ya es hora de que se vaya castigando realmente a esos asaltadores de hon-

ras, para que esté más segura la sagrada institución de la familia.

MENDOZA

(*Disponiéndose a salir.*) Bueno, don Hilario... Ya le dejé los expedientes al licenciado Gálvez...

DON HILARIO

¿Qué, quiere irse?

MENDOZA

Si no me necesita...

DON HILARIO

Váyase, pues... Pero usted se lo pierde... De éste no beberá cualquier día...

(*Mendoza se despide y sale.*)

SALGADO JUNIOR

(*Aprovechando la salida de Mendoza, a su padre, nerviosamente.*) Y de lo mío, jefe, de lo mío, ¿nada?

DON HILARIO

No seas impaciente. No quería que delante de Mendoza... (*A Santos.*) Oiga, licenciado... También le habrá informado el secretario del asuntito de mi hijo, ¿no?

GALVEZ

Así por encima...

DON HILARIO

¡Una sucia calumnia! No desperdician modo de perjudicarme... ¡Hasta en mi hijo! (*Se levanta.*) ¿Otra copita? (*Sirve. Beben.*)

SALGADO JUNIOR

Le aseguro, licenciado, que yo jamás traté a esa señora.

DON HILARIO

Ya verá, ya verá usted el proceso... Ninguna prueba, ninguna base para la acusación, ¡nada!... Le digo, licenciado, que son unos canallas... Y sin embargo, ya ve, el estúpido del juez anterior quería poner preso a mi hijo...

GALVEZ

¿El juez que renunció?

DON HILARIO

El mismo... El que viene usted a substituir... Estudie

bien el proceso, licenciado; es lo que deseaba pedirle... Verá cómo ampara a mi hijo... En realidad, le han dado una importancia desmedida al asunto. En último caso, aunque él hubiera sido el que... ¡Son cosas de jóvenes! ¿No le parece? Quién más, quién menos, todo hombre que sea macho verdadero tiene un pecadito de esos por ahí... La malo fué el torpe medicucho ese...

SALGADO JUNIOR

(*Interrumpiendo.*) Ya te he dicho, papá, que yo no...

DON HILARIO

Si ya sé... Bueno, ya ves, ya le hablamos al señor juez... Ahora si quieres puedes marcharte. Yo tengo todavía que hablarle de otro negocito...

SALGADO JUNIOR

(*Volviendo a ponerse de pie.*) Bueno, jefe... Te entiendo y no me gusta estorbar... Hasta la vista, y gracias... Y mucho gusto en repetirme su servidor, licenciado Gálvez... (*Se despiden.*)

(*SALGADO Junior sale por el fondo. GALVEZ cierra la puerta. Vuelve junto a DON HILARIO, que lo invita a sentarse cerca de él.*)

DON HILARIO

(*Poniendo al otro la mano sobre la rodilla, con tono confidencial.*) Usted me inspira mucha confianza, amigo licenciado... ¡Puedo hablarle con franqueza!

GALVEZ

Por supuesto, don Hilario.

DON HILARIO

Pues bueno... Aquí la situación se ha puesto insoportable para las personas trabajadoras y decentes... Los principios revolucionarios son aprovechados por verdaderos criminales... Luego, esta maldita crisis obligando a bajar sueldos, a despedir empleados y obreros, dando facilidades a los líderes aprovechados...

GALVEZ

(*Por decir algo.*) Es lamentable, sí, lamentable...

DON HILARIO

¡Ganas dan de aventar todo esto al diablo y largarse a

Europa! ¡Si no fuera por la candidatura que voy a lanzar, le digo que...! Y sobre todo desde la aprehensión de Carlos Mora, el lidercito ese, sus lugartenientes han aumentado la bola... Chantaje, amigo mío, chantaje... Todo lo que quieren es sacarme dinero... ¡Con decirle que ya me han trabajado hasta al Gobernador!

GALVEZ

(*Conteniendo su impaciencia.*) El Secretario me trajo el expediente de Mora, ¿usted me quiere hablar de él?

DON HILARIO

(*Se pone en pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, y separa las piernas.*) Bueno, ya que estoy aquí... Verá, toda la sociedad exige un castigo ejemplar para estos violadores... (*En tono de discurso.*) Es hora ya de que se respeten las bases de la existencia de nuestras familias, de que la ley tome su verdadero valor, *de que sirva para algo la justicia...*

GALVEZ

¿Y para qué debe servir la justicia en este caso, señor Salgado?

DON HILARIO

(*Muy seco.*) Para lo que siempre, amigo... Para garantizar la existencia pacífica de la gente honrada... Y en este caso particular, yo quisiera recomendarle en nombre de toda la sociedad, un fallo rápido y enérgico... Que aplique todo el peso de la ley... (*Busca con la vista en la mesa.*) ¿Quiere darme el expediente?

GALVEZ

(*Un poco disgustado, lo busca en la mesa y se lo da.*) Es éste, ni siquiera lo he hojeado...

DON HILARIO

Un crimen repugnante... (*Hojea, y busca en el expediente.*) Ya se lo dije... Yo conozco bien el proceso... El Agente del Ministerio Público ha pedido la aplicación del artículo mil cuatrocientos noventa y seis del Código Penal del Estado.

GALVEZ

¿Mil cuatrocientos noventa y seis?

DON HILARIO

Sí.

GALVEZ

Pena de muerte...

DON HILARIO

Sí. Es necesario que estos violadores de mujeres vayan sabiendo a qué atenerse cuando así burlan el honor de todo un pueblo... Mora y sus cómplices se creyeron impunes por ser secretarios del Sindicato... Y aun lograron azuzar a la gente contra mí. Por eso interesa más que nunca una sentencia enérgica, inexorable...

GALVEZ

Más de veinte años de prisión... Porque según sé, hace más de quince que no se realiza ninguna pena de muerte por delitos del orden común, en el Estado...

DON HILARIO

Pero en este caso todas las fuerzas sociales que representan algo están interesadas en que sí se aplique, amigo... Los mismos obreros... Sólo se espera su sentencia, la sentencia legal... Los reos están ya en poder de las autoridades militares... En cuanto usted decida... Sé que es molestarlo demasiado, pero hay que contener la descomposición que estos hombres han provocado... Si quisiera robarle un cuarto de hora al descanso para estudiar el expediente... *y firmar...* (*Se le acerca insinuante, con el expediente abierto.*)

GALVEZ

(*Desconcertado.*) ¿Firmar? ¿Firmar qué?

DON HILARIO

¡La sentencia, qué va a ser!... La debida aplicación del artículo mil cuatrocientos noventa y seis.

GALVEZ

Soy un juez novato, señor Salgado... Quizá se ría usted de mí, pero me causa angustia verme frente al primer caso que juzgo en mi vida... ¡Y tener que enviar un hombre a ser fusilado, sin oír testigos, sin examinar la causa!

DON HILARIO

¡Hombre, amigo! Ahí están ya las declaraciones de to-

dos los testigos... El expediente está terminado... Cualquier juez, ¿se fija?, cualquier juez no tendría ya nada más que firmar la sentencia... (*Vuelve a hojear.*) Sentencia que por cierto el previsor secretario trajo ya hecha... Muy justo fallo, y muy bien fundado legalmente...

GALVEZ

No lo dudo. Así será... Lo mismo me dijo Mendoza... ¡Pero mandar la noche de mi llegada un hombre al paredón!

DON HILARIO

(*Sonríe.*) Por eso no se preocupe. La cuerda es lo usado por aquí. El general López no gasta tan fácilmente el parque...

GALVEZ

Y luego tan festinadamente, sin reflexión alguna...

DON HILARIO

(*Enérgico.*) Mire, Gálvez... *Cualquier juez* firmaría apenas diera una ojeada al proceso... (*Suavizando el tono.*) Y, además, no le pido festinación. Estúdielo bien, repáselo. Verá las declaraciones de la propia madre de la mujer sacrificada... Usted mismo se sentirá arder en santa indignación... (*Insinuante.*) Con que la sentencia esté preparada para el amanecer... Porque le ejecución ha sido fijada por el general para esa hora...

GALVEZ

(*Angustiado.*) ¿Ya?

DON HILARIO

¡Claro! Conoce el proceso tan bien como yo. Sabía que *ningún juez de primera instancia que viniera podría negarse a firmar la sentencia...*, por lo bien probado que está el delito...

GALVEZ

(*Rindiéndose.*) Bueno, señor Salgado, ahora mismo estudiaré el proceso. Le telefonaré mi decisión.

(En este momento aparece la mujer en la puerta derecha. Viene ya compuesta, con traje de noche. En la entrada se detiene a escuchar sin que los otros la adviertan.)

DON HILARIO

Mire, amigo, ¡su sentencia tiene que ser de acuerdo con el artículo mil cuatrocientos noventa y seis! ¡Usted está aquí para impartir la justicia de nuestro código! Y debe tener la suficiente entereza que hace falta para ser juez... (*Volviendo a suavizarse.*) Comprendo que le tiemble la mano, ¡qué caray!... La primera vez que se ve en trance de juez... (*Cediendo a una sospecha súbita, con brusquedad.*) Oiga... ¿El Secretario le ha dicho algo de los cuentos?

GALVEZ

¿De qué cuentos, don Hilario?

DON HILARIO

Mire, no se haga... Téngame confianza... Esos malditos cuentos lanzados por los amigos de Mora... Que si le dimos dinero a los testigos, que si la mujer violada murió de tifo y de eso nos aprovechamos... ¡Le doy mi palabra que la madre de la mujer salió de aquí por huir de los recuerdos! ¡Si le di dinero fué simplemente por compasión!

GALVEZ

Le aseguro que no había oído nada. Discúlpeme. Jamás pensé en esto cuando se me ofreció la oportunidad de remediar mi situación con el empleo. La alegría me impidió recordar las penas de larga prisión, las penas de muerte para los otros hombres...

DON HILARIO

Bueno, bueno, no se preocupe... Ser juez es un alto honor para un hombre. Imponer una pena es garantizar los altos derechos de nuestra sociedad... ¡Su misión es muy honrosa, amigo! (*Bebe otra copa, toma su sombrero y se dispone a salir.*) Telefóneme, pues... Verá que la cosa no tiene remedio y que nada ganaríamos con retrasarla. Si acaso mayores males; más manifestacioncitas, más heridos de los pobres obreros ofuscados por sus malos jefes...

(*Al ver que SALGADO se encamina a la*

puerta y el esposo se dispone a abrirla, la mujer se adelanta.)

LUZ

¡Ah! Perdonen ustedes...

GALVEZ

(*Aún conturbado.*) Mi esposa, señor Salgado...

LUZ

Para servirlo, don Hilario...

DON HILARIO

Tanto gusto en ponerme a las órdenes de la esposa del hombre que tiene en sus manos la seguridad de nuestras instituciones sociales, señora...

LUZ

Quisiera darle las gracias por...

DON HILARIO

(*Conteniéndola con amplio ademán.*) Ni se acuerde... Los méritos de su marido. Perdóneme que me retire, pero precisamente salía ahora a cosas muy urgentes... (*Se inclina y estrecha la mano de Luz. Gálvez abre la puerta.*) No se olvide, licenciado; el número de mi teléfono no hace falta, nada más pida mi casa...

GALVEZ

Está bien... Buenas noches, don Hilario... (*Cierra detrás de Salgado.*)

LUZ

(*En actitud combativa.*) ¿Estás loco, Santos?

GALVEZ

¿Yo? ¿Por qué?

LUZ

¡Poner esa absurda resistencia a una cosa legal, justa, cuando tu papel es precisamente aplicar la ley, impartir justicia! ¡Y luego contradecir a don Hilario que te puede poner de patitas en la calle cuando se le antoje!

GALVEZ

¡Ah!... ¿Estabas escuchando?

LUZ

Por casualidad, pero muy a tiempo... ¡Es necesario que

no cometas tus estupideces habituales! No sé de qué se trata, pero...

GALVEZ

Por lo pronto, de mandar a un hombre, con una cuerda al cuello, a un árbol o a un poste...

LUZ

Algo habrá hecho...

GALVEZ

(*Con sorna.*) ¡Naturalmente!

LUZ

¿Entonces?... ¿No eres el juez? El culpable es él... ¿O quieres volver a la miseria que arrastrábamos hasta que Dios se acordó de nosotros?

GALVEZ

(*Irritado.*) ¡Basta! ¡Déjame en paz!... ¡No me pongas nervioso! Tengo que estudiar el expediente.

LUZ

(*Se encoge de hombros.*) ¿No vas a cenar?

GALVEZ

¡Quieres que piense en cenar! ¡Con esto encima! Tengo que hurgar el expediente, llegar al fondo... Algo me avisa...

LUZ

(*Colérica.*) ¡Estúpido! ¡Hurgar, llegar al fondo!... Cuando estás oyendo que todo está aclarado... Por algo lo dice don Hilario, no será no más porque sí... Firma la sentencia y vamos a cenar.

GALVEZ

Ve sola... Déjame leer esto... ¿Pero no te das cuenta que se trata de una ejecución?... ¡Vete!

LUZ

Bueno, ¡allá tú! Yo sí voy a cenar, que bien lo necesito... ¡Con lo delicada que estoy! (*Sale por la derecha.*)

(GALVEZ se queda pensativo, enciende la lámpara y apaga el candelabro; toma el expediente y se pone a hojearlo. De pronto da un puñetazo sobre los papeles, se levanta muy nervioso y se pasea. Termina por sentarse en un

sillón, lejos de la mesa, y oculta el rostro en una mano con señales de visible preocupación.)

(*La escena se oscurece. Mientras se corren las cortinas a la izquierda, ante los velos, como se se indicó. Sobre los velos, y en silueta negra, se ve a un hombre de cachucha encaramado sobre un promontorio y dirigiendo la palabra a un mar de cabezas que se encuentran a sus pies. Se quita la gorra y la agita. Después, las cabezas se dispersan obedeciendo a un movimiento de pánico. Dos hombres con gorra de guardias bajan a la viva fuerza al orador y se lo llevan.*)

(*En seguida aparece en la pantalla el número* 1496 *en caracteres pequeños y brillantes, sobre fondo negro. Un número igual, pero de tamaño superior, substituye al anterior, en color rojo. Sucesivamente la misma cifra aparece en tamaños aumentados hasta llenar toda la pantalla. Después diversas cifras del mismo número aparecen mezcladas y danzando. Se disuelven sobre la palabra "Justicia", escrita en gruesos caracteres, también sobre fondo negro. Esta palabra es substituída, a su vez, por la visión del cuerpo suspendido de un hombre con cachucha. Suspendido del cuello. Ahorcado. Y abajo, las mismas cabezas que recibían el discurso. De improviso, los dueños de las cabezas levantan el puño amenazante, hacia el ejecutado.*)

TELON

TERMINA EL ANTECEDENTE

II

PRIMER TIEMPO

La mujer está cosiendo cerca de la mesa de trabajo, bajo la luz de la lámpara. RAMIREZ está ordenando los papeles.

RAMIREZ

¡Animas y que don Santos no vino a comer, que si no, se me hubiera dado una enojada!... Había olvidado por completo la mesa y los papeles.

LUZ

No platiques tanto, Ramírez, y acaba pronto. No debe tardar, porque me telefonó desde el Juzgado...

RAMIREZ

¡Ah, qué señor licenciado! Allí se pasó todo el día... Lueguito después del ahorcado se fué por allá, se encerró y ni siquiera ha comido...

LUZ

Me tiene preocupadísima. ¡Ya no puedo con tantas preocupaciones!

RAMIREZ

¡Y con lo delicada que está usted!

(*Llaman a la puerta de la calle.*)

LUZ

¿Quién puede ser a esta hora? Ve a ver, Ramírez. (*Sale Ramírez por la derecha y vuelve a poco.*)

RAMIREZ

Señora... Buscan al licenciado... Es Samuel Mata.

LUZ

¿Samuel Mata?

RAMIREZ

El esposo de la muchacha Cecilia... La mujer del asuntito... La que esos obreros...

LUZ

¡Ah, sí! ¿Y no le has dicho que el señor?...

RAMIREZ

Sí, pero quiere verla a usted. Insiste mucho. Dice que es sólo un momentito.

LUZ

Bueno, dile que pase.

(*Sale RAMIREZ para volver con un hombre viejo, chaparro y muy gordo, que viste rigurosamente de negro.*)

RAMIREZ

Aquí, señor... (*Se retira.*)

LUZ

Dígame que desea, señor Mata.

MATA

Hubiera deseado encontrar al señor licenciado Gálvez, a ese recto juez que con su firmeza ha hecho que no quede impune el odioso crimen de que fué víctima mi pobre mujer... Para felicitarlo en nombre de toda la sociedad por su entereza y honradez...

LUZ

A mí también me hubiera gustado que lo encontrara usted, para que se sintiera alentado por su felicitación... Pero ya ve, no ha llegado aún.

MATA

De cualquier manera, quería suplicarle a usted, señora, que hiciera patente mi agradecimiento y mi felicitación a su marido... En la ejecución intenté acercármele... Y hasta le dije: "Señor licenciado"... Pero creo que no me oyó, porque volvió la espalda y se fué a otro lado... Luego traté de verlo en el Juzgado, y estaba ocu-

padísimo, según me dijeron... Si usted me hiciera el favor...

LUZ

Con todo gusto, señor Mata.

MATA

(*Después de un silencio embarazoso.*) Es una pequeña satisfacción, dentro de mi gran dolor, el que se haya hecho justicia... A lo menos en el principal de los asesinos... (*Gimotea ridículamente.*) ¡Pobrecita Cecilia!... ¡Si usted la hubiera conocido! ¡Tan bonita, tan gentil, tan joven!

LUZ

¿Era muy joven?

MATA

Diez y ocho años...

LUZ

¡Diez y ocho años! No tendrían ustedes mucho de casados, ¿verdad?

MATA

Dos años... Pero dos años bastaron para hacérmela indispensable... Ahora, ya ve usted...

LUZ

Lo he sentido muchísimo, señor Mata... Pero ya Dios quiso que el crimen no quedara sin castigo.

MATA

Ya le digo, ese es mi consuelo. En la primera vez que me ausenté de la ciudad, desde que nos casamos, la perdí... Tres semanas, no más, señora... Y ya la encontré enterrada... Su madre se había ido desesperada. Yo también quisiera huir de este triste lugar.

LUZ

¿Y por qué no se va? Sería un consuelo...

MATA

Todos mis negocios están aquí. Tengo muchos asuntos con don Hilario Salgado, y demasiado que agradecerle. No puedo irme por ahora. (*Otra pausa incómoda.*) Y perdóneme la molestia, señora... Encantado de conocerla y de ponerme a sus pies...

LUZ

El gusto es para mí, señor Mata... (*Llama en voz alta.*) ¡Ramírez! (*Entra el llamado.*) Guía al señor Mata. (*Mata se inclina y estrecha la mano de la señora. Se retira precedido por Ramírez. La mujer reanuda su costura cuando entra una vez más el criado, apresuradamente.*)

RAMIREZ

Ahora sí, señorita... Ahí está ya el señor. Lo acabo de ver cruzar la calle.

(*Se abre la puerta del fondo y entra SANTOS GALVEZ. Viene un tanto decaído y envuelto en su gabán. Da unos pasos lentamente y distraído. Besa a su mujer en la frente.*)

GALVEZ

¿Cómo estás, Lucha?

LUZ

Preocupadísima por ti... ¿Por qué no viniste a comer? ¿Qué te ha pasado?

GALVEZ

Nada, mucho trabajo... Había mucho trabajo atrasado y urgente en el juzgado. El juez anterior no era muy diligente.

RAMIREZ

¿Ya quiere cenar, licenciado?

GALVEZ

No. Más tarde...

RAMIREZ

¡Ah, qué licenciado! ¿A poco le quitó el hambre el ahorcado? No se preocupe, que le hizo un bien... Su conciencia debe haber estado sumamente intranquila... ¡Ese sí que oiría el llanto de la difunta!

GALVEZ

(*Inquieto.*) ¿El llanto de quién?

RAMIREZ

De la difunta... De la niña Cecilia...

LUZ

¡Este hombre que está lleno de leyendas y supersticio-

nes! Parece comadre... Toda la tarde me ha estado contando las consejas del pueblo... Y esa es una...

RAMIREZ

¡Palabra, licenciado! ¡Esta es muy cierta! Los asesinados lloran todas las noches a las puertas de sus asesinos, hasta que los asesinos encuentren castigo... Hoy ya descansará el alma de la difunta... Gracias a usted...

GALVEZ

(*Vivamente desagradado.*) ¡No digas tonterías, Ramírez! Y hazme favor de irte...

RAMIREZ

Está bueno, licenciado, pero palabra que es cierto lo que le cuento... Mire, cuando Agapito Sánchez mató a su mujer...

GALVEZ

(*Irritado.*) ¿No has oído que te vayas?

RAMIREZ

Ya me voy, jefe, no se enoje... ¿No tiene nada que ordenarme?

GALVEZ

¡Que te largues!

(*Mutis de RAMIREZ por la derecha.*)

LUZ

¿Pero qué te pasa, Santos? ¡No pareces hombre! Eres más débil que una mujer...

GALVEZ

(*Amargamente.*) ¡De veras que sí!... ¡Soy un cobarde! ¡Cobardísimo! (*Hace un gesto desesperado.*) ¡Haber dejado morir así a ese hombre, sin decir palabra, todo por un miserable sueldo!

LUZ

No veo por qué tanta preocupación... Has aplicado la ley, que es para lo que te pagan. Has hecho un bien a la ciudad.

GALVEZ

Sí, a *algunas personas* de la ciudad... (*Indignado.*) ¿Te crees que les interesaba la justicia por la justicia? ¡Querían acabar con el sindicato y encontraron el camino!

LUZ

¡Pues muy bien hecho! Sólo servía para apedrear los trenes y herir a la gente pacífica. ¡Para escudar violaciones y asesinatos!

GALVEZ

¡Mira, no digas tonterías, que no sabes nada de esto!

LUZ

Ahora mismo acaba de estar aquí el esposo de la mujer... Daba pena verlo. Venía a felicitarte, ¡para que veas! ¡Alguna compensación habías de tener!

GALVEZ

¡Valiente compensación! ¡Te digo que no sabes nada de esto!

LUZ

(*Empezando a impacientarse.*) ¡Sólo sé que necesitamos vivir, Santos!

GALVEZ

¡Pero a qué precio!... ¡Y siquiera parara allí la cosa! Pero ahora... (*Saca dos expedientes de la bolsa del gabán y los tira en la mesa.*) Mira, dos expedientes más... Otros para fallarse, ya preparaditos... Otros dos hombres que esperan mi firma para ahogarse... ¡Y otra vez mi cobardía, mi amor a ti atándome la lengua!

LUZ

¿Los otros dos asesinos?

GALVEZ

Eso dicen... Los dos más fuertes en el sindicato después de Mora... Según los expedientes, sus cómplices... Artículo mil cuatrocientos noventa y seis también... (*Nuevo gesto de hondo disgusto.*) ¡Y luego esa maldita carta!

LUZ

¿Qué carta?

GALVEZ

(*Saca un papel del interior del abrigo.*) La de ellos... Lucha, creo que Mora debería venir a llorar a mi puerta esta noche... Todas las noches. Creo que era inocente de eso, por lo que murió...

LUZ

¿Inocente? (*Mueve la cabeza escépticamente.*)

GALVEZ

Es decir, inocente no de eso por lo que murió... Pero sí del motivo invocado para ahorcarle... ¡Esta carta!... Me cuentan aquello que inquietaba tanto a don Hilario... Que todos los testigos fueron pagados... Que sus declaraciones, falseadas... Que le dieron dinero a la madre para que declarara... No sé cuantas cosas... Y piden mi protección...

LUZ

¡Cómo eres inocente! ¡Naturalmente, qué van a decir ellos! Ya se deben haber enterado de tu blandura y piensan explotarla. ¡Parece mentira que seas tan niño!

GALVEZ

¡Tan cobarde!

LUZ

¿No has visto los expedientes? ¿Piensas acaso que don Hilario, tan caballeroso, tan honrado?... ¡Qué desagradecido eres, Santos!

GALVEZ

(*Sentándose mientras arroja el sombrero a un lado.*) Además, ¡estoy harto de ese fárrago de artículos idiotas! ¡Aunque fuera cierto todo! ¡Código estúpido!

LUZ

¡No sé a dónde irás a parar! ¡Ahora te parece estúpido el Código! De modo que si alguien asesina a otro, merece un premio, ¿no?

GALVEZ

(*Sin hacerla caso.*) ¡Y ahora tengo que firmar las otras dos sentencias!

LUZ

(*Moviendo la pierna derecha nerviosamente, golpeando con la punta del pie el piso.*) ¿No lo has hecho aún? ¿No has tenido todo el día para estudiar? ¿No está claro todo?

GALVEZ

¡Todo! ¡Demasiado claro! El caso, el artículo, la or-

den... ¡Pero no he podido! ¡Me tengo que encerrar esta noche con el maldito número! Mil cuatrocientos noventa y seis...

LUZ

(*Poniéndose de pie y abandonando la costura.*) Vamos, vamos, Santos... Estás muy nervioso... ¿Para qué fuiste a la ejecución? (*Se le acerca algo suavizada en su actitud.*)

GALVEZ

No sé qué necesidad de verlo todo acabado, de verle la cara a Mora... Esa noble cara de sufridor, con su pelo lacio a ambos lados, con su boca gruesa... ¡Su cuerpo fuerte, lleno de energía, ir a acabar así!

LUZ

Por Dios, Santos... Me angustias...

GALVEZ

(*Nerviosísimo.*) Vendrá, sí, vendrá. Vendrá a llorar en mi puerta... Y mañana serán tres los que lloren allí... ¿Te das cuenta? (*Se pasa la mano por la frente.*)

LUZ

¡Me asustas, Santos! ¿Qué te pasa? ¿Quieres tomar algo? ¡También todo el día sin comer!

GALVEZ

Soy un asesino, Lucha, es lo que me pasa... En las noches me lo dirán llorando los tres... (*Se vuelve tembloroso al fondo.*) Allí...

LUZ

(*Grita.*) ¡Qué susto más horrible me has dado! Por favor, Santos... Toma algo... (*Le sirve una copa y se la lleva.*)

GALVEZ

(*Después de beber ávidamente y de calmarse un poco.*) No te asustes, Lucha... Son puros nervios... Esta copa me ha repuesto... (*Vuelve a tocarse la frente, pero está más tranquilo.*) ¿Quieres dejarme para que pueda estudiar el expediente?

LUZ

Pero hazlo como un hombre, Santos. Piensa que eres

juez, piensa en las leyes, para lo que sirven, en todo lo que estudiaste... Y sobre todo, piensa que tenemos que vivir... ¿Cenas antes?

GALVEZ

En cuanto acabe, comeré algo... Tú ve a acostarte ya... Es muy tarde.

LUZ

Te dejaré para que termines pronto... Tendrás cena preparada en el comedor. No te desveles. (*Lo besa en la frente.*) ¡Tonto! (*Llega a la puerta derecha, donde se vuelve.*) ¡Si ya sabes que tienes que firmar! ¿Qué estudias? Lo sabes todo... Acaba pronto...

GALVEZ

También quiero releer el expediente de Mora...

LUZ

¡No te digo! ¡Tú mismo buscas empeorarte! ¿Para qué lo lees? Todo acabó...

GALVEZ

Quedan dos más, Lucha... Y quedo yo.

LUZ

De ti es de quien debes cuidar... (*En amenaza amistosa.*) ¡Si no acabas pronto, vengo por ti!

(*La mujer se decide, le vuelve la espalda y va a salir cuando él da un grito ahogado.*)

GALVEZ

¡Lucha!

LUZ

(*Asustadísima, se vuelve.*) ¿Qué?... ¿Qué te pasa?

GALVEZ

(*En voz baja, con la vista perdida.*) ¿Oíste? ¿Oíste, Lucha?

LUZ

¿Qué?... ¡No he oído nada!...

GALVEZ

¡Sí! (*Se pone de pie y se le acerca muy turbado.*) Lo oí claramente, Lucha... (*Angustiado, le coge el brazo.*)

LUZ

¿Pero qué? ¡Santos, por Dios!

GALVEZ

Un gemido... Lloraron...

LUZ

(*Rodando inquieta la vista.*) ¿Lloraron?

GALVEZ

Sí... Un hombre... En la puerta...

LUZ

(*Recuperando rápidamente la calma.*) ¡Pero Santos! ¡Ya me habías alarmado! ¿Es posible que un hombre como tú, de tus estudios, de tu cultura, se preocupe por esas tonterías?

GALVEZ

(*Bebe otra copa.*) Tienes razón... ¡No sé qué demonios me pasa! ¡Ese idiota de Ramírez con sus cuentos imbéciles!... ¡Los asesinados lloran a las puertas de sus asesinos!... ¡Qué tontería!

LUZ

Yo si sé lo que te pasa. No has comido, eso es todo. Y no te basta con atormentarte, sino que vienes a hacerme pasar sustos... ¿No te has dado cuenta de lo delicada que estoy?... (*Va hacia la puerta.*) ¡Anda, ven a cenar, verás cómo te compones!

GALVEZ

Ya me compuse... Con la copa... Es cosa de unos minutos, Lucha. No podría cenar sin descargarme de esto antes... Aquí leeré un rato, descansaré, me tranquilizaré...

LUZ

¡Mira que me llevo el expediente de Mora!

GALVEZ

No... Si no leeré ya el expediente de Mora... Voy a trabajar... A procurar que se me olvide la escena de la mañana... No tengas cuidado.

LUZ

(*Antes de salir definitivamente, cediendo a su preocupación constante.*) ¡No vayas a dejar de firmar!

GALVEZ

(*Desalentado.*) Sí, ¡todavía tengo que firmar!... No te preocupes.

LUZ

En el comedor encontrarás pollo y café, si tardas... (*Sale.*)

(*Cuando queda solo SANTOS, se repite el juego de la cortina, los velos y las siluetas. Apenas se dibuja tenuemente en la pantalla un alto poste improvisado en horca.*

GALVEZ se pasea, se quita el abrigo como si se sintiera muy acalorado y lo arroja a una silla; enciende un cigarrillo. Parece sentir súbito e intenso frío, que le hace tiritar y volver a ponerse el abrigo. Se frota las manos nerviosamente combatiendo más que el frío la inquietud. Se acerca a su mesa y, frente a ella, de pie, a la luz de la lámpara, hojea un expediente. Se va interesando vivamente, se sienta bajo la misma lámpara y lo lee con avidez, dando repetidos y pequeños puñetazos de impaciencia en la mesa.

Después levanta abrumado la vista y recarga la cabeza en la mano derecha mientras apoya el codo en el escritorio y deja que sus ojos se pierdan al frente.

La escena se obscurece lentamente, al mismo tiempo que todas las luces visibles, la de la lámpara, las del candil, se tornan azules, en tono bajo.

Sobre la pantalla del fondo, el poste ha dejado el lugar a tres hombres en fila, que parecen esperar turno. Dos más, con gorras de guardias, se adelantan, toman al primero de la fila y le pasan una cuerda al cuello.

SANTOS se coge la cabeza mientras la imagen se borra. Permanece con la cara entre las manos. Reaparece en la pantalla el poste, vigoro-

samente afirmado esta vez, pero libre de cuerpo alguno.

Se escucha un gemido detrás de la puerta.

GALVEZ levanta nerviosamente la cabeza como para escuchar mejor, y coloca toda su angustiada atención en la postura tensa.

El gemido de la puerta se hace más claro: un gemido de hombre. La luz de la calle, vista a través de la ventana, se extingue lentamente.

GALVEZ sacude la cabeza como ahuyentando una idea absurda. Alguien empuja levemente la puerta del fondo y ésta se abre sin ruido alguno.)

GALVEZ

(*Poniéndose de pie.*) ¿Quién es?... *¿Quién es?...* ¿QUIEN ES?

(*El recuerdo de Carlos Mora, fuerte, juvenil, empeñoso, aparece en el vano obscuro, iluminado por un reflector que cae sobre él perpendicularmente. Viene como la última vez que lo vió SANTOS GALVEZ, su juez. Con overol y cachucha, con el pelo lacio a ambos lados de la cabeza. Todas sus vestiduras son grises.*)

MORA

¡Yo! No te defiendas más... Déjame entrar... Yo, Carlos Mora. Tu reo.

(*Entra Mora. Detrás de él, las sombras. Una cortina obscura suspendida dentro del escenario, en la parte superior, que hasta este momento ha permanecido recogida fuera a través de la puerta, penetra distendiéndose por todo el foro y llenándolo de obscuridad en el fondo, mientras el candil se fuga rápidamente hacia arriba, con sus luces azules.*

La sombra se lo ha tragado todo, menos a SANTOS GALVEZ y a su reo.)

MORA

¿No puedes firmar las sentencias? ¿Es tan difícil?

¡Firma, hombre! La cosa más sencilla... Tu nombre tantas veces escrito por tu propia mano. Ya ni hay que pensarlo, ni dibujarlo siquiera. Una línea. La mano la hace sola. Y después... ¡Más fácil aún! Tú ya no tienes que hacer nada, y los cuerpos de dos hombres jóvenes se levantan en el aire, mientras sus miembros se retuercen negándose a la muerte...

GALVEZ

¡Ah, Carlos Mora! No puedo quitarte de mi mente. Me atas la mano...

MORA

(*Como sin oírle.*) Sus miembros se retuercen negándose a la muerte. Pero mueren... La cuerda es segura y no hay apoyo bajo los pies. Una inocente cuestión de mecánica. Como la firma de tu mano.

(*A la izquierda se esfuma un girón de la sombra descubriendo una mesa estrecha, alta e inclinada hacia adelante, con la superficie iluminada de modo que se vean claramente, sobre ella, unas hojas de papel llenas de apretadas líneas negras.*)

GALVEZ

(*Apretando los puños frente a la mesa.*) ¡Soy un cobarde! Para firmar, para negarme... ¡Para todo!

MORA

(*Se le acerca meloso e insinuante.*) ¡Firma! (*Le da una pluma.*) Firma... ¡Bah! Después de todo, ¡un par de *pelados!* Un par de agitadores que lo dificultan todo estúpidamente, hasta la tranquilidad de tu hogar...

GÁLVEZ

(*Acepta la pluma.*) ¡Y sobre todo, esa es la ley! (*Se encoge de hombros.*) Soy juez. Tengo que aplicar las disposiciones del código. Y los expedientes están claros. ¡Artículo mil cuatrocientos noventa y seis! ¡Hay que aplicarlo! ¡No es mi culpa!

(*Va a firmar, pero se interpone Carlos Mora entre el juez y la mesa.*)

MORA

¡Pronto olvidaste la carta!... Y los cuentos de Mendoza... ¿No estabas seguro de que todo no era sino un procedimiento eficaz para hundir a tres hombres que hacía falta eliminar?... (*Le pega el rostro al hombro.*) Sabes que la mujer murió de tifo... Y que todo se arregló con dinero... Con dinero arreglan todo los patrones... Compraron declaraciones, compran jueces... ¡Te compran a ti!

GÁLVEZ

(*Arroja con rabia la pluma al suelo.*) ¡No puedo! ¡Ya asesiné a uno!

MORA

(*En su juego implacable.*) ¡No seas niño, Santos Gálvez! Enfréntate con la realidad... Tú eres juez... Estás para servir a los que te pagan, a la justicia de ellos, como ellos la han preparado... ¿Renunciar? ¡Imbécil! ¿Acaso crees que si renuncias y te vas, que si te decides a la miseria, no saldrán mil abogados, mil hombres dispuestos a tomar tu puesto para vivir y mandar a todos los que les pongan por delante al demonio?

GÁLVEZ

(*Apenas murmura.*) Mi conciencia... Mi honor...

MORA

No son tuyos... Si no eres tú. Es un sistema, una organización irrehuible de la que eres un modesto engranaje...

(*Surge por la derecha el recuerdo de CESAREO MENDOZA, con su raído gabán y su sonrisa irónica. Toda su ropa es gris.*)

MENDOZA

(*Muy amable.*) Aplicar la ley es tu oficio... Eres un obrero maneja-justicia, maneja-ley... Como otros de las fábricas de Salgado manejan telares o motores. Todo para él... (*Cae en la sombra, desaparece.*)

MORA

(*Detrás de Gálvez, hablándole casi al oído.*) Es el sistema... No eres tú, ni ningún juez, ni ninguna criatura. Tú eres un accidente... Como una pieza que se rompiese

en una máquina de las muchas que emplean, si renuncias por necios escrúpulos, serás sustituído por otra refacción, que servirá...

GÁLVEZ

(*Nuevamente animado.*) ¡Claro! ¿Qué evito con no firmar? ¿Qué gana nadie? Ni yo, ni ellos... ¡Nadie! (*Busca la pluma que arrojó al suelo.*)

MORA

(*Solícito le recoge lo buscado y se lo entrega; después se ríe de él.*) ¡Canalla! ¡Qué fácil es justificarse! ¿Verdad? Pero, ¿crees que voy a dejarte tranquilo un solo día, una sola hora de tus noches que querrás dedicar al descanso? ¿Y mis compañeros? ¿Crees que no se unirán a mí para recordarte todos los días tu venta repugnante?

(*GALVEZ se deja caer en el asiento que ha quedado fuera de la bruma, con la cabeza entre las manos.*)

MORA

(*Toma una de las hojas de la mesa, y se le acerca.*) ¡Hasta hoy te atreviste a leer mi expediente! Después de firmado. Y ya sabías, ya había algo que te anunciaba el crimen verdadero, el propósito único de destruir la fuerza del sindicato para poder seguir bajando los salarios, despidiendo gente, sosteniendo las ganancias...

GÁLVEZ

Pero el expediente está claro... (*Sin firmeza.*) Todo está probado. Fué un delito... Lo demás, son cuentos... Esa pobre mujer...

MORA

(*Casi sobre él, siempre por la espalda.*) No, Santos Gálvez... No puedes defenderte de ti mismo. Has colaborado en un crimen... ¡Tú, el juez! Bien sabes que a la mujer se la llevó la fiebre... Bien lo sabes, te lo ha dicho quien lo sabía bien... Y a pesar de ello, firmaste. Y vas a firmar otra vez. ¡Sabes también que vas a firmar!

GÁLVEZ

(*Reacciona brutalmente, da un empellón a Mora y se acerca a los papeles con la pluma en la mano.*) ¡Ya lo

creo que firmaré! La ley es la ley. Ser juez es ser juez... ¡Y no me toca discutirlo! Nadie puede demostrar que esos hombres son inocentes, ¡y los expedientes dan suficiente respaldo para mandarlos al diablo! ¡Sea como sea, *son culpables!*

MORA

(*Le detiene suavemente la mano que ya dibuja la firma.*) Y si todo fuera cierto, la violación, el asesinato, ¿quién juzga?

GÁLVEZ

Los hombres honestos. Hilario Salgado. ¡Yo!

MORA

(*Ríe.*) ¡Hilario Salgado! ¡Tú!

(*Surge por la izquierda HILARIO SALGADO acompañado por su hijo el nervioso. Los dos visten de gris. Mora huye a la sombra.*)

DON HILARIO

(*Como en el antecedente.*) Oiga, licenciado... También le habrá informado el secretario del asuntito de mi hijo... ¡Una sucia calumnia! No desperdician modo de perjudicarme... (*Con un gesto de despreocupación, mientras lo azuza el hijo.*) Le han dado una importancia desmedida al asunto... En último caso, aunque él hubiera sido el que... ¡Son cosas de jóvenes! ¿No le parece? Quién más, quién menos, todo hombre que sea macho verdadero tiene un pecadito de esos por ahí... Lo malo fué el torpe medicucho ese...

SALGADO JUNIOR

(*Haciendo a un lado a su padre.*) Conmigo, licenciado, todo es fácil... ¿Qué demonios importa que haya sido culpable o no? Son cosas de jóvenes... ¡Códigos anticuados! ¿Y el vigor de la juventud? ¿Y las mujeres deshonestas que provocan?... ¿Por qué me han de castigar?

DON HILARIO

(*Dando amables golpecitos en la espalda de Gálvez.*) El juez anterior, aquel a quien viene usted a substituir, quería mandarme a la cárcel al muchacho... *No se le olvide.* (*Se pierde en la obscuridad.*)

GÁLVEZ

¿Y no era un magnífico joven Mora? ¡Ah, pero él estorbaba! El ponía alerta a sus compañeros y les abría los ojos... ¡Bien guardaron el proceso como un arma siempre amenazadora, para callarlo! Y como no pudieron, lo asesinaron...

SALGADO JUNIOR

Vamos, vamos, Gálvez... No se trata de otra cosa que de aplicar leyes según constancias procesales... No te preocupes de más...

GÁLVEZ

¡No! ¡Necesito juzgar en conciencia, ya que soy el juez!

SALGADO JUNIOR

¿Juzgar tú? ¿Tú?... ¡Qué mala memoria tienes! ¡Qué bien te defiendes! Pero detrás de mí, detrás de ti mismo, estás tú cuando tenías treinta años, cuando andabas tirando el dinero que te dejó tu padre... Detrás de mí, detrás de ti mismo, están también la vieja Chencha y su hija Rosita...

(*Como a la invocación, surgen del fondo una vieja repugnante, con trazas de alcohólica, y una niña de catorce o quince años a quien la primera lleva de la mano.*)

SALGADO JUNIOR

(*Al hacer mutis, riéndose de Gálvez.*) Ahí te dejo con ellas, a ver quién juzga al juez...

LA VIEJA

(*Acercándose a Santos, que ha tomado una actitud de completa despreocupación.*) Mire, jefecito... ¿No le gusta Rosita?

GALVEZ

(*Fijándose apenas.*) Sí... Es muy mona tu hijita...

LA VIEJA

Tiene hambre.

GALVEZ

(*Saca dinero del bolsillo.*) Anda, toma un peso... Me coges de buenas.

LA VIEJA

(*Deja a su hija a un lado y se lleva aparte al "jefe".*) ¿Qué quiere que haga con un peso, jefecito? (*Ríe.*) No me entiende... ¿No le gusta Rosita?

GALVEZ

¡Anda! ¡Anda! Ya te di un peso... Déjame, que me están esperando los muchachos...

LA VIEJA

Lo esperan con unas viejas repintadas y carcomidas por el uso... En cambio mi hija... Flaquita y todo, es nuevecita... ¿A poco no preferiría pasarse la noche con ella, patroncito?

GÁLVEZ

(*Que ha estado echando furtivas miradas a la niña.*) ¿Qué diablos dices? ¿Eres capaz de?...

LA VIEJA

¡Qué quiere!... La necesidad, patroncito... Alguno había de ser... Ya le conozco el novio... Y antes de que suceda... ¿No quiere llevársela hoy con sus amigos?

GALVEZ

(*Se acerca a Rosa.*) ¡Pobrecita! (*Le coge los brazos, le acaricia los senos, se enciende.*) ¡Qué senitos más lindos tiene! ¡Duros, duros!

ROSITA

Déjeme...

GÁLVEZ

(*Cogiéndole un muslo.*) Una flor...

ROSITA

Déjeme, patrón.

GÁLVEZ

(*Volviendo con la vieja.*) ¡Ya me pusiste en tentación, vieja condenada!

LA VIEJA

¡Claro! ¿Creía que Rosita era cualquier cosa? Por más que lleve viejas bien trajeadas, no se encuentra entre ellas una así de nuevecita, sin que conozca hombre... Y que se esté muriendo por conocerlo...

GÁLVEZ

¡Todo por el alcohol, vieja borracha! (*Vuelve a acariciar los senos de la muchacha.*) (*Aprieta los dientes.*) ¡Senitos más dulces!

LA VIEJA

(*Separando bruscamente a la hija del hombre.*) Bueno, si no compra, no mallugues... Si no quiere ser usted... (*Hace como que se la lleva.*)

GALVEZ

(*Nerviosísimo.*) ¡Oye, vieja!

LA VIEJA

(*Se vuelve riendi comprensivamente.*) Deme por ella lo que quiera, para que vea... No más no me la maltrate mucho. Con cuidadito, con cariño, está muy tiernita:...

GÁLVEZ

¡Ten! ¡Ten y lárgate! (*Le da dinero nerviosamente.*) Mañana te mandaré más con ella misma...

(*Se va la vieja contando las monedas. GALVEZ se acerca a Rosita.*)

GALVEZ

(*Levantándole las faldas, le acaricia los muslos.*) Rosita linda, ven conmigo... Te voy a enseñar cosas muy bonitas...

ROSITA

(*Sin oponer resistencia activa.*) Déjeme, patrón... (*Esconde la cara en el brazo.*)

(*GALVEZ, con brutal impulso, le arranca el vestido abriéndolo por el escote y le hunde la cabeza en los senos tiernos.*)

BREVE OSCURO

(*Al encenderse la luz SANTOS GALVEZ está sólo, sentado. Fuma y lee. La vieja surge de las sombras del fondo, por detrás del sillón.*)

LA VIEJA

¡Oiga, jefe!

GALVEZ

¡Tú, vieja borracha! ¿Qué demonios quieres?

LA VIEJA

(*Convencionalmente llorosa*) ¡Patrón, cómo me devolvió a mi hija! La pobrecita está malísima... ¡Me la maltrataron horriblemente!

GALVEZ

¡Tú eres la culpable!... ¡Vender a su propia hija!

LA VIEJA

¡Pero no era necesario haberla maltratado así!... Me la han amolado, jefecito...

GALVEZ

No fuí yo... Te lo debe haber contado... Los amigos estaban borrachos. Yo me dormí, no me di cuenta...

LA VIEJA

¡Pero mi hija la paga! ¡Tan chiquita! ¡Tan tiernita! Está en el hospital, y yo he tenido que correr a contar mentiras en la comisaría...

GALVEZ

(*Se levanta alarmado.*) ¿En la comisaría? ¡Ojalá y hayas dicho algo, vieja bruja!

LA VIEJA

No, no... No he dicho nada. Puras mentiras. Pero ahora necesito dinero para que me la curen bién... ¿No me va a ayudar?

GALVEZ

(*Saca dinero.*) ¡Y cuidadito con decir una palabra!

LA VIEJA

¿Tan poquito? ¿Cree que me va a alcanzar?

GALVEZ

No tengo más. ¡Lárgate ya!

LA VIEJA

(*Cambiando de actitud.*) Tendré que contarle a alguien para que me ayude...

GÁLVEZ

(*Desconcertado.*) ¿Contarle qué?

LA VIEJA

(*Cerrando los dientes.*) Todo.

GÁLVEZ

No... No es es necesario... (*Le da más dinero.*)

OSCURO BREVE

(*GÁLVEZ, sentado, con la cabeza entre las manos. Mora, detrás de él.*)

MORA

¡Ahora juzga! Eres el juez. El hombre que juzga hombres.

GÁLVEZ

¿Y quién me juzga a mí?

MORA

Tú no necesitas ser juzgado... No estorbas a nadie. Al contrario, *sirves*. Juzgar no es imponer castigo a quien se crea lo merezca... ¿Quién podría juzgar? Juzgar es proteger los intereses que existen, aplicar la ley en favor de quienes está dictada... ¡Hay que aplicar bien ese artículo mil cuatrocientos noventa y seis, Santos Gálvez!... Acabar con el sindicato... ¡Y garantizar la posesión tranquila de cosas y mujeres!

GÁLVEZ

Las mujeres... Yo también tengo una mujer...

MORA

Sí... Una mujer joven, una bella hembra... Merecía un hombre joven... Pero todo se lo prohibió, costumbres, moral, prejuicios... Y llegaste tú, viejo, gastado, casi podrido, sin energía para tener un hijo... ¡Y te la llevaste! ¿Qué pudiste ofrecerle? ¿fuera de un vientre grasoso y una virilidad exhausta?

GÁLVEZ

¡Déjame ya!

MORA

¡No! Ahora llegaré a tu fondo con el recuerdo de mi cuerpo joven y colgado por delante... Colgado como muestra del sacrificio de los impulsos humanos, del ansia de cada uno, de todas las juventudes... Apura tus faltas, para que puedas juzgar...

GÁLVEZ

(*Colérico.*) ¡Déjame ya!

MORA

¿No fuiste como Samuel Matá? ¿No dedicaste tu mu-

jer al ocio, a la estupidez, guardándola para exclusivo goce de tus carnes fofas?... Por eso ves a su paso los ojos hambrientos de hombres consumidos en todas las restricciones, con todos los deseos prensados... Y el instinto, sin embargo, vivo... Un día salta...

GÁLVEZ

Salvaje, criminal...

MORA

Animal simplemente... Surge el violador. Un macho con el sexo al descubierto... A revirginar la vida... ¿Te acuerdas de mi cuerpo, Santos Gálvez?

GÁLVEZ

(*Cerrando los ojos, apretando los puños.*) Armonioso. Joven. Fuerte. Muy enérgico. Flexible...

MORA

¿Y del hombre que la había comprado? Lo tuviste cerca, te rozó con su aliento... Te buscaba para estrecharte la mano con que firmas...

GÁLVEZ

Un viejo ventrudo, me dió asco.

MORA

Casi tan asqueroso como tú. Pero tenía dinero... Podía comprar una bella hembra. Como tú...

GALVEZ

(*Revolviéndose en el asiento.*) ¡No me dejas escapar! ¡No puedo escapar del recuerdo de tus miembros ágiles!

MORA

Ya puedes juzgar.

GÁLVEZ

¡Dios mío! (*Se aprieta las sienes con los puños.*) ¡Absurdo! ¡Absurdo!

MORA

(*Poniéndole cordialmente una mano en el hombro.*) En vez de esa sentencia estúpida, firma tu renuncia. Con tu propia mano. Lávala así. Y sé valiente, di por qué renuncias... Te vas a poner del otro lado, en el sitio de los hombres honestos... ¡Vendrá la miseria! Pero sé fuerte.

En esta lucha de la vida contra sus ahogadores, sólo se salvan los dignos.

(*Le da una hoja de papel.*)

GÁLVEZ

¿Qué es esto?

MORA

Tu renuncia.

GÁLVEZ

(*Lleno de alegría.*) ¡Sí, mi libertad! ¡Mi libertad! (*Toma el papel y saca su propia pluma.*)

(*En estos momentos, el timbre de un teléfono provoca conmoción en la escena: Mora huye, el candil baja nuevamente con sus luces ahora blancas, las sombras se marchan. El foro queda como al principio del tiempo. Por la derecha, la mujer en pijama y bata de noche.*)

LUZ

¿Pero es que no oyes el teléfono, Santos?

GÁLVEZ

¡Estaba tan absorto, Lucha! ¿Ya te habías acostado?

LUZ

(*Toma la bocina del teléfono.*) ¡Naturalmente! (*En la bocina.*) Bueno... Sí, casa del licenciado Gálvez... Habla su esposa... Está trabajando... Yo creo que sí, en las sentencias... ¡Ah, cómo no, con todo gusto! (*Se vuelve a su esposo cubriendo la bocina con la mano libre y separando el aparato de la oreja.*) De parte de don Hilario Salgado, Santos... Que si ya firmaste las sentencias... Que por qué no has llamado, como habías quedado...

GÁLVEZ

Dile que no he firmado ni firmo.

LUZ

¿Estás loco?

GÁLVEZ

Nunca he estado más en mis cabales. ¡Dile que no firmo!

LUZ

¡Pero, Santos! ¿Sabes lo que estás diciendo? ¡Piénsalo!

GÁLVEZ

¡Si supieras cómo lo he pensado! Voy a renunciar...

LUZ

¡A renunciar! ¡No sabes lo que dices! (*Decidida, vuelve a hablar por teléfono.*) Dice el licenciado Gálvez que haga usted el favor de decir a don Hilario que las sentencias *están ya firmadas.*

GÁLVEZ

(*Se levanta indignado y trata de arrebatar el aparato a su mujer.*) ¡Qué demonios estás diciendo!

LUZ

(*Logra colgar el teléfono antes de que lo tome su marido.*) ¡Renunciar! ¡Negarse a firmar! ¡Vaya imbecilidad! ¡Pues no faltaba más!

TELON

III

SEGUNDO TIEMPO

La mujer de GALVEZ sentada a la derecha, todavía en pijama y bata de noche. Tiene la barbilla apoyada en la diestra, y las piernas cruzadas; agita el pie colgante nerviosamente, como si acabara de sostener una disputa con su esposo. Este se pasea de arriba abajo fumando. También muy nervioso.

LUZ

(*Después de un largo silencio.*) ¡Tu deber! ¡Tu conciencia! ¿Es tu deber hundirme en la miseria? ¿Tu conciencia te permite devolverme a la pobreza, a pasar hambre y andar desnuda?

GÁLVEZ

Basta, Lucha: Déjame de una vez. Ya hemos discutido demasiado.

LUZ

¡Pero no lo suficiente para quitarte tanta tontería de la cabeza! ¿De cuándo acá te has encontrado las dotes de redentor? Si querías dedicarte a benefactor, deberías haber empezado por no casarte... ¡Conmigo a lo menos!

GÁLVEZ

¡No sé cómo puede aconsejarme mi propia mujer que me haga cómplice de esto!

LUZ

¡Cómplice! ¡Hablas como si se tratara de un crimen,

cuando no se trata sino de tener la hombría suficiente para juzgar asesinos!

GÁLVEZ

¡Asesinos! ¿No te he dicho ya todas las cosas sospechosas? De la relatividad del delito en caso de que existiera no quiero hablarte, porque eres estúpida, no entenderías una palabra...

LUZ

¡Yo estúpida! ¡Cosas sospechosas! ¿Pero dónde están? ¡La cartita de esos infelices, los tontos cuentos de un secretario de juzgado resentido porque no le dieron tu puesto! Si la cosa es clara, Santos, no sé por qué dudas.

GÁLVEZ

¡Aunque lo fuera! No sé, pero hay algo absurdo en todo esto. No sabría explicártelo... Pero ya te he dicho que la misma mano se me agarrota cuando pretendo firmar...

LUZ

¡A buena hora! ¡Cuando ya fué ejecutado el principal! ¡Y con tu firma, con tu firma, Santos!

GALVEZ

Es inútil. No insistas. Renuncio.

LUZ

¡Y otra vez a la capital, a lo de ayer, al hambre, al desprecio de todos, a la vergüenza de haberme casado con un inútil!

GÁLVEZ

¡Inútil, lo que sea! ¡Pero un hombre que empieza a ser digno!

LUZ

(*Lloriquea.*) ¡Y con lo delicada que estoy!... ¡No tener ni para medicinas! ¿No tienes obligaciones para conmigo? Yo no tengo la culpa de que me hayan educado para verme atada a la suerte de un marido. Olvidas tus deberes de esposo, que son los primeros, Santos.

GALVEZ

Mira, Lucha, por favor no sigas atormentándome. ¡Estoy rendido!

LUZ

¡No me voy sin verte firmar esas sentencias!

GÁLVEZ

(*Estallando.*) ¡Lo que vas a ver firmado es mi renuncia! (*Coge el papel de la mesa y casi se lo embarra en la cara a la mujer.*) ¡Mírala! ¡Con mi firma! ¡Con mi firma que parece lazo! ¡Mírala!... Santos Gálvez...

LUZ

(*En rápido movimiento, se la arrebata y se pone en pie.*) ¡Mira tú que consistente es tu renuncia! (*La hace pedazos furiosamente.*)

GÁLVEZ

(*Dolorosamente sorprendido.*) ¿Pero qué es esto, Lucha? ¿No tengo derecho ni a disponer de mi conciencia?

LUZ

¡De tu conciencia puedes hacer lo que te venga en gana! ¡De mí, no!

GÁLVEZ

(*Da unos pasos muy agitadamente mientras su mujer parece arrepentirse un tanto de su violencia.*) (*Se detiene ante ella.*) ¡Estoy harto de tus arranques! (*Da otros pasos, se suaviza.*) Ten calma... Piensa... ¿Acaso sólo puedo servir para firmar sentencias contra mi conciencia? Puedo buscarme la vida de otro modo, en lo que sea... Olvidando mi estúpido prejuicio del título y de mi clase... Trabajando en cualquier cosa... Para ti.

LUZ

¿De qué? ¿De qué vas a trabajar, Santos, si no sabes nada más que las leyes y aplicarlas te asusta?... (*Con voz lastimera.*) Ya sabes todo lo que hemos pasado; y ahora, cuando se te ofrece un buen puesto, con un buen sueldo y consideraciones, te asustas, retrocedes como un cobarde, rehuyes tu responsabilidad y quieres volverme a la pobreza. Reflexiona tú, piensa lo que dejas y a lo que vas... No obres tan precipitadamente... (*Se va poniendo*

*

cariñosa poco a poco. Como ve que su marido se ha sentado lleno de abatimiento, se le acerca y le pasa el brazo por detrás del cuello, sentándose en el brazo del sillón.) Ahora que ibas a poder ahorrar para recuperar nuestra casita, que iba yo a poder curarme y que te ves rodeado del respeto de todos... ¡Por un puro prejuicio, por esas ideas que te ha metido en la cabeza no sé quién, lo vas a echar a perder todo!

GÁLVEZ

(*Muy nervioso.*) Sí... Si tienes razón... ¡Pero no puedo!

LUZ

(*Interrumpiéndolo ya casi mimosa.*) Vamos... ¡Toda la preocupación es que te ha tocado empezar por unas sentencias de muerte!... Date cuenta de que es lo justo, de que obras de acuerdo con la ley... ¿Te da miedo tu responsabilidad? ¿La responsabilidad *de hombre* que tienes? Hazlo por mí... Piensa en mí...

GÁLVEZ

Mucho he pensado en tí... Si no fuera por eso, no habría problema para mí... Pero Lucha, tu no entiendes...

LUZ

Yo entiendo que ante todo tenemos derecho a la vida; que tú debes luchar contra ti mismo y defendernos... Si no, imagínate todo lo que podría pasar... Yo tendría que ir a vivir con mis padres... Y tú, solo, pobre, visitándome de vez en cuando, porque no podrías atender a mi enfermedad...

GALVEZ

¡Maldita pobreza!

LUZ

Haces bien en maldecirla; pero no te debes quedar ahí... ¡Huye de ella! ¡Y más cuando tu cargo es tan honroso! ¡Nada menos que defensa de lo honesto y de la sociedad!... Firma esas sentencias, anda, luego todo será más fácil...

GALVEZ

No puedo.

LUZ

Un poco de serenidad... De valor...

GALVEZ

¡Valor! ¡Eso es lo único que me falta!

LUZ

(*Sonriendo mimosa.*) Lo que te falta es comer... Si cenaras, te entraría valor... ¿Por qué no comes algo?

GALVEZ

Después... Después...

LUZ

(*Insinuante.*) ¿Vas a firmar antes?

GALVEZ

Déjame solo un poco...

LUZ

¿Vas a firmar?

GALVEZ

(*Después de dudar.*) Tal vez sí... (*Se pone en pie.*) Vuelve a la cama. Déjame estudiar los procesos. Ya estoy más tranquilo.

LUZ

(*De pie también.*) Pero, ¿me prometes...?

GALVEZ

Te prometo no obrar precipitadamente como lo iba a hacer... Tienes razón, me dejo llevar demasiado pronto de mis impulsos... ¡Si hasta eso, los expedientes parecen claros!... ¡Si no hubiera sido por esa carta de los obreros!... Y por Mendoza...

LUZ

No seas inocente, Santos... Son partes interesadas... Un juez debe ser fuerte.

GÁLVEZ

Si el proceso hubiese estado en mis manos desde el principio... Pero ya me lo trajeron terminado... Tú misma me reprocharías que hubiera decidido sin estudiarlo...

LUZ

No sería honrado obrar así... Estudiarlo sí...

GÁLVEZ

Pues, anda, déjame terminar de hacerlo... Nada más...

Palabra que si no encuentro ninguna objeción absolutamente *seria*, firmaré las sentencias...

LUZ

¿De veras?... ¡Claro que no la encontrarás! Por algo te decía don Hilario Salgado lo que te decía... Si hubiera alguna objeción seria, él mismo te lo habría advertido... Y yo misma te aconsejaría otra cosa... ¡Pero estando tan claro todo!

GÁLVEZ

Bueno, bueno... Anda a la cama... Yo trabajaré otro ratito y te alcanzaré.

LUZ

Así me gusta verte, Santos. Animoso, trabajador, valiente... (*Muy cariñosa.*) No te entretengas mucho, que te aguardaré impaciente en la cama... Esta noche estoy muy enamorada de ti...

GÁLVEZ

(*Cediendo a los cariños.*) Me has servido de mucho, Lucha... Después de todo, esta discusión, por dura que haya sido, no estuvo de más... Anda, ve tranquila... No tardaré.

LUZ

(*Despidiéndose con un beso de su marido.*) Pero no te vayas a acostar sin cenar, ¿eh?

GALVEZ

No tengas cuidado... (*Acariciándola.*) ¡Qué buena eres, Lucha! En realidad, no tengo ningún derecho a sacrificarte...

LUZ

¿Verdad que no? (*Vuelve a besarlo.*) Hasta en seguida... Y recuerda que no quiero que te tardes... (*Mutis derecha.*)

(Al quedarse solo, GALVEZ hace un gesto desesperado y se sienta cerca de la mesa. Luego toma actitud de hombre muy preocupado que trata de desechar sus escrúpulos y se decide a firmar, dando un hondo suspiro. Ya está firmando, cuando una gran voz, compuesta por un

coro masculino, llena todo el foro, lo rodea y crece.)

CORO

(*Invisible.*) ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Débil!

(*El eco de las voces llena de penumbra el foro. Retornan las cortinas obscuras y, con ellas, dos hombres entran por la derecha, mientras vuelve a fugarse el candil. La luz de reflectores especiales permite ver que los nuevos personajes visten overoles y llevan sendas cachuchas en las manos. Cada uno lleva también una cuerda junto con la gorra. Son los dos hombres para sentencia.*)

HOMBRE PRIMERO

Tu firma como lazo. Aquí tienes las cuerdas, pásanoslas al cuello, sacrificanos a tu bienestar... ¡Es tan fácil!

HOMBRE SEGUNDO

¿Dos vidas? ¡Bah! ¿De quiénes? De dos cualquiera. Bien vale la pena de que mueran si eso ha de dar tranquilidad al señor juez de primera instancia, licenciado Santos Gálvez.

GALVEZ

¡Nunca podré tomar mi decisión de una vez!

HOMBRE PRIMERO

¡Cómo no! La más sencilla... Ceder a tu mujer... No permitir que se te vaya y te deje viejo y pobre... Fíjate bien: antes, con dinero, quizás tú mismo la habrías despachado... ¡Pero ahora! ¡Pobre como estás! ¿Qué mujer querrá ser tu compañera? ¿Cuál va a darte las dulces caricias de ésta y va a entibiar el lecho para ti? ¿Quién te recompensará de su blando cariño?

HOMBRE SEGUNDO

Pásanos las cuerdas al cuello en seguida. Con tu firma que parece lazo... ¡Y déjate de tonterías!... Hay que saber defenderse... De todos modos, alguien hará de su firma un lazo... Alguien nos ahorcará.

(*Los dos hombres para sentencia se le acercan y le ponen las cuerdas en las manos. GALVEZ*

se levanta asustado. Los hombres se hincan ante él y le tienden el cuello.)

HOMBRE PRIMERO

Piensa en los pequeños insectos molestos... ¡Qué fácilmente se les mata! Nosotros somos un par de insectos molestos... y fáciles de suprimir...

HOMBRE SEGUNDO

Y sumisos. Nada más esperamos tu firma como lazo para morir mansamente, sin defensa, como cucarachas silenciosas. Y tu camino estará libre... Tu mujer contenta, tus quincenas íntegras serán alimento de tus propósitos... Tu casita próxima a redimirse... Todo bien... Todo bien...

GALVEZ

¡Claro! ¿Por qué demonios pensarlo tanto? ¡Tan fácil que es! (*Se acerca al hombre primero. Le pone el lazo en el cuello.*) Un rasgo hacia abajo... ¡La firma estará hecha!

HOMBRE-CON-LA-CUERDA-AL-CUELLO

¡Así! ¡Así! Ya ves mi sumisión... Ya ves que no tengo rencor siquiera... La conciencia es pura preocupación; olvidándola, no existe...

GALVEZ

El lazo hacia abajo... (*Aprieta y retrocede horrorizado, tapándose la cara con las manos.*) ¡No!... ¡No puedo seguir siendo un asesino! ¡No!

(*Los hombres se levantan riendo. Por el fondo aparece MENDOZA, riendo también.*)

MENDOZA

¡Estúpido! ¡Ni siquiera sirves para tu oficio! ¡Para todo se necesita coraje, alma de hombre, valor! Para firmar o para renunciar...

(*Los hombres se hunden en la sombra, definitivamente, sin dejar de reír compasivamente de su juez.*)

GALVEZ

Tenías razón, Mendoza. Esta es la justicia. Y este es mi oficio.

MENDOZA

Un oficio bien cómodo y sencillo por lo demás. Compáralo con la fundición o los telares que agotan de fatiga y apenas dejan como recompensa unos centavos para comer mal... Tú no más de firmón y de cita-artículos de código... Y cobrando lo suficiente para poseer una buena casa, una mujer elegante, y hacer viajecitos de vez en cuando...

GALVEZ

¿Y qué es la fatiga corporal junto a estos enormes problemas espirituales?

MENDOZA

¡Problemas! ¿Dónde están los problemas al fin y al cabo? En tu falta de decisión, de verdadero espíritu combativo, en tu ineptitud para luchar por la vida... ¿Te crees asesino de estos hombres? ¡Vaya que eres idiota, Santos Gálvez!... ¡Si tú no eres más que una maquinita de firmar! Los matarán otros; tu estás a cubierto... La ley te ampara, los expedientes te justifican, toda la sociedad aplaudirá tu energía de juez. ¡Vaya que eres estúpido! ¿Dónde están los problemas?

GALVEZ

En realidad, ahora los veo esfumarse como humo...

MENDOZA

Humo son... Exageraciones tuyas... Horror que te dejó la ejecución de Mora, cuando tú no eres capaz de matar a un ratón...

GALVEZ

¡Eso! ¡Eso! La vista de la ejecución que me ha llenado de angustia...

MENDOZA

Y en último caso, ¡déjate de aspavientos de mujer! ¡Ni tu esposa es tan cobarde! ¿Qué tienes que ver tú, en último término, con la justicia? ¿La has hecho tú? ¿La puedes cambiar tú? ¡Pues entonces! Tu obligación es tomar tu lugar en la lucha por la vida, responder a tus compromisos... Obra consciente de que eres un instrumento como otro cualquiera, en manos poderosas que te des-

echarán si fallas... (*Se le ha ido acercando por la espalda, como Mora antes, hasta quedar casi sobre él, con ambas manos en los hombros del juez.*)

GALVEZ

(*Con la cabeza baja.*) ¡Naturalmente! ¡Hay que tener valor y alma de luchador! ¡Hay que defenderse!

(*En la pantalla descubierta, se van dibujando las siluetas negras de árboles, de lianas, de maleza, de selva.*)

MENDOZA

(*En la misma posición.*) (*Insinuante.*) En la selva todos los animales matan para no morir. Se devoran mutuamente, atacándose, defendiéndose... Imagínate al león teniendo lástima de los pequeños... ¡Hace mucho que la especie se hubiera extinguido!

GALVEZ

¡Naturalmente!... Si lo decía yo... ¡Me está faltando lo que todos creen tan fácil de tener: egoísmo, el suficiente egoísmo para no perecer!

MENDOZA

¿Que vives en una suciedad injusta? ¡Pues a defenderte de su injusticia! Deja que los tontos que quieran sacrificarse se sacrifiquen... Tú, atiende tu vida, tu mujer, tu casa...

(*En la pantalla las siluetas que formaban la selva se disuelven sobre otra maraña: chimeneas de fábricas, alambres telefónicos, postes, máquinas.*)

GALVEZ

Nosotros también vivimos en una selva donde no hay piedad... Nos devoramos... El débil desaparece, se lo tragan las máquinas... Es como materia prima...

MENDOZA

Acuérdate de mis palabras de esta tarde... Piénsalas... Nos rodean fieras que sufren por tener nuestra carne, nuestro sudor, nuestro incendio de músculos, para su acero... Nos han convertido en bestias domésticas. . ¡Pero

hay que sobrevivir! ¡Usar las mismas armas que nos dan para explotarnos!

GALVEZ

Si ellos son unos obreros que dan su trabajo en la fábrica, yo doy mi conciencia, mi mente, mi moral...

MENDOZA

(*Se separa de la espalda del juez y viene al frente.*) Ya sabes que los ahorcarán con la firma de otro... *Con la mía quizás...* Porque tú sabes que en el fondo yo aspiro al puestecito que te han dado... y que tengo la suficiente astucia en la lucha para aceptarlo todo, para aprovecharlo todo... Y *ellos lo saben...* Si tú fallas, te ayudaré a fallar... Los ahorcarán, te destituirán, luego yo firmaré con fecha atrasada... *Yo sí sé mi oficio.*

GALVEZ

(*Rabioso.*) Te veré encumbrarte, Medonza. Sin necesidad siquiera de título, todos te llamarán licenciado y te respetarán... Y mientras, yo, con todos mis estudios, en la miseria y despreciado...

MENDOZA

Despreciado, Santos Gálvez... Porque el respeto y la reputación sólo son guiados por la victoria... ¡Y yo, cuajando mi triunfo! ¡Y tú, rabioso, viendo la derrota en tu incapacidad, en tu falta de vigor para luchar!

(*Surge la mujer. Viste de gris como los demás seres imaginados.*)

LUZ

¿Te das cuenta, Santos Gálvez? ¿Comprendes ya mis razones? Las razones del derecho a vivir que también tienes tú. Sé egoísta. Como lo impone tu animalidad en peligro... Feroz en el ataque y escurridizo en la defensa. Escúrrete en la ley, sé feroz en la firma... ¡Triunfa! ¡Gana! ¡Ese es el deber único al que le has estado huyendo!

MENDOZA

¡Triunfa como puedas! En el mundo en que vives, esa es la ley.

GALVEZ

(*Encogiéndose de hombros.*) Y como no la he de cambiar yo...

LUZ

Defiéndete en la selva. Burla a las fieras. Como de los pequeños. Mata para comer. Para vivir.

MENDOZA

Y piensa en tu tarea de privilegiado, cómoda, fácil, blanda. ¡Deja los cargos de conciencia para los verdaderos asesinos!

LUZ

¡A tomar íntegra tu responsabilidad! ¡A ser hombre!

GALVEZ

¡Tienes razón, Mendoza! ¡Yo simplemente debo obedecer leyes mecánicas o me tiran por inservible! *¡Serviré!* (*Desesperado.*) ¡Voy a demostrarles que sí sirvo! ¡Que sé mi oficio! ¡Que también me mueve el combustible del dinero con perfección, y que sé deslizarme fácilmente por el código y los expedientes! ¡Que tengo egoísmo! ¡Que sé vivir!

(*LUZ y MENDOZA desaparecen por el fondo. La cortina obscura se descorre en silencio para dejar libres el escritorio y el sillón, donde cae luz perpendicularmente.*)

(*SANTOS GALVEZ se sienta frente a la mesa y firma las sentencias.*)

GALVEZ

(*Con mucha rabia, apretando los dientes.*) ¡Así! ¡Con mi firma como lazo! ¡Con mi firma ahogadora! ¡Así! ¡Así!

(*Todo el foro y toda la sala se pueblan de rumores que al principio son bajos, luego crecientes, que decaen otra vez.*)

CORO

(*Invisible, rodeando a Gálvez por todas partes.*) ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

GALVEZ

(*Se pone de pie desesperado y se encara con el públi-*

co.) ¡Cobarde, sí!... ¡Lo que se quiera! ¡Cobarde y canalla también! ¡Valiente para ser cobarde, para tener coraje, para triunfar!

(*Cae desfallecido en el sillón. Coloca la cabeza en el respaldo, echándola hacia atrás. Después se recuesta sobre la mesa, rendido, murmurando, mientras lo va sorprendiendo el sueño.*)

GALVEZ

(*Repitiendo.*) Cobarde... Co-barde... Co-bar-de... Co-bar-de...

(*Se queda dormido. Su respiración va llenando la escena, reproducida mecánicamente. Poco a poco se va asemejando su respiración al rumor de una máquina, hasta hacerse claro y cercano, desprendido de su pecho, el ruido de una gran maquinaria trabajando rítmicamente.*)

(*El cuerpo de SANTOS GALVEZ es ocultado por la sombra.*)

(*A la derecha se descorre la cortina para dejar ver una extraña máquina trabajando. La atienden dos obreros: SANTOS GALVEZ y CESAREO MENDOZA, vestidos con overoles grises. La máquina trabaja acompasadamente, produciendo monedas que de vez en cuando caen sonoramente a un gran perol.*)

(*La cortina se descorre totalmente, dejando al descubierto una enorme pantalla colocada al fondo y sobre la que se dibujan siluetas de enormes máquinas y chimeneas. Diseminadas entre éstas se ven altas horcas como las que se usan para ilustrar historias antiguas.*)

MENDOZA

¡Qué bien trabaja hoy la máquina!, ¿eh, Santos?

GALVEZ

¡Claro! Con la buena grasa y la sangre excelente que nos llegó hoy...

MENDOZA

Aprendiste pronto a manejar toda esta complicada ma-

quinaria, Santos. Al principio creí que nunca ibas a aprender.

GALVEZ

Le tenía yo un miedo supersticioso... Me horrorizaba ver que se movía con sangre y grasa humanas.

MENDOZA

¡Pero di si no valen más estas bellas monedas en que se convierten sangre y grasa! ¿Cuándo esperaron esos infelices la gloria de volverse metal? ¿Cuándo pensaron que su carroña vil y empobrecida por todas las hambres iba a hacerse metal brillante, hermosamente acuñado? ¿Cuándo merecieron salvar su carne de la podredumbre volviendo al metal?

GALVEZ

Y todas estas monedas, Cesáreo, ¿a dónde van? ¿Para qué sirven?

MENDOZA

Sirven para el patrón... Y para quien se ingenie... No nos importa... Lo esencial es que algunas se quedarán con nosotros... Nuestro papel no es preocuparnos de todo eso, sino hacerla funcionar bien... Para eso nos pagan... De lo que debemos estar contentos es de que este nuevo modelo sea tan fácil de manejar...

GALVEZ

De veras que es una perfecta máquina...

MENDOZA

Con el nombre del fabricante en letras doradas. ¿Lo ves aquí? "Justicia"... Un nombre que suena bien, pero que no quiere decir nada... Como todos los nombres comerciales que son bonitos...

(*Por detrás de la máquina surge HILARIO SALGADO.*)

DON HILARIO

¿Qué tal va esto, muchachos?

MENDOZA

Muy bien, señor...

DON HILARIO

(*Por Gálvez.*) ¿Y el aprendiz?

MENDOZA

Aprendiendo. Y con una prisa que no me esperaba.

DON HILARIO

(*Da cariñosas palmaditas en el hombro de Gálvez.*) Bien decía yo que el muchacho prometía... (*A Mendoza.*) ¿No falta combustible?

MENDOZA

Está faltando... Hemos trabajado mucho.

DON HILARIO

Pues manda a Gálvez por más... Ya llegó un nuevo cargamento.

GALVEZ

(*Temblaroso.*) *¿Yo?* ¿No puede ir otro, señor?

DON HILARIO

(*Sonriente.*) ¿Todavía tiemblas?

MENDOZA

(*Acercándose a Gálvez.*) No seas miedoso... Es muy fácil... Los primeros son los difíciles... Pero después...

DON HILARIO

(*Poniéndose severo.*) Anda, anda... Tienes que aprender bien... Para ello, debes practicar... Vente conmigo...

MENDOZA

(*Cerca, muy cerca de Gálvez, aprovechando que el patrón se ha adelantado.*) No pierdas la oportunidad de hacerte grato, de evitar que te vuelvan combustible...

DON HILARIO

¿Vamos?

GALVEZ

Vamos, señor.

(*La cortina se corre detrás de los personajes, ocultando máquina y pantalla. MENDOZA desaparece también.*)

DON HILARIO

¿Ves? (*Señala a la derecha.*) Están descargando las cajas.

(*Entran, por ese lado, Mora y los dos hombres para sentencia, cargando sendas cajas que depositan en el suelo silenciosamente, y se reti-*

ran. Después llega la mujer de SANTOS GALVEZ con un martillo en la mano.)

LUZ

(*Muy autoritaria.*) ¡Vamos, hombre, destapa las cajas y comienza tu oficio!

DON HILARIO

¡Obedece a tu mujer!

(*El martillo pasa a manos de GALVEZ, quien, temblorosamente, desclava las cajas con mucha facilidad y saca, uno a uno, varios muñecos vestidos de obreros que se yerguen solos, quedando de pie, colgados por hilos invisibles, al lado de los personajes.*)

DON HILARIO

Ahora, cuélgalos a todos con la cuerda... ¡A todos! Y luego, desuéllalos, desángralos... Sácales la grasa... La máquina se está parando ya... ¡Y nunca debe pararse!

LUZ

(*Angustiosamente.*) ¡No debe pararse nunca!

CORO INVISIBLE

(*Llenando el teatro.*) ¡Jamás! ¡Jamás!

(*La cortina vuelve a retirarse. En primer término descubre una horca. Detrás, sobre la enorme pantalla, se dibujan en perspectiva las siluetas de innumerables horcas colocadas una tras otra hasta perderse en la lejanía.*)

GALVEZ

(*Con desesperación y señalando las horcas.*) ¿Hay que llenarlas todas?

DON HILARIO

Todas.

LUZ

Todas. Todas.

CORO INVISIBLE

(*Angustiosamente.*) ¡Todas! ¡Todas! ¡Todas!

GALVEZ

(*Aterrorizado.*) ¿Pero todas?

DON HILARIO

Hombres sobran. Hombres siempre dispuestos. Hunde tus manos en las cajas que no tienen fondo; siempre encontrarás una mano que asir.

GALVEZ

(*Se adelanta hacia la horca.*) Pero no tiene cuerda, señor.

DON HILARIO

¿Y tu firma? ¿Y el lazo de tu firma?

(*GALVEZ saca del bolsillo una cuerda. Sube a un banquillo que hay bajo la horca, pasa la cuerda al primer muñeco.*)

LUZ

Son mansos. Y silenciosos. ¿Ves qué fácil?

GALVEZ

(*Baja del banquillo, admira su obra, sonríe.*) ¡Sí es fácil! Lo difícil era comenzar...

OSCURO BREVE

(*Durante él desaparecen la mujer y SALGADO, y todas las horcas se llenan con siluetas de ahorcados. Cuando la luz vuelve, la escena se puebla de lamentos muy lejanos. RAMIREZ, el criado, se encuentra al lado de GALVEZ, que está en su sillón.*)

RAMIREZ

¡Todos, todos llorarán en tu puerta, Santos Gálvez! ¡Todas las noches! Sus gemidos llenarán la ciudad, llenan el mundo...

GALVEZ

¡Pero ahora no me importan ya sus gemidos! ¡Que lloren todo lo que quieran! Ya les perdí el miedo... Ya aprendí cómo...

(*Caen las cortinas sombrías ocultando la pantalla. Nuevo obscuro. Al encenderse la luz otra vez, RAMIREZ está moviendo al licenciado SANTOS GALVEZ, que continúa dormido con la cabeza sobre el escritorio.*)

(*Conforme GALVEZ va despertando, las cor-*

tinas huyen lentamente hasta dejar la escena como al principio del tiempo. Por la estrecha ventana del fondo se ve brillar la luz del amanecer.)

GALVEZ

(*Medio dormido todavía.*) ¡Déjame! ¡Te digo que no me importan ya sus gemidos!

RAMIREZ

Señor licenciado, señor licenciado... (*Al verlo bien despierto.*) Se quedó dormido aquí, licenciado... ¿Por qué no se va a desvestir y a dormir bien en la cama?

GALVEZ

(*Dándose cuenta de la realidad.*) ¿Es muy tarde?

RAMIREZ

Muy temprano, ya amaneció...

GALVEZ

No deben tardar en venir por las sentencias. Aquí están, Ramírez. Recógelas y dáselas a Mendoza.

RAMIREZ

¿No va usted a la ejecución?

GALVEZ

No; dile a Mendoza que debe ir solo, porque yo estoy enfermo... Quiero dormir... Dormir toda la mañana...

(*La mujer llega por la derecha en pijama y bata.*)

LUZ

¿Por qué no has ido a acostarte, Santos? ¡Me has dado un susto!... Desperté y vi tu lugar vacío... No me acordaba de nada... ¿Qué tienes? Estás pálido, temblloroso...

GALVEZ

No es nada. Tuve una pesadilla. Me quedé dormido aquí con la cabeza sobre el escritorio, en muy mala posición, con el corazón oprimido...

LUZ

¿Ya ves?

GALVEZ

Y ahora siento aún la opresión...

LUZ

El insomnio...

GALVEZ

La angustia que pesa todavía, aun después de muerta.

LUZ

Bueno, anda, vamos a acostarnos. Que descanses de una vez.

GALVEZ

(*A Ramírez.*) ¡No te olvides de los expedientes!

LUZ

(*Retornando a su inquietud.*) ¿Ya firmados?

GALVEZ

Ya

LUZ

¿De veras?

GALVEZ

(*Vuelve a la mesa y le muestra los expedientes.*) Mira.

LUZ

(*Abrazándolo.*) Ya sabía yo que ibas a triunfar de tus preocupaciones... ¡Que ibas a ser todo un hombre!

GALVEZ

(*Tristemente.*) ¡Todo un hombre!

TELON

TERMINA EL DRAMA

Veracruz, septiembre de 1931.

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRI-
MIR EN LOS TALLERES
IMP-ROT
EL DIA 12 DE
ABRIL DE
1 9 3 3

Printed in Spain

5 pesetas